



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA.

FUNDADOR Y PROPIETARIO.—D. EDUARDO ASQUERINO.

Domingo 13 de Abril de 1873.

DIRECTOR.—D. EUSEBIO ASQUERINO.

PRECIOS DE SUSCRICION: En España, 24 rs. trimestre.—En el Extranjero, 40 francos al año, suscribiéndose directamente; si no, 60.—En ULTRAMAR, 12 pesos fuertes.

ANUNCIOS EN ESPAÑA: un real línea.—COMUNICADOS: á precios convencionales.—REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid, calle de San Marcos, núm. 35.

Los anuncios se justifican en letra de 7 puntos y sobre cinco columnas.—Los reclamos y remitidos en letra de 8 puntos y cuatro columnas.—Para mas pormenores véase la última plana.

COLABORADORES: Señores Amador de los Rios, Alarcon, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñon (Marqués de), Alvarez (Miguel de los Santos), Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchoarena, Benavides, Bueno, Borao, Breton de los Herreros (Manuel), Blasco (Eusebio), Campoamor, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Colmeiro, Correa, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio, Dacarrete, Echegaray, Eguilaz, Escosura, Estrella, Fernandez Cuesta, Ferrer del Rio, Figuerola, Figueroa (Augusto Suarez de), Forteza, Garcia Gutierrez, Gayangos, Graells, Harzenbusch, Janer, Feilu, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lorenzana, Lorente, Mata, Mañé y Flaquer, Montesino, Molins (Marqués de), Martos, Moya (F. J.), Ochoa Olavarría, Olóza, Osorio, Palacios, Pasaron y Lastra, Pi Margall, Poej, Reinoso, Retes, Rios y Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Roigruiz y Muñoz, Rosa y Gonzalez, Ros de Oiano, Rossell, Ruiz Aguilera, Rodríguez (G.), Rodríguez (D. J.), Selgas, Sanz, Segovia, Salvador de Salvador, Salmeron, Sanromá, Serrano Alcázar, Sellés, Sanmartín, Trueba, Tubino, Varea, Valera, Boix, Vidart, Wilson (baronesa de).

SUMARIO.

Revista general, por D. J. L.—La Puerta del Sol, por D. Antonio Flores.—De la libertad de imprenta en Inglaterra, por D. M. Serret.—Suellos.—Estudios histórico-políticos sobre el gobierno antiguo de Aragón, por D. M. L.—Literatura americana. Plácido, por D. V. Barrantes.—El gobierno civil en el Perú.—Juicio del libro, por D. José Güell y Renté.—La negación del progreso. Última idea de Lamartine, por D. Augusto Ulloa.—Azúcar, su origen, progresos y producción en España y otros países, por D. Waldo Gimenez Romera.—Calamidades públicas. La criada novicia, por D. Ventura Ruiz Aguilera.—Necrología. D. Manuel José Quintana, por D. Antonio Ferrer del Rio.—Cavadonga, (poesía), por D. Eusebio Asquerino.—Suellos.—Reclamos.—Anuncios.

REVISTA GENERAL.

I.

Durante los últimos días se ha hablado con insistencia de la probabilidad funesta de una intervención extranjera. Semejante idea nos parece absurda de todo punto, mas debemos hacernos cargo de ella porque caracteriza perfectamente la situación que atravesamos.

Cuando tales cosas se piensan, es indudable que los males de la patria son graves; si bien en nuestro concepto no lo son tanto que requieran remedios tan heroicos.

Una intervención extranjera no podría ser motivada sino por graves desórdenes interiores, por flagrantes infracciones de la ley fundamental, por delitos de lesa justicia cometidos por el gobierno ó por las turbas. Solo cuando imperara la fuerza bruta, solo cuando el ciudadano careciese de garantías civiles podría justificarse la intervención de una potencia extranjera en nuestros asuntos. Afortunadamente el gobierno parece animado de los más legales propósitos, y tan distante de seguir los impulsos de las masas que pretenden empujarle más allá de los límites de su deber, como de obedecer á los que quisieran que fuera más conservador y represivo que lo que los antecedentes de los individuos que le forman hacen esperar. Los actuales ministros poseen toda la confianza de las masas populares, cuyos intereses han defendido con enérgica constancia, y ponen, á lo que se cree, todo su cuidado en atraerse la estima y el aprecio de aquellas clases más apartadas por interés y por instinto de la forma de gobierno que hoy predomina.

Esto no obstante, en algunas pobla-

ciones de España han ocurrido desórdenes graves en sí, y mucho más si se consideran como preludios de otros mayores. Los odios de partido, más enconados é intensos en las pequeñas poblaciones que en las grandes ciudades, han encontrado pretexto para mostrarse á las claras en el profundo cambio político que hemos experimentado. A esta causa, en primer término, debemos atribuir la mayor parte de los desmanes cometidos en algunas poblaciones contra personas más ó menos afectas al régimen caído; así como los de que han sido víctimas algunos propietarios reconocen por causa, ya una notable desigualdad en el reparto de la propiedad territorial, ya la mayor ó menor legitimidad de los títulos en virtud de los cuales disfrutaban algunos afortunados bienes que fueron nacionales.

La autoridad, en circunstancias como las que atravesamos, carece del prestigio y fuerza necesarios para mantener el imperio de la ley, y á esto se debe el que á ciencia y paciencia de alcaldes, gobernadores y tribunales, se hayan cometido desmanes y excesos sólo contenidos por el espíritu sensato del pueblo español.

No fueran estos males tan graves á no ir acompañados de circunstancias especiales. La guerra civil continúa tan empeñada como en los últimos días del breve reinado de D. Amadeo de Saboya y las esperanzas de que termine han amenguado en vez de crecer, á causa del espíritu de insubordinación que se ha apoderado de gran parte del ejército. No tienen razon para quejarse de esto los que desde la oposición hicieron tantas y tan halagüeñas promesas á los soldados, y desde el poder alientan imprudentemente la indisciplina. Pudiera, en rigor, exigirse á las tropas mayor abnegación que la que van mostrando; mas si se considera que sus jefes actuales han sido los primeros en mostrarles la senda de la desobediencia no se extraña que aquellos olviden su deber principal, que consiste en perseguir y vencer á los facciosos, por reclamar el cumplimiento de ofertas; si difíciles de cumplir en tiempos pacíficos, imposibles de satisfacer en épocas de guerra como la que atravesamos.

El gobierno ha procurado atajar esta mal encargando del mando de las tropas que operan en Cataluña al general Velarde; el cual apenas llegado al lado de sus tropas ha dado claras señales de energía y capacidad para el espinoso cargo que se le ha encomendado. En su alocución del 1.º del corriente, manifiesta con entera franqueza su decidido propósito de restablecer la disciplina y de no perdonar para lograr este resultado ninguna medida por enérgica que sea.

No hay para qué decir que semejantes

disposiciones han producido excelente efecto en todas las clases de la sociedad y hecho concebir esperanzas; (que pleague á Dios no sean defraudadas) de próxima victoria sobre las huestes carlistas.

II.

Los periódicos franceses han publicado la carta que el célebre cura Santa Cruz dirigió ha más de un mes al director de *El Pensamiento Español* con motivo de cierto artículo, (así le llama el cura) en que dicho diario le puso «de ropa de pascua» (son sus palabras á dicho cabecilla.) El cura Santa Cruz se disculpa de las ferocidades por él cometidas afirmando haberlas llevado á cabo en cumplimiento de órdenes terminantes de sus superiores, y moteja de vil é infame al periódico carlista por haber osado poner la conducta del feroz clérigo por debajo de la de los liberales, injuriado «¿quien? A un hombre, que, bien lo sabeis y todos los que me conocen, al salir á campaña no he tenido otro móvil que el amor á la santa causa de Dios, de la religión del rey, de la patria y de sus prógimos.»

Así se expresa este santo varon, el cual despues de invitar con irónico sarcasmo al director de *El Pensamiento* á que continúe paseando tranquilamente por Madrid y gozando de las comodidades que una posición holgada proporciona, le declara que perdona sus injurias, con lo cual quiere demostrar que no es tan fiero como le pintan.

La *Gaceta* primero, y todos los periódicos despues, han publicado el parte oficial de la entrega de Berga á los carlistas. En este documento se hace constar que la rendición de la plaza se debe á la traición del comandante militar de la misma Sr. Morales, observando que la entrega no se hubiera realizado si la plaza se hubiera defendido venticuatro horas más; pues este tiempo tardaron en llegar las columnas encargadas de socorrerla.

Algunos diarios han dicho, (y no creemos que la noticia haya sido desmentida), que las referidas columnas no llegaron á tiempo de auxiliar á los sitiados por haberse insurreccionado negándose á marchar hasta que les concedieran seis reales diarios.

Sea de ello lo que quiera es el caso que Berga ha estado durante breves horas en poder de los carlistas, quienes fusilaron más de 60 Voluntarios víctimas de su amor á la libertad y acaso de la insubordinación de la tropa, y es el caso tambien que la entrega de Berga ha producido tan honda impresion en toda Cataluña que la misma diputación provincial autora en gran parte de la indisciplina del ejército y causa de la paralización de las operaciones contra los car-

listas envió una comisión al Sr. Figueras con el objeto de de que mandase á la mayor brevedad un general capaz de infundir de nuevo en el ejército el espíritu de subordinación y obediencia á los superiores. (El gobierno, atendiendo á esta tardía súplica, nombró general en jefe de aquel ejército al Sr. Velarde cuyo primer acto hemos hablado en la presente revista.

III.

Dejemos á un lado la cuestion de la guerra civil, que por sí sola merece los honores de un estudio detenido, y tratemos, si quiea sea breve y someramente, de la actitud en que, en Madrid, centro de la política, se encuentran los partidos.

Los conservadores parecen aceptar resignados el olvido á que por sus pasados errores les condena la pública opinion y no dan aparentes señales de vida. Los radicales que aceptaron la República comienzan á temer las asechanzas de los hombres que mandan y no las tienen todas consigo al considerar cuán desembarazadamente les han despojado de los ministerios en que imperaban y cómo los elementos más avanzados del federalismo pretenden imponerse al gobierno para que destituya todos los ayuntamientos y diputaciones más ó menos tachados de monarquismo.

Las corporaciones provincial y municipal de Madrid se han visto amenazadas de violenta destitución por las turbas federales; mas han resistido dignamente las intimaciones que en son de amenaza se les han dirigido. Los partidarios de la disolución no han cejado facilmente en sus propósitos y solo la actitud decidida de concejales y diputados y la no menos enérgica y noble del Sr. Estébanez, gobernador civil, han conseguido que los nada pacíficos manifestantes desistan por el momento de su empeño.

IV.

No merecen en cambio elogios los gobernadores de Ciudad-Real y Alava, autores el primero de un serio conflicto provocado por una nimia cuestion de mobiliario y el segundo de un bando en el cual se impone á la provincia la contribución extraordinaria de 750.000 pesetas.

La conducta de la autoridad de Ciudad-Real, encarcelando á varios diputados provinciales por haberse negado á reponer los deteriorados muebles de la habitación del gobernador ha provocado no pocas risas y la del gobernador alavés usurpando poderes que solo al poder legislativo competen ha sido objeto de acerbas y justificadas censuras. El señor Pi y Margall, siguiendo el ejemplo de los ministros anteriores, deja pasar tales abusos con no poco desencanto de las

personas candidas y confiadas y gran contentamiento de los que cifran su ideal de gobierno en la célebre máxima de los frailes de Theleme: «Haz lo que quieras.»

A bien que á esos males pondrá oportuno remedio el Sr. Castelar si continúa como hasta la fecha dictando disposiciones tan salvadoras como la de la supresión de las órdenes de Carlos III, María Luisa é Isabel la Católica.

La Hacienda española ganará con esto no poco y la guerra civil terminará tan luego como desaparezca la última placa del pecho del último aficionado á tales distintivos.

## V.

En vista de los acontecimientos ocurridos en la quincena que reseñamos hay á quien se le ocurre dudar de que España sea un país serio. En cambio hay gentes que esperan grandes bienes de la situación y confían en que el próximo planteamiento de la República Federal acabará para siempre con los males de la patria.

No somos pesimistas; más creemos punto menos que imposible que de lo que actualmente impera pueda resultar otra cosa que la ruina y la vergüenza de España. En tanto que la guerra civil asola nuestras provincias del Norte, la demagogia bajo su aspecto más estúpido asoma en el Mediodía; y aquí, en el centro, impera un gobierno incapaz de vencer á las hordas de D. Carlos á las del socialismo.

No debemos echar al gobierno (compuesto de hombres rectos é ilustrados) la culpa de lo que sucede. Todos hemos cooperado y cooperamos á la ruina de la patria. El clero olvidado de Dios ha ya mucho tiempo, empuña las armas y excita á los pueblos á la rebelión; el ejército no es ya aquel ejército sufrido y héroe que parecía destinado á salvar á la nación con su arrojo y disciplina; la aristocracia hace todo cuanto puede dejando de hacer mal; el pueblo miente una sed de libertad y de reformas que nunca ha sentido menos que ahora; las clases medias se quejan y pagan. El gobierno en tanto tiene la conciencia de que no representa á ninguna de estas clases y convencido de que cualquiera medida que tomara había de producir general desagrado se limita á ostentar en documentos solemnes las tantas veces repetidas como poco practicadas ideas de libertad igualdad, y fraternidad, á realizar trabajosamente empréstitos y á abolir las órdenes de caballería.

Esta es la situación ó mucho nos equivocamos. Nunca mejor que ahora vendría un Mesías que nos salvara de los horrores presentes y de la próxima catástrofe; más ese Mesías no viene sin duda por temor de que le crucifiquemos.

J. L.

## LA PUERTA DEL SOL.

No busques, amigo lector, ni al dependiente del resguardo, que dando el ¿quién vive? á los géneros de nuestra propia familia, más parece un espía de la industria extranjera, que un protector de las nacionales; ni al dependiente de la municipalidad, que cobra un cuarto por lo que puedan ensuciar las calles, á los que sólo traen intención de ensuciarnos el estómago; ni busques al portero, ni preguntes por la portería.

No te acerques á examinar si son de madera ó de hierro, ó si están forrados de plata y claveteados de oro; no pretendas hallar el cerrojo, ni creas que es un misterio el no encontrar la cerradura.

La Puerta del Sol es de la misma familia que la Otomana, y ambas gozan el privilegio de estar abiertas, sin que nadie acierte á cerrarlas, y sin que se haya podido saber cómo lograron abrirlas.

Pero si algún anticuario, de los infinitos que pretenden poseer un eslabón de la cadena de los mares que circundan el globo, te dice que tiene la llave de la Puerta Otomana, dale las gracias por la noticia, y toma al punto en secreto el camino de Londres si quieres hacer un negocio estupendo ó una jugada redonda, como decimos hoy, que todo se ha convertido en un puro juego.

Algunos te aconsejarían que fueses á Rusia á vender la noticia del hallazgo,

pero no hagas caso, no ganarías un ochavo por ese camino. Tiene el Czar una llave maestra para entrar cuando quiera apagar con sus bayonetas el brillo de la media luna, y la usará algún día, no tengas cuidado; ya parece que ha echado su ojo al ídem de la cerradura. Los ingleses, en cambio, no tienen sino un cerrojo diplomático, que, para mayor dolor, parece estar enmohecido, y si tú les proporcionas la llave, y logran cerrar la Puerta, te darán cuanto les pidas. Si te preguntan cuánto quieres por el correteaje, date por satisfecho con el uno por mil de lo que á ellos les valga el negocio: son comerciantes y no les asustará tu franqueza.

Todo esto lo haces si la casualidad te proporciona ese hallazgo, pero á propio intento no le busques, porque la llave de la Puerta Otomana tengo para mí que está en San Petersburgo, y hace allí demasiado frío para que yo aconseje á mis lectores que vayan á tomar una pulmonía autocrática. Por otra parte, lo que á tí te interesa hallar, no es la llave de la Puerta Otomana, sino la del Sol, y esa no te canses en buscarla, porque há tiempo que los vagos la arrojaron al mar de *il dolce far niente*.

Así mismo te encargo que no pierdas el tiempo en procurarte cartas de recomendación, ni billetes de permiso para entrar allí, porque eso supondría que te ocupabas en algo y ya no serías admitido por los guardas de la Puerta del Sol.

La Puerta del Sol es, ni más ni menos, que la tierra de Jauja, donde, como dicen las gentes, se come, se bebe y no se trabaja, y no quiero que te inhabilites para pisar sus famosos umbrales.

Su arquitectura no es gótica, ni romana, ni árabe, ni siquiera churriguera, por más que esto último parezca lo más exacto, atendido el arlequinado conjunto de sus heterogéneos retazos. La verdad es, que no hay verdad ninguna, empezando por ella misma, que es una solemne mentira. Si en vez de llamarse Puerta del Sol se dejara llamar plaza de la ociosidad, nadie extrañaría que fuese el verdadero pórtico de todos los vicios; pero los holgazanes que la habitan dan una gran prueba del tesón con que ejercen su oficio llamandola Puerta del Sol, porque así indican que su pereza es tanta, que ni aun para tomar el Sol se dan el trabajo de pasar de la puerta.

Ella tiene, sin embargo, su etimología histórica y pretende ser una puerta jubilada del siglo XVI; y si te paras á oírlo, te dirá que era nada menos que puerta de un castillo en el que había pintada una imagen del sol. Pero ¿quién hace caso de etimologías, ni de abologos, ni de tradiciones históricas, hoy que al anochecer se declara viejo y caduco lo que nació aquella misma madrugada?

Medrados estábamos si hubiéramos de perder el tiempo en averiguar el por qué de las cosas, hoy que cada cual recibe el título de lo que debe ser con solo ocultar las pruebas de lo que ha sido y presentar el testimonio de lo que está siendo!

No, amigo lector, dejemos á los archivos acogotados por las enciclopedias y demos un paseo por la Puerta del Sol de ahora, sin cuidarnos ni poco ni mucho de la de mil quinientos y tantos.

Obrando así, no habrá nadie que nos tache de embusteros ni de encubridores. Si ella tiene una fe de bautismo que acredite su mayor edad ¿por qué la esconde? ¿Por qué encubre sus canas bajo la rubia peluca del modernísimo asfalto? ¿Por qué no nos dice el año en que ha nacido, así como nos cuenta que el año en que se ha marido con el asfalto ha sido el de 1848, siendo su padrino de pila el Excelentísimo señor conde de Vistahermosa, alcalde corregidor de esta muy heroica villa?

Pues, vive Dios, y no lo digo por jurar, que no hemos de tomarla en cuenta ni un año más de lo que ella propia declara. Y debe agradecernos esta conducta, porque nos veríamos obligados á pedirle explicaciones de la que observó en la guerra de la Independencia, abriéndose de par en par á los franceses enemigos, y más tarde á los aliados, y siempre á los revolucionarios á quienes ha recibido sin dificultad de día y de noche alborotando la casa con los escándalos que daba en el portal de la misma.

Así nos será fácil perdonarla el orgullo con que insultaba á los vencidos, haciendo pregonar á los vencedores la gloria de haberla tomado. ¡La gloria de tomar

la Puerta del Sol que tiene diez mangos por donde agarrarla!

Pues no lo tomes á broma, lector, hubo un tiempo en que se decía que se tomaba la Puerta del Sol, y en que el tomarla era casi tenido por un milagro. Pero tiempo que no nos pertenece; nosotros vamos á tomarla después que ella ha cubierto sus culpas con el tupido velo del asfalto, y antes de que se convirtiera en lo que es en la actualidad: en un súbito monton de escambros y de ruinas.

Procura no pisar el epitafio que allí está esculpido en caracteres de bronce, cruza los brazos, abre los ojos y mira.

¿Ves esa mezquina fachada que parece la de una pobre ermita de la más pobre aldea del mundo? pues es nada menos que la famosa iglesia del Buen Suceso, conocida en toda España y en el extranjero, por haber tomado asiento de preferencia en la corte de ambas Castillas. Es un pequeño hospital en el que se curaban provisionalmente los infinitos heridos que produce la nueva industria de los carruajes. Recordando que el día 2 de Mayo de 1808, en vez de curar los heridos, dejó que los franceses fusilaran dentro de su recinto á algunos españoles, puede aplicarse con cierta oportunidad estos cuatro versos:

El Sr. D. Juan de Robres  
con caridad sin igual,  
hizo este Santo hospital,  
y también hizo los pobres.

El adorno más célebre de esa fachada era el reloj, que marcando día y noche las horas, parece ser la voz de mando que obedecen con puntualidad los vagos, girando y contragirando al sol y á la sombra.

Muchas veces habrás leído en los billetes de las diligencias que los carruajes *saldrán con el reloj de la Puerta del Sol*, y sin embargo, van solos, que el reloj no sale con nadie, y si hace alguna salida, es de juicio, trastornándose hasta el punto de llevarle al sol dos horas de ventaja ó de retraso. También te dirán algunos que *llevar su reloj con el del Buen Suceso*, y esto tampoco es verdad, porque á no ser el gas que alguna noche le suele quitar la luz, no sabemos de ningún otro personaje que se le haya llevado de allí.

Puedes, por lo tanto, estar tranquilo y volverle la espalda para dar frente á las calles Mayor y del Arenal, amenazadas siempre de tragarse la una á la otra; pero riéndose de los proyectistas que quieren medirles las espaldas para ensanchar el pecho de la una con la joroba de la otra.

La callejuela del Correo no la mires hasta las seis de la tarde; el inmundado callejon del Cofre, no le veas nunca, y ganará la vista casi tanto como el olfato; la estrecha calle de los Preciados, especie de cordón acústico que tiene la plazuela de Santo Domingo para comunicarse con la Puerta del Sol, tampoco merece fijar tu vista; á la calle del Carmen puedes echar de vez en cuando una mirada para ver las tiendas y las mujeres que entran y salen y suspiran en derredor de ellas. Así tal vez te ahorrarás de preguntarme ¿por qué no son honrados ni probos todos los hombres que lo parecen?

Donde yo quiero que pongas toda tu atención es en las embocaduras de las calles de Carretas, Montera y Carrera de San Gerónimo. Estas son las cuatro grandes avenidas del Torrente; estos son los cuatro puntos por donde hemos de recibir el asalto, estas son las cuatro brechas por donde ha de sitiarnos el enemigo.

A los vagos de profesión, á los verdaderos parroquianos de la casa, no esperes verlos llegar por ninguna parte; entran por todas, ó por mejor decir, están allí sin que nadie sepa por dónde han venido, así como nadie puede asegurar que alguna vez se fueron.

Ellos son el ejército permanente de la ociosidad, que guarnece el castillo de la vagancia.

Son una gran cantidad de sangre doblemente perdida, que aplicada á la locomoción, podría representar una fuerza de 5.000 caballos.

¡Considera lector, si no es una lástima que el gobierno deje perder esa fuerza, hoy que estamos en camino de aprovechar hasta el vapor que se escapa del humilde puchero del artesano!

¡Por qué hemos de andar bebiendo los vientos para agarrar el aire, y estrujándole las entrañas, hacerle que sude

su cacho de contribucion locomotora, sin haber utilizado primero la última gota de sangre perdida!

En buen hora que, por respetos á la especie humana, se guarden al vago ciertas atenciones, y no se le obligue ni á tirar de una carreta, ni á mover los arcaduces de una noria; pero dejar que se pierda su sangre, es un desatino.

En su misma adorada peana de la Puerta del Sol, sin hacerle perder su estatuaría figura, hay un medio de utilizar su sangre, y nosotros no queremos dejar pasar esta ocasión sin proponerle á la superior inteligencia del gobierno de S. M.

El reciente descubrimiento de la fuerza magnética es la mejor ley de vagos que pudieran haber inventado los más famosos licurgos de estos tiempos, y vamos á probarlo con el siguiente ejemplo.

Colóquese en medio de la Puerta del Sol una bomba hidráulica de la fuerza de 3 000 ó 4.000 caballos, construida de manera que funcione por un movimiento de rotación parecido al de las norias. Encima del eje ó árbol principal fíjese una gran tabla, especie de mesa redonda, en cuyo borde quepan á la vez las 2.000 ó 2.500 manos de los asistentes á la Puerta del Sol, y ya está hecho el milagro.

¡Oh! si esto se hubiera pensado antes de empezar la construcción del Canal de Isabel III! Pero más vale tarde que nunca; colóquese la máquina, que los vagos no se opondrán á darla movimiento. ¿Qué trabajo les cuesta establecer el contacto de los pulgares y de los índices, y girar en cadena magnética alrededor de la máquina? Si les dijeran que era preciso abandonar la Puerta del Sol, el sacrificio sería más costoso, pero nada de eso, pueden seguir allí, y aun siendo magnetizadores... seguir pareciendo vagos.

Mientras llega ese día, que llegará apenas llegue mi proposición á noticia de alguna compañía anónima, les dejaremos andar cruzando desde el sol á la sombra, y vice-versa, atentos siempre á contar las empuñadas del reloj; no para saber la hora que corre, ni las que van corridas, sino para contar las que han de ver correr sin moverse de allí.

Olvidados de ellos, y considerando su inamovilidad como la de los edificios que forman irregular plazuela, vamos por fin á examinar los diferentes grupos en que puede dividirse para el verdadero estudio craneoscópico de sus facultades morales.

Sin movernos un punto del asfalto, especie de muelle del lago, vamos á ver las diversas islas de ese archipiélago, y á examinar las distintas razas que le pueblan. Razas degeneradas, de las cuales algunas, aunque pocas, conservan su aire tradicional de los tiempos primitivos.

Es la primera, la más madrugadora de todas, la de los *cofrades del comercio*, especie de jorobados voluntarios, que por no inclinarse su cabeza ante el vil metal, le llevan á la espalda, sin que se les puedan aplicar aquellos versos de un célebre fabulista:

En una alforja al hombro  
llevo los vicios;  
delante los ajenos,  
detrás los míos,

Precisamente nada de cuanto esos honrados isleños llevan á la espalda es suyo. Aquella protuberancia, que á veces no podrían vender en 70.000 rs., es agena; y más de un vicioso de los que viven en las islas inmediatas, abre los ojos y se relame de gusto pensando en el que tendría si le dejaran reventar aquel tubérculo. Pero cuando se los ve congregados en la Puerta del Sol, aun no se les conoce la joroba. La llevan plegada debajo del brazo y se entretienen en averiguar domicilios, en informarse de si algún golfo mercantil se ha declarado terreno quebrado, y en comunicarse las contraseñas para conocer la moneda falsa y el papel ídem.

Al islote de su propiedad, y del cual los cobradores no ocupan sino un pequeño espacio, van abordando sin cesar los agentes de Bolsa, los corredores, los capitalistas, los aficionados á tener capital ó á que por tales los tenga el público; y, por último, los *zurrupetos*.

Esta especie de la gran familia mercantil, aproximación homeopática del capitalista, átomo invisible del comerciante y pesadilla perpetua del corredor y aun del agente, es numerosísima. La exclaustración, la ley de mayorazgos y las once mil sociedades anónimas crearon esa nueva industria que recibe, sin

embargo, su mayor refuerzo en las prematuras cesantías de las oficinas del Estado. Las muertes repentinas que ocasionan las reales órdenes, no dan el tiempo necesario para asegurar la certeza de la defunción, y como en el cementerio de las clases pasivas no se depositan previamente los cadáveres, resulta que todos ellos son otros tantos Lázaros que van á resucitar á la Bolsa.

Allí se entregan... primero á ver, luego á escuchar, más tarde á oler, y cuando empiezan á gustar el sabor de los negocios, tocan las ventajas de alguna prima que apenas les alcanza en quinto grado de consanguinidad metálica.

Pero el zurrupeto, que parece el último habitante de la isla mercantil, es siempre el primero en todos los negocios.

Antes de cruzar el golfo de la Puerta del Sol ya ha leído los periódicos extranjeros en casa de Monier y enterándose de los cambios de Amsterdam y de Edimburgo, sobre cuyas plazas ni tiene quien le dé ni quien le pida un ochavo de yerba-buena. Los artículos de fondo de la prensa madrileña los sabe de memoria, porque dice no es buen comerciante el que no observa el rumbo de la opinión pública, para calcular la vida del ministerio y las probabilidades del reemplazo; y todos esos datos juntos sumarlos para ver si dan por resultado el alza ó baja de los fondos. Tampoco estas noticias le importan poco ni mucho, porque él no juega... ni la paga de cesante... que dicho se está que no es moneda corriente, y aunque lo fuera, Dios solo sabe cuándo llegaría á cobrarla.

Un manojo de cartas y otro de papeles doblados á manera de pólizas es de rigor en el bolsillo del zurrupeto, y los saca sin cesar en presencia de todos para darse un golpe en la frente como si le pesara haberse dejado en la cartera el más importante de todos. Si un amigo se acerca á darle los buenos días y á informarse de su salud, le contesta al oído y con cierto aire de misterio, ni más ni menos que si se le hubiese propuesto alguna jugada.

Bullendo sin cesar y marchando de uno en otro corrillo, pasa la mañana hasta las dos de la tarde, que se dirige á la Bolsa.

Pero allí le veremos en otra ocasión, porque ahora no podemos apartarnos de nuestro observatorio.

Hemos de seguir pegados al asfalto hasta que hayamos visto todas las razas, y bien puede decirse que aun no hemos comenzado la tarea.

Prescindiendo de la isla funeraria, á la que abordan todos los músicos trashumantes, ansiosos de oír doblar á muerto, y de otras varias islas cuyos habitantes han ido á poblar la Plaza Mayor y otros diferentes lugares, aun nos quedan las dos perlas del archipiélago, las dos poblaciones más importantes del lago. Páralas en silencio equivaldría á suprimir, á borrar del globo la Puerta del Sol, y no podemos hacerlo en conciencia. El golfo de oro y el apostadero de la silla ministerial son los asuntos principales del cuadro.

Empecemos por el oro, que á fe que siendo ricos podremos dar más largo plazo á las esperanzas.

Engolfémonos en este mar de riqueza con que nos brinda la falange de los nuevos descubridores peruanos. Convengamos con ellos en que nuestros padres fueron unos babiecas, que perdieron el tiempo en contar las siete cabrillas, sin ocurrirles bajar los ojos al suelo, donde habrían visto... lo que ya no es posible ocultar por más tiempo.

Pobres gentes, que expusieron su vida por buscar en el Perú cuatro migajas de oro, y no vieron que al hacerse á la vela abandonaban una península de plata.

Sombras ilustres de Cristóbal Colón, de Hernán Cortés y de Pizarro, venid y prosternaos ante nuestra sabiduría minera, ante nuestra potente brújula, que sin mover el pié del pedestal en que la dejasteis, aguardando las flotas de América, ha sabido encontrar los verdaderos tesoros del mundo, y ya puede parodiarse vuestro grito de ¡tierra! ¡tierra! gritando ¡plata! ¡plata! ¡ya tenemos plata!

Ya somos ricos, muy ricos, y no debemos á nadie nuestra riqueza. Ni á los algodoneros catalanes, ni á los caldos andaluces, ni á los granos de Castilla. No hemos querido ser ni tejedores, ni vinateros, ni menos labriegos; somos mineros.

Mineros, eso sí, á mucha honra, porque no habrá quien compare el producto que dá una fanega de tierra sembrada de trigo, ó de alfalfa, con el que puede dar si se caba y se profundiza, y allá en lo íntimo de sus entrañas, descubre un filón de plomo argentino, ó de puro argento, que todo puede suceder, y sucede, y de menos, de mucho menos aun nos hizo Dios.

Y una prueba de que esto es verdad, es la de que parece imposible que sean mentira todos esos mortales que danzan y bullen en el golfo del oro, con cada mendrugo de plata en la mano, mayor que una libreta.

Acércate, lector, quiero que los veas y los oigas por tí propio para que no me taches de exagerado, y para que vayas haciendo amistad con ellos, porque no ha de ser esta la única vez que hemos de hallarlos en nuestro camino.

En la época actual, á cualquier punto que vayámos, hemos de tropezar con mineros explotadores de mineral, ó con mineros explotadores de la explotación de minas.

Estos últimos forman una inmensa mayoría: ellos son los que hormigean en derredor del edificio de correos, llenos los bolsillos de lastre mineral, y la cartera de inscripciones anónimas; ellos son los que poseen la verdadera ciencia de hallar siempre el filón, y ellos, en fin, los verdaderos hombres del siglo minero.

Ya los veremos reunidos en junta general ó en junta de dirección ó en junta de gobierno: los mineros son tan aficionados á juntas y á discusiones, y son tan diestros en ellas, que arrancan con un solo discurso 500 ó más quintales de plata de la más estéril de las rocas. Pero no una plata de mala ley ni de naturaleza cuestionable, sino acuñada en pesos méjicanos, capaces de vencer y de confundir al más incrédulo de los mortales.

En la misma Puerta del Sol, al aire libre, sin pozos ni galerías subterráneas, trabajan á cielo abierto una porción de minas, y descubren filones de una potencia enorme, sin más trabajo que el de echar un barreno al oído de los incantos.

Las voces más usuales en aquellos círculos son las siguientes:

Virgenes de la Zarza á 12.500. San Antón á 4.000. Esperanzas á 100 duros. Un cuarto de ilusión en 20.000 reales. Media Santa Clara en 700. Las Primicias de Nicolasa en 500.... etc.

Y al recitar de semejante tarifa, acompaña el misterioso descubrimiento de un enorme pedrusco, recién llegado á la plaza, y que viene anunciando un fortunon disparatado.

Se trata de un riquísimo criadero de plata nativa que buscando setas por ejemplo, descubrió un pobre pastor, al cual cuatro amigos le compraron el secreto en cuatro, ó cinco, ó diez ó doce mil duros, la cantidad no hace al caso; pero es el único mineral positivo que se ofrece á la vista del comprador. Por supuesto que no se ha querido dar participación sino á los amigos, ni se han emitido más que 100 acciones, repartidas como pan bendito entre diez sugetos. Hay pedidos á docenas, y hasta el gobierno quiere tener participación en el negocio; pero todos quedarán iguales, porque ese tesoro se guarda para los amigos.

Si los que escuchan la historia del criadero son capaces de hallar otro pastor, que buscando setas se hunda en plata hasta las rodillas, se sonrien y el barreno no da resultados. Pero el verdadero minero no gasta la pólvora en salvas, y cuando agarra la mecha, el golpe es seguro. Difícilmente dejará de oírle algún honrado propietario de aquellos bienaventurados mortales, que el año 1808 pusieron sus economías dos varas debajo de tierra, y cuatro años después, tres varas más hondas, y en 1820 no se habla, y cuando entraron los Angulemas no se diga. A esos inocentes ancianos que cuando oyeron hablar de donativos patrióticos, echaron cinco llaves á la gaveta, y al nacimiento del sistema tributario estrenaron un cerrojo de quince pulgadas de grueso, les ha trastornado el cerebro el humo del carbon de piedra, y revoloteando como la mariposa en derredor de la luz del gas, maldicen la crisálida del oscurantismo y abogan por las minas, apenas curados del descalabro de las sociedades anónimas.

Para estos descubrió la mina el pastor, y estos son los que tienen la ingratitude de trocar los retratos de á 320 rs., que les dejaron sus amados monarcas Carlos III y Carlos IV, por un pedazo de papel continuo, perfectamente litografiado y lleno de rúbricas y geroglíficos.

A sus casas vuelven todos los días, cargados de ilusiones y ricos de esperanzas, con cuatro ó cinco onzas de menos en los bolsillos del chaleco y veinte ó veinte y cinco libras de más en los de la levita ó la casaca.

De lo que pasa allí dentro nada podemos decir en este cuadro, y lo dejamos para más adelante, que pensamos hacer la obra de caridad de escribir una completa historia del minero.

Otro sacrificio no menos meritorio nos falta que hacer antes de terminar el presente retablo. Hemos ofrecido asomar las narices al apostadero de la silla ministerial, y ya no tiene remedio; es preciso dejarse llevar por las circunstancias, y situarse en el esquinazo de la calle del Carmen, ó mejor dicho, en el primer tercio de la calle de la Montera.

Aunque la nave del Estado vaya en bonanza, milagro que rara vez acontece, y esté en calma el siempre proceloso mar de las pasiones políticas, el barómetro del apostadero señala nublado ó vario ó tempestad, y en una palabra, crisis. Los habitantes del apostadero no saben vivir fuera de ese elemento; necesitan la crisis, como el pez necesita el agua, y el pescador las grandes avenidas del río. Y esa necesidad es muy natural; se comprende con solo saber que ninguno de aquellos isleños es ministro, ni siquiera subsecretario, ni aun director, y si ustedes me apuran ni escribiente de dirección.

Figúrense ustedes, y se figuran la purísima verdad, que toda la gente que allí se reune es mayor de edad, y libre, por lo tanto, para gastar su hacienda como mejor le plazca. Su hacienda es el tiempo, y le emplean en tomar el sol en invierno y la sombra en verano, quitando y poniendo ministros, sublevando provincias, levantando partidas de facciosos y trazando conflictos internacionales.

El forastero que cruza por entre aquellos grupos, se le antoja que son otras tantas cuadrillas de vagos que están allí pasando el tiempo como pudieran pasarlo en presidio ó en cualquier otro entretenimiento parecido, y resulta que el forastero se engaña... como un chino, que al decir de las gentes de Europa casi siempre engañadas por los hijos del celeste imperio, son los mayores bobalicones del mundo.

Los vagos del apostadero ministerial son gente tan aplicada, que el menos trabajador se atreve á tomar sobre sus hombros, y aun á pecho, la presidencia del Consejo de ministros. Todos ellos son como el verdadero aficionado á la caza, que cuando no puede echarse á la cara reses mayores, se va al sol á buscar conejos, ó sale á matar perdices, y á falta de estas, va á matar vencejos; y por último, si no hay más que gorriones, á los gorriones tira, que no es cosa de volverse atrás con el moral vacío.

El verdadero habitante del apostadero, sale á cazar noticias; y si es tiempo de veda en el campo ministerial, dirije la puntería á las provincias ó al extranjero, y caza lo que se le presenta para no volver á su casa desprovisto de noticias.

Acércase al primer grupo de amigos y les saluda diciéndoles:

—¿Qué tenemos?  
—Usted dirá, le responden.  
—Yo no sé nada, replica sonriendo; anoche á última hora se dijo si había crisis... pero yo no lo creo.

Aun no ha pronunciado la palabra crisis, cuando se destaca del grupo algún amigo, y acercándose á otro corrillo, dice con aire de misterio:

—¡Señores, noticia! ¡el ministerio está en crisis!  
—¿De veras? le preguntan.  
—Era de esperar... ¿Salen todos?  
—Todos.  
—Y ¿quién entra á reemplazarlos?  
—No se sabe.

—Calle Vd., replica algún observador, yo he visto hace cosa de una hora pasar hacia palacio, y muy deprisa, el coche del general R... Tal vez...

Antes de que el observador acabe de explicar sus conjeturas, ya se ha separado del corro un sugeto que se acerca á otro grupo diciendo:

—¡Con que ya tenemos nuevo ministerio!

—Noticia fresca, le replican; si ayer trajo la Gaceta los nombramientos!

—Pues está Vd. tocando el violon; ese ministerio ha caído.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—No puede ser, acabo yo de ver á....

—A quien Vd. quiera; lo que yo aseguro á Vd. es que está formando gabinete el general R...

—¿Y se sabe con qué personas cuenta?

—Es natural que lleve para Estado al marqués de M...

—¿Valiente calabaza!

—Para Hacienda á J...

—¡Santa Bárbara nos asista!... No van á quedar ni los ochavos de tanteo para el tresillo.

—En Gracia y Justicia entrará L...

—¿Qué disparate!... Harán renuncia todos los magistrados.

—¿Y por qué? Es de la carrera.

—Tiene Vd. razón; estudió leyes, y al único reo que defendió como abogado, pedía el fiscal la inmediata y le ahorcaron de resultados de la defensa.

—Eso no tiene nada que ver para que sea buen ministro.

—Verdad es; siga Vd. diciendo: ¿quién cree Vd. que entrará en Guerra?

—El mismo B... que tendrá esa cartera y la presidencia.

—¿Y en Marina?

—El general M...

—¿Y en Fomento?

—El general H...

—¿Conque cree Vd. que habrá tres generales?

—¿Como no sean cuatro ó cinco!

—¿Cáspita!... ¿Pues entonces harán ministro de Gracia y Justicia á algún general?

—No, pero si él queda solo con la presidencia y en el ministerio de Estado no entra el marqués!...

Tampoco esperan los de este grupo que acabe el preopinante de discurrir sobre lo que podrá suceder en la formación del nuevo ministerio, y acercándose á los demás corrillos, agitados ya con la noticia de crisis, dicen:

—¿Conque saben Vds. ya los nombres de los nuevos ministros?...

—¿Es cosa segura?

—Me acaba de afirmar persona que tiene motivos para saberlo, que juran dentro de media hora.

—¿Y quiénes son ellos? Vengan, vengan.

—Guerra, con la presidencia, R...; Estado, el marqués de M...; Hacienda, J...; Gracia y Justicia, L...; Marina, M... y Fomento, H...

—¿Y Gobernacion?

—No se sabe.

—Pues falta lo mejor.

—Echarán mano de algún general.

—Es probable.

—Pues dígame á Vd. que será cosa de que todos aprendamos el ejercicio.

—Amigo mio, es preciso andar con las circunstancias.

—¿Y cree Vd. que esta gente resolverá la cuestión? ¿Durarán mucho?

—Lo que la sal en el agua... Este ministerio nace muerto.

—Tendrá mayoría en las Córtes?

—¿Qué han de tener!... ni veinte votos.

—Bah!... como den turron... Se lo comerán, y luego... á buscar otro padrino.

—Pues, tendrán que disolver.

—¿Quién lo duda?

—En ese caso, dígame á V que para elecciones no nos alcanza el tiempo.

Y así ni más ni menos, siguen conjeturando acerca de la conducta que seguirán en el poder aquellos hombres que el mentidero de la Puerta del Sol acaba de elevar á los primeros puestos de la Nación.

De una noticia de crisis negativa; de un hombre que llega diciendo que ha oído hablar de crisis, pero que no lo cree se ha formado un completo, y al parecer positivo cambio ministerial. Y lo más chistoso del caso es que al mismo autor de la inocente noticia, se la devuelven tan acabada y completa, que le es imposible adivinar su origen y le dá entera fe y crédito.

El mismo rumbo lleva cualquier otra noticia sobre aparición de facciosos ó cosa por el estilo. De doce pasaban á ser doscientos y acababan en ocho mil; á cuyo número el autor de la noticia añade los

que á él le constan, y vuelve á su casa con ocho mil facciosos más.

Son las noticias en ese mentidero lo mismo que las bolas de nieve: se sueltan como un garbanzo, y cuando acaban de rodar tienen el volumen de una montaña.

Escuso decir á ustedes lo que creen desde que salen del apostadero, hasta que llegan á las columnas de los periódicos, donde toman unas proporciones colosales.

Y mientras los políticos baten el cobre en el apostadero, siguen cruzando el lago y haciendo conversiones de sol y sombra los demás parásitos de las islas inmediatas; mirando al reloj cada vez que repite la hora, esperando que sea la una para ver salir la gente de la misa del Buen Suceso, y resignándose á continuar allí hasta la seis de la tarde, á cuya hora parten los correos, siempre favorecidos por una extraordinaria é incansable concurrencia de ociosos, que todos los días parece ven por primera vez rodar un carruaje.

El negociante perrero, que desde que la célebre Mariblanca se retiró del bullicio del siglo á la soledad de la plazuela de las Descalzas, es la figura más importante de la Puerta del Sol, sigue inmóvil, con su alforja llena de habitantes del nuevo mundo, ó de peninsulares rebajados; que esto de hacer pasear un perro de lanas crecedero, por un americano liliputiense, es el gato por liebre del comercio americano.

Nunca pregona su mercancía y aun hay quien dice que le ha visto enternecerse cuando ha tenido que hacer el sacrificio de cambiar un perro por una onza de oro; pero esto no se sabe de cierto, y no falta quien diga que no llora el perro sino el marido de la señora que compra el perro. Cosa muy natural, no por el dinero, sino por los pobres animalitos que están sujetos á un tráfico capaz de excitar el día menos pensado la filantropía de los ingleses; gente tan humana y tan compasiva, que por acudir al socorro de los negocios tienen la abnegación de ver morir de hambre á sus propios hermanos los blancos de Irlanda y aun á los mismos bretones.

Los demás negociantes de la Puerta del Sol son todos industriales de poco pelo. Aguadores, fosforeros, bollereros y algún otro vendedor de papel cortado para cartas,

Industria tan moderna como la de escribir, que en cierta clase de gentes tiene muy poca antigüedad.

ANTONIO FLORES.

## DE LA LIBERTAD DE IMPRENTA EN INGLATERRA.

### II.

La regular publicación de periódicos no tuvo de manera alguna las consecuencias que algunos hombres de Estado, por demás tímidos, habían revelado, y la libertad de imprenta, por la cual Milton había luchado tan noblemente, á poco de haberse verificado su concesión, vino á confirmar los vaticinios de aquel célebre escritor. Hé aquí lo que sobre el particular dice Macaulay:

«Es un hecho bien notable que los periódicos, en su niñez, fueron todos partidarios del rey y de la revolución, lo que consistió en la circunstancia de que los editores anduvieron en un principio con mucho cuidado. La impresión de periódicos no estaba prohibida por una ley; pero á fines del reinado de Carlos II los jueces competentes declararon la publicación de noticias políticas, sin anuencia del rey, como una falta contra el derecho común; pero estos mismos jueces, que habían pronunciado este axioma, estaban todos supeditados á la arbitrariedad régia, y por consiguiente, muy dispuestos á favorecer y ensanchar la prerogativa del rey. La cuestión entró en un estado de incertidumbre: de aquí que los ministros de la corona observaron en esta parte una conducta indulgente, y previsoros los periodistas. No hubo entonces un deseo manifiesto, ni por una ni por otra parte, de conducir la cuestión de derecho á una decisión definitiva. Consistió, pues, el gobierno tácitamente la publicación de periódicos, y los empresarios de estos se condujeron con mucha circunspección respecto á la

publicación de cosas que podrían provocar ó alarmar al gobierno. Refiérese, sin embargo, el caso de que en uno de los nuevos periódicos, apareció un artículo que al parecer tenía el designio de hacer sospechosa á la princesa Ana, como si ella no hubiera debidamente celebrado la toma de Namur; más el director de dicho diario se apresuró á corregir su falta por medio de una apología en extremo rendida.

Durante mucho tiempo, los periódicos no oficiales, si bien más habladores é interesantes que los del gobierno, eran casi tan propicios á la corte como los últimos. Quien quiera que los examine, encontrará que el rey es siempre citado con acatamiento.

En cuanto se refiere á los debates y discusiones de ambas Cámaras, observaron siempre un silencio respetuoso, y si alguna vez esgrimieron el arma de la mofa y del escarnio, asestaban los golpes contra los jacobitas y franceses. Lo cierto es que el gobierno del rey Guillermo ganó mucho con la publicación de estos periódicos, escritos bajo la impresión del temor ante el fiscal general, y que al fin vinieron á sustituir á los antiguos *news letters*, concebidos en términos más libres.

Los libelistas á su vez escribían con mayor libertad que no los periodistas; sin embargo, cuantos hayan seguido con alguna atención las discusiones políticas de aquella época, habrán podido hacer una observación; que los libelos lanzados contra la persona de Guillermo y su gobierno, fueron decididamente menos vulgares y malignos en la última mitad de su reinado, que no en la primera; efecto que estriba, á no dudarlo, en la circunstancia de que la prensa estuvo en la primera mitad de su gobierno encadenada, mientras que en la última disfrutaba de la libertad. Todo el tiempo que existió la censura fue imposible imprimir cosa alguna sin el asentimiento del censor, siempre que envolviese algún ataque contra la administración de cualquier dependencia del gobierno, y aunque estuviera concebido en términos muy comedidos y convincentes.

«El imprimir cosa alguna de esta clase sin la previa aprobación era considerado como un acto ilegal. Abstuvieron en general los antagonistas moderados de la corte de emitir su opinión, toda vez que no les era posible hacerlo, sujetándose á las prescripciones vigentes, dejando, pues, la enojosa tarea á hombres menos discretos; así es, que no hubo casi individuo alguno de juicio, carácter y honradez que tomara su pluma para escribir contra el gobierno; pues quien tenía la costumbre de hacerlo sin tregua, la tenía también en conculcar la ley; y la infracción repetida de una ley, aunque sea injusta, es cosa de que el hombre se entregue absolutamente á la licencia. Un escritor, que estaba resuelto á hacer imprimir algo, que no merecía la aprobación del censor, tenía que valerse de algunos entes desesperados, que, perseguidos por la policía, se veían precisados á buscar cada ocho días otro domicilio, ocultando su papel y sus tipos en aquellas guaridas del vicio, que son el oprobio y la calamidad de las grandes poblaciones. A esta clase de individuos, pues tenía que bajarse, y halagarlos para que callasen su secreto. La libertad de la prensa produjo un cambio grande y saludable. Algunos hombres débiles habían creído que la religión y la moralidad necesitaban indispensablemente el escudo del censor; la experiencia puso de manifiesto que se equivocaban.

La censura puso apenas coto á la licencia ó impiedad. *El Paraíso perdido* escapó á duras penas de la mutilación que debió inferirle el censor, porque era obra de un hombre cuyos principios políticos eran objeto de odio del partido dominante. Mas la obra de *Etherege*, titulada *Ella lo haría si pudiese. La campesina*, por Wycherley; las *Versiones sacadas del libro cuarto de Lucrecio*, por Dryden, obtuvieron sin dificultad alguna el *Imprimatur*, porque Dryden, Wycherley y *Etherege* eran afectos á la corte. Desde el día en que ya definitivamente pasó la emancipación de nuestra literatura á la esfera de los hechos consumados, comenzó también la purificación de la misma, obra, empero, no á favor de la intervención de senadores y magistrados, sino mas bien por la opinión pública de la Inglaterra ilustrada, á cuyo arbitrio quedaba

el elegir entre lo bueno y lo malo. En el transcurso de ciento sesenta años se ha ido más y más completando y robusteciendo esta libertad de imprenta, y durante el propio período hanse también á la vez siempre más y más aumentado las exigencias que el gusto del lector ha impuesto á los escritores. Finalmente, aun aquella especie de obras, destinadas á servir preferentemente de pasto á la fantasía exuberante, se revistieron de un tipo más decoroso y conveniente que en el siglo XVII. Inexplicables para los extranjeros, que no se atreven á imprimir una sola palabra contra su gobierno, como sucede que la prensa más libre de Europa, sea al propio tiempo también la más comedida y circunspecta.»

M. SERVEAT.

La revolución demagógica irá bien lejos sino la detienen en su fatal camino. Con el título de *La última batalla* acaba de publicarse en Suiza en alemán y francés, un libro escrito por un alemán de Dusseldorf, Stampf, en el cual preludia el porvenir de Europa para 1890.

En esta época solo existirán dos grandes imperios en el continente, el de Rusia y el de Alemania, de los que serán tributarios algunos otros pequeños reinos, mientras en el Medio día de Europa imperará la R-pública. Nicolás II y Guillermo III, que serán entonces los soberanos de ambos imperios, se declararán una guerra terrible por la supremacía de Europa; pero en el día de la suprema batalla La Internacional echará en ella todo el peso de su poder, y á su impulso sucumbirán los dos emperadores, desapareciendo para siempre los tronos.

El autor hizo como alemán la campaña última y estuvo en Sedan; pero sus actos de indisciplina lo hicieron pasar de oficial á soldado, y después fué condenado á una pena, de la que se libró fugándose á Suiza, donde ha escrito esta obra.

Bien es verdad que la idea pertenece al libro que tiene muy adelantado Victor Hugo, y que es la glorificación del *Noventa y tres*.

Las expediciones de los vapores-correos para las Antillas, que salen á mediados del mes del puerto de Santander, pueden ofrecer al comercio y los particulares de Madrid la importante ventaja de que alcance la correspondencia un día más tarde, si la dirección de correos dispone que se comprendan en la expedición las cartas depositadas en los buzones de Madrid hasta la salida del tren express del 14, que llega á Santander algunas horas antes de las tres de la tarde del 15 en que debe zarpar el vapor-correo.

Las últimas noticias de Filipinas dicen que ha habido un horroroso incendio en Cebú, consumiendo cerca de 200 casas, y dejando sin albergue á más de 300 familias.

El embajador de Francia en Berlin, vizconde de Gontaut Biron, que viene con licencia al Mediodía de Francia, tuvo el miércoles una entrevista con M. Thiers. La correspondencia *Havas* dice que las impresiones que ha traído de Alemania y transmitido á M. Thiers, afirman la política de conciliación del gobierno de Berlin respecto de Francia.

Los periódicos de Londres dicen que las autoridades inglesas han remitido á las españolas copia literal de las actuaciones sobre el *Murillo*, y que solo han recibido en cambio un extracto de las efectuadas en España, faltando con esta conducta á la reciprocidad.

*El Daily-Telegraph* y *El Daily-News*, como *El Times*, se han pronunciado también enérgicamente contra los carlistas; censuran al gobierno inglés por su descendencia con ellos y piden que se reforme la legislación que por el momento les ofrece ciertas garantías.

Todas las elecciones principales verificadas en Marsella, Nantes, París y otras ciudades de Francia han sido favorables al partido republicano avanzado. Mal sintoma para las de diputados, que tendrán lugar en fin de Abril.

En Lyon ha dimitido toda la municipalidad á consecuencia de la ley votada por la Asamblea de Versalles.

M. Thiers, había trasladado su residencia á París. Este seguía incomunicado con España, siendo grande la ansiedad con que se espera entre los muchos españoles que habitan la Francia ver el giro que toman los sucesos en nuestra desventurada patria.

Los despachos telegráficos de Berlin afirman que el viaje del Sr. Escosura á Madrid, para el cual tenía ya licencia antes de la abdicación del duque del duque de Aosta, no reconoce causa alguna política y que el ministro español en Alemania volvería pronto á la capital de Prusia.

Los filibusteros de Cuba van á tener su representación por una circunstancia rara en la municipalidad de París. Un mulato llamado Heredia, natural de Cuba, naturalizado ciudadano francés, acaba de ser elegido por uno de los distritos de la capital de Francia.

En la noche del 29 al 30 de Marzo próximo pasado se presentó al consulado de España en Marsella una declaración del capitán Guizonnier, del vapor francés *Le Cettois*, participando que el 28 de Marzo apercibió un buque desarbolado á poca distancia de la costa, después de cuyo reconocimiento resultó que faltaba del mismo todo el material, como el timón, las anclas, etc. En el retablo tenía la inscripción *V. del Carmen. M. Ibiza*.

Ayer han salido de Cádiz para la Habana, á bordo del vapor *Madrid*, 400 prisioneros carlistas destinados á aquel ejército. Son escoltados por un oficial y 15 hombres de infantería de marina quedando en dicha ciudad para embarcarse en el vapor *Alicante* 133.

Segun parece, ha estado á punto de verificarse en Madrid una estafa de consideración por medio de falsificación de letras contra respetables casas de banca y de billetes del Banco de España, que el gobernador de la provincia ha logrado evitar. También se han descubierto en la cárcel varias falsificaciones para efectuar un robo de los que se conocen con el nombre de *entierros*.

En la Cámara de Diputados de Lisboa, un miembro de la oposición preguntó en la sesión del 8 si el gobierno estaba informado de la llegada de agentes revolucionarios con dinero para provocar desórdenes.

El ministro de Fomento respondió que el gobierno tenía noticia de ello por despachos particulares, y que había adoptado las precauciones necesarias.

El ministro de Estado se levanta después á decir que el gobierno portugués desea vivir en las mejores relaciones con España.

Los periódicos de oposición no ven en esto mas que una intriga del gobierno para conservar el poder.

Los diarios de Lisboa del 6 publican un telegrama particular de Madrid anunciando que habían penetrado en Portugal agentes revolucionarios provistos de dinero para provocar disturbios. El marqués de Vallada informó al gobierno de que se hacían esfuerzos para seducir las tropas de Elvas, que son desafectas, é inducir las á unirse con los carlistas.

Hoy habrá sido necesario pagar en Londres las 195.000 libras esterlinas que debió satisfacer el día 10 la comisión española de Hacienda en aquella plaza, en cumplimiento de un convenio.

Las negociaciones entre Francia y Suiza continúan con bastante actividad.

El ministro de Francia en Berna ha sometido al gobierno suizo las proposiciones del gobierno francés relativas á la construcción de un camino de hierro que debía ir de Annecy á Annemasse y que hoy iría de Annemasse á Collonges, siguiendo la estension de las aduanas francas que la Suiza había ya concedido en otra ocasión para los vinos exportados de la Alta Saboya.

El consejo de la Alta Saboya parece que reclama del gobierno francés una pronta solución.

## ESTUDIOS HISTÓRICO-POLÍTICOS

## SOBRE EL GOBIERNO ANTIGUO DE ARAGON.

La historia política de España no se ha escrito todavía, como dijo muy bien, en el seno de la Academia de aquel nombre, uno de sus más ilustres individuos; y esta falta notable siempre lo es mucho más, desde el comienzo de nuestra actual regeneración, en la que por tanto han debido entrar el recuerdo de nuestras antiguas instituciones, y los hábitos y costumbres seculares, que en ellas tuvieron origen, y que al través de los siglos han llegado hasta nosotros.

Algo se hizo en este camino respecto á la Constitución de Castilla, con los trabajos que sobre ella publicó el célebre Marina; pero conocida la de Aragón, por los cabos sueltos que dejaron tratados, el cronista Blancas y el jurisconsulto y el respetable Mosino, han caído tan en desuso los demás libros aragoneses donde estas cosas se trataban, y aun los de dichos dos escritores también, que solo al apoyo de su lamentable olvido pueden prevalecer y tomar cuerpo muchos graves errores que en el común de las gentes pasan por hechos ciertos, por doctrinas inconcusas, en punto á nuestro antiguo régimen.

No es nuestro propósito entrar en el fondo de las diferentes cuestiones suscitadas sobre la índole política de las instituciones aragonesas; semejante trabajo reclama más estudios que los nuestros en esta parte de nuestra historia, y tiempo y espacio, que no se avienen con la índole de una publicación de amena variedad como este periódico. Sin embargo, tal vez lo intentaremos más adelante por ensayos sueltos, que puedan enlazarse entre sí, limitándonos por hoy á esponer ligeras indicaciones contra una equivocada apreciación que han aventurado personas demasiado autorizadas para que puedan pasar sin correctivo.

Hay, por lo visto, empeño en estraviar del buen camino la opinión pública para llevarla por veredas tortuosas y hasta hoy desconocidas, hacia la reacción política y tiempo hace que se viene preparando este cambio en el espíritu del país, no solo con la influencia de la imprenta periódica, sino con la publicación de otro linaje de trabajos de más sólida importancia y de merecida celebridad.

¿Y cual fué, despues de todo, la índole esencial del régimen antiguo de Aragón?

Monárquica acaso en el sentido absoluto que á esta palabra se dá por los modernos publicistas?

Fácil nos fuera probar la repugnancia de los antiguos aragoneses á tal forma de gobierno, las causas que la motivaron, sus esfuerzos, su porfiado empeño en modificar sus bases cuando se resolvieron á adoptarla.

¿Fué por ventura aristocrática? La preponderancia de los ricos-hombres en los primitivos tiempos de la reconquista: la índole ecuestre ó militar de su manera de ser y de existir en la época de los señores: la indómita altivez de los orgullosos *barones*, que al regalar la corona á uno de sus iguales, condicionaron su régia potestad, reservándose el derecho de destronarlo en casos dados, no pudieron menos de dejar en su legislación rastros frecuentes y perennes de su prepotencia.

¿Pudo con tales elementos ser democrática?

Despójese á esta institución política de la fórmula republicana que no le es necesaria ni esencial, y la monarquía de Sobrarbe, con su origen electivo, con su derecho insurreccional, con sus apellidos de la *Union*, legítimos siempre, elevados á ley escrita desde Alonso III hasta Pedro IV; con el acrecentamiento de su Juzticiazo despues, y con el formidable apresto de sus remedios forales al arbitrio de tan singular magistrado, y se verá que nunca ha existido, ni podido existir, un trono más rodeado, más precaucionado de presidios políticos de índole democrática, como el aragonés que trayendo su origen de Inigo Arista, y herido de golpe mortal por Felipe el de Lanuza, vino á morir al hierro de Felipe V, como habian perecido las libertades de Castilla al del flamenco Carlos I.

A la mano tenemos cuantas pruebas se nos reclamen en pró de estas indicaciones, que á venturamos hoy sin temor de comprometernos á esplanarlas mañana, si la benevolencia de los suscritores

de este periódico nos concede no tomar á enojo la lectura de esta clase de trabajos.

Siempre el sistema político aragonés fué considerado por todos los repúblicos como eminentemente liberal, como esencialmente democrático, sin que alcanzasen á desnaturalizar su índole los resabios feudales que en más de un punto de su territorio alcanzaron á prevalecer; pero creando una situación excepcional dentro de la foral del reino, que no afectaba ni menoscababa en lo más mínimo su condicion constitutiva. Y téngase en cuenta que el señorio jurisdiccional en nada participaba del dominio absoluto del feudalismo; y que los regnicolas, tanto de dichos pueblos señoriales, como los de realengo, nunca perdieron su condicion de *ermunios*, es decir, de hombres libres, ni el espedito ejercicio de los remedios de fuero, que tan al abrigo de toda clase de tiranías mantenían los derechos políticos en que consistía su libertad.

Mariana, al sentar que los aragoneses usaban de ley muy diferentes de las de otros reinos para sostener sus franquicias populares: Zurita, asegurando que los mismos creían que su existencia consistía en la existencia de la libertad: las Cortes del reino, proclamando que solo las ventajas de su libre gobierno podían recompensar á sus naturales la pobreza de su territorio del cual hubieran sin aquellas emigrado: y uno y otro monarca, de los más señalados de nuestra historia, declarando que sus súbditos eran más bien sus compañeros que sus vasallos, ó maravillándose de que hubiese pueblos que desdénasen el aforamiento aragonés que tanta ventaja llevaba á sus propias leyes, en la libre condicion que bajo aquel régimen disfrutaban, son testimonios de mucho peso y autoridad para no tomarlos en cuenta en tal linaje de cuestiones.

Pero sea de esto lo que más plazca, todos los escritores, tanto nacionales como extranjeros que de nuestras cosas tratan, han sostenido sin género alguno de contradicción, que en ningún otro pueblo ni antiguo ni moderno tuvieron los monarcas tan limitado poder como en nuestro reino.

Y para sostener esta asercion no hay necesidad ni de numerosas acotaciones ni de grandes aprestos históricos.

Un sistema bajo el que no se conoció nunca ley alguna que no fuera hecha en Cortes ó por el consentimiento popular antes de que se organizase esta institución; donde el Parlamento, dando igual influencia y poder á todas las clases del Estado, concedía cierta preponderancia al popular ó de las comunidades en su círculo municipal; y cuyos monarcas, si dejaron de ser electivos, no podían usar del título de tales, ni ejercer acto alguno de jurisdicción sino despues de jurar los fueros y ser reconocidos por el reino, no necesitaba de la grande, de la terrible institución del justiciazo, con la espada de sus inhibiciones, ni con la prerrogativa de apellidar al país en son de guerra contra toda clase de desafueros, para sostener la supremacía de su democracia sobre las demás instituciones políticas conocidas en sus tiempos y en los posteriores también.

Consignadas estas indicaciones que ofrecemos á nuestros lectores no más que como una muestra de la doctrina político-constitucional de aquel Estado, pasaremos á combatir una equivocacion, en nuestro juicio, que va tomando demasiado cuerpo por la autoridad que le dan el nombre y el respeto de los que han tomado á su cargo el empeño de proclamarla y hacerla pasar plaza de verdad.

Difíciles son de tolerar los juicios que de algunos dias á esta parte vienen recomendando los ministros de la corona en algunos puntos importantes de nuestra historia política. Académico el uno del respetable cuerpo, cuyo instituto es purgar de errores la de nuestra patria, y jóven de conocida ilustracion el otro, y encomiador antes de ahora de las antiguas instituciones de Aragón, imposible parece que ambos á dos se hayan concertado en el extraño propósito de proclamar principios tan inseguros como absolutos.

De tiempo anterior á estas elucubraciones históricas trae su corriente el designio de adulterar la índole de la antigua Constitución aragonesa; y hartos errores, hartas lecciones viciosas hanse derivado de este empeño, que tiende

acaso á dar al traste con el principio liberal hasta en el recuerdo de pasados tiempos.

Castellano por anexion el pueblo aragonés desde Fernando el Católico hasta Felipe V, ven con sentimiento los hijos de aquel reino lo mal paradas que van quedando sus antiguas glorias, en el desatamiento con que se las trata, especialmente en los puntos que atañen y tocan á su antigua condicion política. Y ya no basta á contener el progreso de este daño la autoridad de los graves escritores que dentro y fuera de España han tratado de su admirable Constitución ni el descubrimiento de los nuevos datos que los estudios históricos vienen haciendo en esta parte; datos que el desprecio y el olvido tenían sumidos en el polvo de nuestros archivos. Algunos han salido ya á la luz pública, merced al celo é ilustrada solicitud de la Academia de la Historia; y los privilegios de la union por una parte, y el hallazgo por otra, de algunos escritos autógrafos de que apenas se tenia noticia, vanse levantando una tras otro contra tan temerario empeño, á medida que se van redoblando sus esfuerzos.

No es de nuestro designio reseñar ahora todas las falsas apreciaciones políticas de que en este momento nos lamentamos, sino combatir la de que la decadencia de la aristocracia aragonesa llevó en pos de sí la ruina de la libertad; apreciación en que uno tras otro han caído los ministros actuales de Estado y Gobernacion.

Tómese en sentido inverso esta proposicion y se estará en lo cierto: díjase que sobre el desmedro aristocrático de la rico-hombria aragonesa se alzó el completo desarrollo de las libertades públicas, y se defenderán los fueros de la verdad: atribúyase el hundimiento de sus instituciones á las bastardas tendencias de su aristocracia, asociada con el trono, que se constituyó en jefe de faccion, para matar la libertad, y se consignará un hecho de indudable verdad á los ojos de la critica, y no desmentido ni aun desvirtuado en ninguna de las páginas de nuestra historia.

Cierto es que el gobierno de los señores allá en los primeros tiempos de la reconquista, dió origen á los fueros de Sobrarbe: cierto también que desde la eleccion de Inigo Arista comenzó la verdadera organización política del reino: cierto además que desde el comienzo de aquella paccionada monarquía vinieron los ricos-hombres ejercitando el derecho de ayuntarse entre sí y con el pueblo aragonés en defensa de la libertad; que sobre este derecho consuetudinario, durante mucho tiempo se levantaron los famosos privilegios de la Union con el carácter de leyes escritas bajo el reinado de Alonso III, y que al apoyo de esta prerrogativa recordaban al monarca la índole electiva de su paccionado poder, amenazándole con su destronamiento.

Pero si bien esta garantía política era general á todo el reino y no privativa de la rico-hombria, también es cierto que siempre los ricos-hombres fueron los primeros en echar mano de ella contra los desafueros reales, y que siempre usaron de esta prerrogativa para defender sus ventajas de clase, puesto que siempre se alzaban en son de proteger las franquicias generales del reino.

Grande debió ser, y lo fué en efecto, su prepotencia, durante el predominio que les daba la fuerza de estos privilegios, que abolidos por las Cortes de Zaragoza en tiempo de Pedro IV, menoscabaron el poder de la aristocracia, no en beneficio del trono, sino en provecho exclusivo de las libertades públicas.

En pró del Justiciazo redundó el menoscabo del elemento aristocrático, y en esta época se desarrolló por completo el sistema político, cuya raíz arrancaba de los primeros orígenes de la monarquía de Sobrarbe; cuyo monarca se consideró siempre como el *primero entre sus iguales*, y cuyo trono hereditario dejó siempre entrever su origen electivo, conservando este carácter hasta Carlos II, último rey constitucional de aquella monarquía.

Con la anulacion, por decirlo así, de la aristocracia aragonesa, principió el engrandecimiento de las libertades públicas. Sin más poder político que su intervencion en las Cortes, donde su brazo ó Estamento, fué igual, pero nunca superior en influencia al popular ó de las uni-

versidades, se alzaba entre todos los poderes públicos el Justiciazo que los ricos-hombres no podían ejercer, y que con carácter de legislador en la interpretación de los fueros, y sobreponiéndose al poder real con el apoyo de sus inhibiciones, tenía la terrible prerrogativa de poner en armas al reino en defensa de la libertad.

Desde este movimiento, el derecho de insurreccion ejercitado hasta entonces por los ricos-hombres, no pereció, como algunos afectan creer, á manos de Pedro el del puñal, sino que se trocó por el de apellidar; al pueblo concedido al Gran Justicia, y los remedios forales de la firma y la manifestacion, constituyeron el más robusto Paladium de las franquicias regulares de aquel reino.

Sobre seguro continuaron estas con tales presidios políticos, hasta los tiempos de nuestra verdadera decadencia, en que vendidos, ligados nuestros grandes, no ya nuestros ricos-hombres, al poder de Felipe II y aunados con el Santo Oficio, cuyos familiares eran, auxiliaron poderosamente á aquel monarca, en el dañado propósito de aniquilar las libertades de Aragón, imitando al emperador su padre, que habia destruído las de Castilla en la infausta jornada de Villalar.

De pretexto sirvió para llevar á cabo tan inicuo designio el auxilio que en su fuga de la corte prestaron los aragoneses á su secretario y valido Antonio Perez. Pero en la cárcel de la Libertad, pudo burlar las iras de aquel monarca; y resuelta contra toda ley y conciencia, la duda tan adredemente suscitada de sí en materia de fe tenia lugar el uso de los remedios forales, armóse el pueblo en defensa de sus fueros y vino á las manos por fuerza de armas en el célebre motin de 24 de Setiembre con los realistas de aquella época; y en sus filas formaron casi todos nuestros ricos-hombres, parapetados tras de sus lacayos (gente arriscada y facinerosa), regando unos y otros con su sangre la plaza del Mercado, teatro de aquel combate.

Abondóse más y más con esto la division que separaba ya á la clase popular de la alta aristocracia, y con sus esfuerzos y sordas maquinaciones contó el célebre Vargas, maestre de campo de Castilla, para verificar su entrada en Zaragoza, una vez dispersada y puesta en fuga la cuidada fuerza de Juan de Lanuza, que no siendo ya poderoso á contrastar las malas artes del Santo Oficio vió cundir entre sus filas el espíritu de sedicion, y que de credo en credo, como el mismo decía, se le insurreccionaba su enflaquecida y vacilante hueste.

Es verdad que alguno de los ricos-hombres que más contribuyeron á tan aciago desenlace (y que al huir de la hueste que pasaba en muestra en el campo del Toro, confió volver el triunfo, formando con cabezas de labradores el preta de su caballo), se vió envuelto en el proceso fulminado contra el Justicia, y sucumbió lejos de su patria, en el encierro de un oscuro calabozo: pero no debió tan mala suerte á su esfuerzo en sostener los fueros del reino, sino al azar que suele perseguir á los de irresoluto ánimo ante monarcas del corte y talla de Felipe II, para quienes la vacilacion y la duda de un momento envuelven sospechas de deslealtad, tan punibles en su espíritu suspicaz como la deslealtad misma.

Aquí, y en tan memorable ocasion, sucumbió al corte del hacha, que cortó á cercen la cabeza de Lanuza, no la organización política de aquel reino, sino la indomable (hasta entonces) temosidad de sus hijos en defensa de sus fueros. Desde este día la prepotencia de la Inquisicion subyugó los ánimos de aquellas gentes, y sembró de dudas sus conciencias eminentemente religiosas; y languideciendo de hora en hora el espíritu público del país en favor de sus libertades, vinieron estas á sucumbir ante el trono de un rey extranjero, cuyo recuerdo todavía suena amargo y desusapible en los oídos de todos los regnicolas de la coronilla; y esto no sin haber hecho prueba de nuestro esfuerzo en reñida y temosa lid, y verter á torrentes su sangre por la guerra llamada de sucesion, en Jativa, en Alcoy, en Alcira, en Zaragoza, en Barcelona, donde tan sangrientos desmanes se cometieron, tan repugnantes actos de barbarie se ejecutaron á nombre de un monarca, que todavía se nombra con horror entre aquellas gentes.

Tan cierto es esto, como que las leyes que sucedieron al sistema foral de aquellos pueblos se han citado siempre entre los jurisconsultos de aquel reino con el nombre ó calificación de leyes de conquista.

Algunos han sostenido que el pensamiento de la unidad peninsular que atribuyen á Fernando V, y el apego de los aragoneses á los que hoy tan malamente se apellidan fueros privilegiados, y ciertos resabios aristocráticos que no podían compadecerse con la adelantada civilización de aquel siglo, fueron los elementos deletéreos que ocasionaron la muerte de las instituciones aragonesas. Pero ni el Rey Católico (que muerta su esposa Doña Isabel, contrajo segundas nupcias, en edad avanzada, con el designio de que le sucediera un varón) pensó nunca seriamente en agregar su reino á la corona de Castilla; ni por la palabra privilegios se entendieron entre nosotros, sino los fueros políticos y generales del reino, ni la incapacidad de los oficiales de oficios mecánicos, para entrar en el brazo de los caballeros hijo-dalgo, que no en el de las Comunidades, pudo tomarse en aquella época como cosa repugnante, como indicaremos más estensamente en otro artículo.

El Santo Oficio, como institución política, fué el baluarte que se levantó para combatir al de las instituciones de aquel reino, cuyas bases forales comenzó á falsear desde un principio. A su sombra y con su poder, se introdujo la cuestión del tormento, la confiscación de bienes, el sistema de pesquisas, y el secreto de los nombres de los testigos: y al rudo golpe del ariete inquisitorial, cayeron desmoronados el fuero de la manifestación y de la firma, y envuelta en ellos la jurisdicción del Justiciazo. Con la holgada capa de la religión se cubrieron tamañas iniquidades, y el falseamiento del edificio constitucional se llevó á cumplido término, una vez admitida la doctrina de que las garantías forales no se avenían con la religión del Crucificado, en cuyo nombre ejercía su jurisdicción el tribunal de la Fé.

Oposición se levantó en el reino contra tan absurda doctrina; pero el Justicia enmudeció ante las palabras de condenación eterna del Santo Oficio, y ante su terrible valladar cayó prosternada la diputación del reino; y el pueblo así desahogado se agitó violentamente, y tal vez fue ocasión, bien que involuntaria, de algún gran crimen; y silencioso después ante el ensangrentado patíbulo de su Justicia, se acostumbra á ver ejercida tan alta magistratura por oscuros y desautorizados liguleyos, que tomando á granjería, su antes sin igual dignidad, la trocaban por alguna régia merced, de mucho menos valer en tiempos anteriores.

Aniquilado así el espíritu público del reino, anuladas las garantías políticas, que lo hicieron tan poderoso contra los desmanes de sus más poderosos reyes, ¿qué mucho que tuvieran tan en poco la reunión de sus Cortes? ¿Qué les iba después de todo en las nuevas leyes que pudieran estas promulgar, si habían de nacer muertas, como de hecho y de derecho lo estaban ya las antiguas?

Aun así dió su última señal de vida la diputación del reino, cuando subido al trono de Castilla Carlos II, le puso en el trance de conseguir por suplicada merced, el título de rey, y el ejercicio de la régia jurisdicción, antes de presentarse en la iglesia del Aseo á jurar los fueros y recibir en aquel acto la investidura real por medio del reconocimiento popular.

Esta concesión inusitada se acompañó de una estensa protesta contra semejante novedad, y fué la postrimera voz que articuló la espirante libertad aragonesa, que muy pronto había de morir ahogada en la sangre de sus hijos.

M. L.

## LITERATURA AMERICANA.

PLACIDO.

(ARTÍCULO PRIMERO.)

Reinando Felipe III, escribía en 1611 el Inca Garcilaso en sus *Comentarios reales del Perú*, las siguientes proféticas palabras que á toda la América pueden aplicarse:—«Donde ha habido tanta bra-

vosidad de armas, no faltará la suavidad y belleza de las letras de sus propios hijos.»

Ni fueron vanas las esperanzas del Inca, ni la virgen América ha dejado nunca de enviar á Europa envueltos en las brisas del Atlántico, cantos dulcísimos como su corazón, poderosos como su robusta naturaleza, pintorescos como sus campiñas, y dignos, en fin, de aquel suelo que no puede contar el número de sus celebridades, así como no puede contar el número de sus flores.

Con efecto, ya á fines del siglo XVI una de las más feraces regiones de América, el reino de Chile, produjo, además de don Juan Ruiz de Alarcón, el más filósofo de nuestros autores dramáticos, un poeta de alto mérito, Pedro de Oña, que en su *Arauco domado* rivalizó tal vez con el español que grabara en los seculares árboles de aquellas florestas vírgenes:

Aquí llegó donde otro no ha llegado  
Don Alonso de Ercilla.....

poema que abunda en rasgos descriptivos de inestimable precio, dando ya á entender el género en que más habían de sobresalir los poetas americanos; poesía, en fin, donde hay octavas tan pintorescas y brillantes como estas, que por ser casi desconocidas en España, y por haber inspirado á Lope de Vega las mejores escenas de su comedia *Arauco domado*, parece oportuno transcribir aquí:

No acuden á la voz del padre vivo  
por muerto en larga ausencia reputado,  
la madre, la mujer, el hijo amado,  
con paso tan ligero y sucesivo:  
ni al reclamar del pájaro cautivo  
tan presto llega el otro libertado,  
como al reclamo y voz de Don García,  
gentes de todas partes acudia.

Bien como el arroyuelo cristalino  
á su raudal entrega la ramilla,  
que estaba remirándose en la orilla,  
sin ver por dónde ó cómo el agua vino;  
veréis que por llevaria de camino  
él hace su poder por desasilla,  
y ella, según se tiene ó se recrea,  
parece que otra cosa no desea.

En todo tiempo el rico y fértil prado  
está de yerba y flores guarnecido,  
las cuales muestran siempre su vestido  
de trémulos ajófares bordado;  
aquí veréis la rosa de encarnado,  
allí el clavel de púrpura teñido,  
los turquesados lirios, las violas,  
jazmines, azucenas y amapolas.  
Revuélvese el arroyo sinuoso  
hecho de puro vidrio una cadena,  
por la floresta plácida y amena  
bajando desde el monte pedregoso,  
y con murmurio grato y sonoro  
despacha al fondo mar la rica vena,  
cruzándola y haciendo en varios modos  
descansos, paradillas y recodos.

También se ve la yedra enamorada  
que con su verde brazo retorcido,  
ciñe lasciva el tronco mal pulido  
de la derecha haya levantada;  
y en conyugal amor se ve abrazada  
la vid alegre al olmo envejecido,  
por quien sus tiernos pámpanos prohija,  
con que lo enlaza, encrepa y ensortija.

Antes de proseguir nuestro relato satisfaremos el irresistible deseo de indicar á nuestros lectores, que esta última octava, aparte la forma oscura y del mal gusto del rasgo final, es de lo más bello que se ha escrito en castellano. El *verde brazo retorcido de la yedra y la alegre vid*, por su exactitud y belleza poética, dignas del autor de *Las Geórgicas*, recuerdan aquel precioso romance, que principia:

Entre dos álamos verdes  
que juntos forman un arco,  
por no despertar á Filis,  
corre silencioso al Tajo.

Cuando Pedro de Oña escribía, los poetas americanos, con excelente acuerdo, seguían la pauta de los españoles, sus maestros en todo, y de aquí las buenas prendas, los gallardos atavíos que ostentaba entonces la virgen musa americana. Mudaron los tiempos, decayó nuestra importancia social y literaria en aquellos países, y si agradecida y noble su poesía conserva aún el tipo primitivo, toma, sin embargo, distintos vuelos y se relaciona más frecuentemente con la poesía extranjera.

La Francia, en particular, le ha impuesto en nuestros días su yugo literario; en tal manera, que puede asegurarse que si Zorrilla no hubiera nacido, Víctor Hugo dominara solo en las inteligencias de allende el Atlántico, pues ninguna otra lira española ha oído repetir

sus ecos con tanto amor á las concavidades del Pau, y á las olas del Yamuri.

Es cosa que merece atento estudio esta lucha de las opuestas influencias literarias que se disputan el teatro de nuestras antiguas glorias. Mientras el génio francés cosmopolita, avasallador, altanero, penetra paso á paso en los centros civilizados de América; en sus bosques, como un pájaro canoro, como una cifra amorosa eternamente grabada en la corteza del árbol secular, vive el espíritu grave y elevado de los poetas de la madre patria, el eco robusto y sublime de aquellas líras de oro, que semejantes á las del cantor de la mitología, elevaron las primeras murallas de las primeras ciudades; y tal vez se encuentran en el aéreo palenque de las inteligencias las dos poesías, las dos civilizaciones, los dos gigantes; y tal vez las copias de los guajiro, síntesis popular del génio hispanoamericano, eclipsan completamente el fosfórico brillo de la maoca, de la incompleta, de la vacía literatura de los libros y de las ciudades.

Porque es vano intentar que el alma de América deje de ser española; es vano imponer civilizaciones extrañas, de suyo híbridas y heterogéneas, á un pueblo que recibió de nuestras manos el bautismo de la religión, el bautismo del pensamiento y el bautismo de la nacionalidad. ¿Podrán darle algo más grande otras civilizaciones? Ya lo hubieran conseguido á ser posible, que nuestra decadencia y su preponderancia cuentan siglos.

Se asimila por otra parte de tal modo nuestro génio al de los americanos, en particular por lo que toca á las calidades intelectuales; aquel sol tropical, aquel suelo abrasado, aquellas impenetrables florestas tienen tanta analogía con nuestro sol, con nuestro suelo, con nuestros arábigos edénes, que parecen las imaginaciones españolas hermanas de las ultramarinas, y á no mudar antes su naturaleza no se torcerá nunca su inclinación á nuestra patria, ni menos perderá su literatura el sello de españolismo que tiene. Las mismas colonias, que independientes hoy, abominan de nosotros, y se entregan, nuevos Caines, á lamentables escescos contra sus propios hermanos, inducidas por hombres que deben á la horrorizada humanidad el dictado de *pantefras*, esas mismas Repúblicas infelices están representando el papel de Macbeth: hasta la consumación de los siglos irá con ellas la sombra que pretenden desvanecer, porque vive dentro de su alma, porque en su conciencia, la voz inextinguible de su pasado, la aspiración involuntaria de su porvenir; es, en suma, su sangre, su aliento, el aliento que respiramos nosotros.

Y ¿qué ganará moralmente la América el día que acabe de perder su seño español, su nacionalidad? Consiérase esta cuestión bajo el punto de vista literario, no hay cuestión, por decirlo así. O ha de ser un reflejo de la española, ó no han de tener verdadera literatura la inocente virgen que cantó Quintana. Cuando deje de modularse en el idioma de Garcilaso y de Herrera, habrá firmado su sentencia de muerte la poesía. Lo estamos viendo ya en esas razas que se creen más inteligentes, más civilizadoras, más regeneradoras que la nuestra. O ha huido de ellas la poesía, como huyen del Septentrion los pájaros, ó presentan un fenómeno por demás humillante para esas civilizaciones, para esas razas predestinadas y vigorosas: canta en español.

¿Qué consideraciones tan tristes inspira este fenómeno intelectual!

¿Cuánta compasión merecen los poetas americanos que se dejan fascinar por las ideas de la moda! ¡Cuán amargo, cuán desconsolador debe ser para un alma poética y tierna, aborrecer á un pueblo, y no encontrar para maldecirlo otras palabras que las que él mismo ha enseñado á su boca en la dulce edad de los balbucesos! ¡Aspirar á una gloria incomprendible, y haber, sin embargo, recibido las primeras ideas de gloria de aquel pueblo! ¡Y sentir en el corazón grandes sentimientos, inspirados y alimentados allí por los sentimientos de aquel pueblo! Esta sola contradicción debería detener á las inteligencias elevadas de América en la fatal pendiente que algunas siguen. Muy pequeño debió Heredia mirarse en la catarata del Niágara, cuando para celebrar su hermosura y su grandeza tuvo que recurrir á la lira de Rioja; de aquel

Rioja cuyo noble rostro español había manchado más de una vez con el aliento de sus maldiciones; y muy digno de compasión debió parecerse Plácido á sí propio, cuando al marchar al cadalso por enemigo de su patria, iba diciendo en la lengua de los españoles, de sus hermanos:

Rey de los reyes, Dios de mis abuelos,  
vos solo sois mi defensor, Dios mío.  
Todo lo puede quien al mar bravío (1)  
olas y peces dió, luz á los cielos,  
fuego al sol, giro al aire, al monte hielos,  
vida á las plantas, movimiento al río.

Esta magnífica invocación al Dios de sus abuelos, es decir, al Dios de los Reyes Católicos, de Colón, de Cortés, de Balboa, de Cervantes, de Zorrilla, de ese ídolo de los poetas americanos, ¿qué parece en boca de un hombre que va á morir con la muerte de Plácido? No queremos decirlo, porque habiendo recordado á Shakespeare, tendríamos que aplicar á esa blasfemia los epítetos de ¡horrible! ¡horrible! ¡el colmo de lo horrible!

Y en verdad que si algún poeta ha podido renegar de su tiempo y de la perturbación de ideas modernamente introducida por el génio del mal en nuestras posesiones trasatlánticas, es sin duda el tierno y sencillo canto de la Reina gobernadora de España. Ni sus gustos, ni sus sentimientos, ni su carácter, ni la índole de su génio habían elegido á Gabriel de la Concepción Valdés para víctima de las utopías que han regado con sangre aquellos campos que deben á la nuestra su fecundidad; hasta su cuna tenía más de propia que de extraña á la metrópoli; pues era hijo de una mujer blanca y de un hombre pardo ó mulato; pero por desdicha se habían trocado los pepes; el niño piensa como su madre; el hombre piensa como su padre, y esto, unido á las perversas maquinaciones de los eternos adversarios de nuestras glorias, labraron de consuno su perdición y el duelo de las musas cubanas.

¡Pobre Plácido! Quizá desde el autor de *La verdad sospechosa*, de *Las paredes oyen* y de *Nunca mucho costó poco*, no ha vuelto á nacer un poeta con tan mala estrella en aquel país de los poetas venturosos y de las estrellas brillantes.

Mas no es esta sola mancha la que su lamentable delirio ha echado sobre el vate de Matanzas. Rara vez sono su lira que no fuese para celebrar objetos de cariño, de respeto ó de admiración para los españoles; y como si alcanzase aquellos tiempos en que la poesía y las artes eran esclavas de los reyes y los poderosos, á cada momento se duele más y más del triste empleo de sus canciones, como podría hacerlo un poeta polaco encerrado en las mazmorras del Kresulin. Y ¡vive Dios que si en hora á su memoria no pensamos que renegara de haber cantado al Cid y á Mina, tampoco nos parece posible que los capitanes generales de la Habana obligasen de por fuerza á Plácido á componer nada menos que nueve poesías y cuatro sonetos á S. M. la reina y á su madre, cuando era gobernadora, aprovechando, no diremos con servilismo, con avidez, todos los prósperos sucesos, la jura, las amnistías, los cumpleaños, etc., con tanta exactitud como un historiador!

¿Es posible que la pasión política mueva á creer que se tiranice tanto á un poeta en los tiempos modernos? ¡Ni es posible tampoco hacer á los capitanes generales de Cuba el agravio de presumir que diesen importancia á un hecho que, si la tiene alguna vez, es harto pequeña! Esto para los que desconozcan los secretos de nuestra política ultramarina, que para nosotros está fuera de duda la verdad. Hijas son las quejas de Plácido de un vértigo revolucionario de todo en todo pueril é insano, y solo deben de tenerse en cuenta bajo el punto de vista intelectual, que es el que nos ocupa; solo deben recordarse para lamentar hondamente las contradicciones, más aun, las menguas que ponen semejantes desvarios en el hombre moral, compañero inseparable del poeta, de tal modo inseparable, que los excelentes versos del Are-

(1) Por si alguno creyera que achacamos á malicia ruin lo que puede ser obra de la audaz ignorancia, transcribiremos la nota que acompaña á esta poesía, y que robusteciendo nuestra opinión, descubre palpablemente la aviesa mira que á los coleccionadores ha guiado. Así dice la nota:—«Atendiendo al mérito literario de esta y otras composiciones, y no á los objetos que las motivaron les damos cabida en el presente tomo (Página.)»

tino, mirados á esta luz, solo merecen desprecio; han pasado á la posteridad con el nombre de Krostrato.

Y cuenta que no es el prurito de tratar cuestiones de suyo candentes el que nos mueve, sino la íntima convicción que abrigamos de la ruina, de la degradación, de la esterilidad que ocasiona á la literatura americana este amor al más vano y más peligroso de los fantasmas políticos que ciertos corazones abrigan juntamente con el patriótico deseo de que España y sus representantes en Ultramar no parezcan á la civilizada Europa abrumados una vez más por el peso de injustas y groseras acusaciones. No sin profundo pesar tenemos ante los ojos en este momento la novísima edición de las poesías de Plácido (París 1857), hecha sin duda con un fin harto censurable, harto mezquino, y por lo tanto infecundo, pues se incluyen entre ellas muchas, muchísimas poesías, que literaria y políticamente deshonran á su autor.

Dado que una misantropía lamentable, un doloroso extravío ó una errónea creencia, pusiera en boca de Plácido acentos indignos de un poeta español, á los editores ó literatos que despues de su muerte han publicado sus obras en París tocaba condenar á perdurable olvido aquellas que sin sublimar como poeta, le rebajaban grandemente como hombre, pues hay pocas tareas tan sagradas y que tanta circunspección exijan, como el recojer para la posteridad la herencia intelectual de un muerto; pero ¿qué espíritu diabólico habrá presidido á este trabajo, que no solo se encuentran coleccionadas las que una decorosa política rechazaría, sino también las que un censor medianamente ilustrado debió condenar al merecido fin que fray Lope Barrientos dió sin merecerlo á las del marqués de Villena?

No es nuestro ánimo ennegrecer con muchos ejemplos este triste cuadro de la degradación y de la ignorancia humana que el alma noble se goza placentera en lo bueno más que en lo malo; pero siendo esta cuestión de suyo delicada é importante, y no habiendo ocupado hasta ahora, que sepamos, á las plumas de nuestros publicistas, nos parece oportuno dar alguna muestra de que ni caemos en exageración, ni tampoco nos ciega el amor patrio.

Una de las octavas mas perfectas que Plácido escribió es indudablemente la segunda de su composición titulada *El Ángel de la gloria*.—*Al cumpleaños de S. M. la reina gobernadora* (1); y tan cierto es esto, que su distico final goza de fama europea.

Dice así la octava en cuestion:

Destello santo de la luz divina  
que el orbe pueblas de perennes galas,  
líname el corazón, mi alma ilumina  
con las chispas eléctricas que exhalas;  
que yo por el oriente de Cristina  
júrote ser si en tus doradas alas  
al trono de Jehová mi acento elevas,  
Homero en Ilión, Pindaro en Tebas.

No menos bellos son los dos tercetos del soneto que titula:—*La sombra de Mina delante de Bilbao*:

«Añada en mi sepulcro el vate ibero  
un triunfo más á mi brillante historia,  
dijo la sombra del audaz guerrero;  
y fijando el laurel de la victoria  
en las sienas del flacido Espartero,  
voló serena al templo de la gloria.»

Y por último, que no es necesario aglomerar citas para prueba de una razón que de suyo ha de quedar palpable, en la que se titula *Oda á la proclamación de Isabel II reina de España* (oda ó lo que sea, muy mala por cierto), no solo hace alarde Plácido de respeto y veneración á los jefes de la gran familia española, sino también de amor y de lealtad.

Venga á mis manos por la vez primera  
del júbilo feliz la grata lira.....  
Sobrado aliento al corazón le inspira  
desde el hispano trono el sol hermoso  
puro y brillante de Isabel segunda,  
cuya luz en las rílagas que envía  
de Iberia hercúlica la región inunda  
el claro cielo de la patria mia.....

(1) *Sombrio* dice la edición de París, que tenemos á la vista; pero sobre ser más propio el de bravo, es el que usan más vulgarmente los poetas. En esto de epítetos no pasa Plácido el límite vulgar. La edición de que hablamos es por otra parte tan mala, más aun, tan detestable, que nos autoriza á corregirla.

CORO.

¡Salve! ¡salve, Isabel adorada,  
nuevo sol que la Iberia ilumina!  
¡Salve! ¡salve, adorada Cristina,  
nombres dignos de lauro inmortal!

Pues bien: este mismo poeta, que trece veces en su corta vida cantó á los reyes de España con verdadero entusiasmo, dice á menudo en sus *Poesías*, y siempre con rastrera espresion y menguado estro:

Mil veces sin razon canté á los grandes  
llevado más por juvenil deseo  
á lucir en el coro de los cisnes  
que inspirado de un justo sentimiento

No siempre á la opulencia y hermosura  
ha de ensayar la pobre musa mia:  
hoj libre el plectro de lisonja, quiere  
en prez sonar de un español artista.

Y para mayor indignidad, véase la manera en que dá la última tinta á este cuadro de degradación, en su poesía *A la señorita doña Virginia Pardi*, y en su *epístola al marqués de Casa Calvo*.

No con aquella *degr. dada* lira  
de ingratas cuerdas y oropel cubierta  
con que tan sin razon y sin justicia  
aplausos suelo prodigar, *malgrado*  
de mi fiel corazón en voz *felicitá*  
celebraré tu mérito elevado.

No la *humillante adulacion* que inspira  
ni el *sórdido interés*: jamas mi canto,  
se postro del poder ante las aras  
ni su voz imperiosa oyó temblando.

Basta: un poeta que así procede autoriza á la crítica á recordar, como ya lo hemos hecho nosotros, el ignominioso nombre de aquel Pedro Aretino, que en el siglo XVI era escándalo de Roma, de aquel *Axote de los príncipes*, como él mismo se apellida, que al ofrecerle Carlos V armarle caballero, contestó:—«Un Don sin Din, es como una pared sin blanquear; solo sirve para basurero.»—El poeta que así arrastra por el lodo el purísimo cendal de su musa, merece la suerte de aquel miserable, que según Boccacini, en sus *Relaciones del Parnaso*, «tenia el don de atraer sobre sus costillas» os bastonazos y las cuchilladas, en tal manera, que parecia su cuerpo un «mapamundi.»

En el siguiente artículo será nuestra tarea más grata, pues tócanos considerar á Plácido bajo el solo punto de vista literario. Entonces pondremos en el lugar que merecen á los editores de París, que política y literariamente han deshonrado á este pobre poeta.

V. BARRANTES.

#### EL GOBIERNO CIVIL EN EL PERÚ.

Las naciones de la América española que en el periodo de su juventud han obedecido muchas veces al ímpetu inherente á esa primera edad, han ofrecido en su vida política dolorosos ejemplos de discordia y de anarquía.

Aleccionados, sin duda alguna, por los desastres que esa situación trae consigo, así como por la influencia desfavorable que producen á los ojos de naciones extranjeras, han entrado en estos últimos tiempos en una vía más segura y más estable, sin dejar de ser por eso más liberal y progresista.

Por todas partes notamos con singular satisfacción que el favoritismo va cediendo su imperio á la justicia; las clases privilegiadas por la fortuna ó por otra circunstancia armonizan con las clases obreras para trabajar de consuno en la formación de los gobiernos; el elemento democrático se sobrepone al fanatismo secular de una teocracia absurda y al despotismo del sable; los gobiernos civiles reemplazan, por fin, á los gobiernos militares.

Es necesario ser demasiado miope para dejar de comprender que la realización de estos fenómenos políticos, á la vez que revelan una situación halagadora, auguran para el porvenir días mejores, en los que esa porción escogida del Nuevo Mundo podrá enseñar á las naciones todas el emblema del derecho como único talisman de renacimiento ó regeneración.

El Perú, ese país cuya riqueza es proverbial en ambos hemisferios, había sufrido con una resignación insólita los rigores y los contratiempos de una adversidad implacable.

Fué necesario que los acontecimientos

acumularan en su paso obstáculos difíciles de vencer, para que el interés político despertara el celo de sus hijos. Un gobierno mal aconsejado, cuyo nombre y cuya historia no queremos recordar hoy, había desplegado un lujo de absolutismo que debió sacudir la indiferencia de los unos y desvanecer la duda de los más tímidos.

Entonces fué cuando se organizó esa gran propaganda civilista, que inscribía en su bandera la sustitución de la oposición y del triunfo legal, á las cruzadas revolucionarias y sangrientas. En la prensa, en los comicios públicos, en el ejército, en la tribuna parlamentaria y en el santuario mismo de la justicia pública encontró eco aquel programa que era un dique al cesarismo de entonces, a la vez que encerraba una esperanza de ventura para el porvenir.

Todos los hombres de bien, todas las voluntades animadas por el mismo espíritu de justicia se congregaron para dar formas prácticas á esa idea, para demostrar una vez por todas que los pueblos vencen en la esfera de la ley con más prontitud, con más firmeza y con mayor eficacia que en las contiendas civiles.

De ese supremo esfuerzo que el patriotismo hacia para acallar las malas pasiones, de ese movimiento espontáneo, generoso y casi unánime nació la administración actual, no sin tener que aplastar en las visperas de su triunfo las siete cabezas de una serpiente que se levanta ba airada bajo la forma de una dictadura militar, basada en la traición más inicua.

El gobierno del Sr. Pardo inauguraba, según esto, una nueva época en ese país. Llegado aquel ciudadano al sòlo de la primera magistratura sin el fausto de promesas utópicas, sin el estruendo de las dianas militares, tenia, con todo, un gran programa que cumplir; programa encarnado en la esencia misma de la campaña electoral que le había dado el triunfo, cuyas grandes ideas y cuyos severos preceptos eran de una importancia trascendentales.

Por eso, no solamente el Perú saludó entusiasmado las primeras alboradas del 2 de Agosto último, sino que la prensa europea, indiferente por lo general á los destinos de aquel continente, recibió esa noticia con los aplausos que merecen los triunfos legales de la democracia.

Desde entonces hemos observado los esfuerzos patrióticos y generosos que viene haciendo el gobierno del Sr. Pardo para cumplir su grandiosa y noble misión.

Cortar de raíz los abusos del pasado que contaban en su favor con la autoridad del tiempo y que se cubren con el mentido título de derechos adquiridos; levantar á la Hacienda nacional, haciéndola volver como á Lázaro á la vida, cuando hasta su porvenir estaba comprometido; reorganizar un ejército desmoralizado por las guerras civiles y que diariamente tiene que resistir á las tentaciones de los conspiradores de oficio; devolver á la magistratura, á la prensa y á todas las instituciones que sirven de sustentáculo á las garantías constitucionales, la libertad de acción que abusos inveterados les habían arrebatado; todo esto y mucho más, no era la obra de un solo día.

Habia necesidad de luchar en el campo de la ley con la minoría vencida, y en esa lucha han debido encontrarse no pocos tropiezos, han tenido que devorarse muchos sinsabores.

Renunciar á esa empresa loable peregrina, no era posible. Las reformas políticas en ningún país del mundo se han establecido sin resistencia. En muchos han provocado verdaderas tempestades. En otros, adonde tiene más consistencia el principio de autoridad, solo han originado una oposición sistemática. Las fracciones de la sociedad solo ven el interés particular, cuando el poder público trata de reprimir un abuso, y al ofrecer su resistencia creen obrar en nombre del pueblo. Pero la autoridad, que está sobre todas las fracciones, que deja de representar el interés de cada una de ellas para hacerse el eco de toda una nación, la autoridad, decimos, tiene el derecho, tiene la obligación de seguir imperturbable en su camino.

Gracias á esa resolución patriótica, animada de un espíritu de justicia, hemos visto que las Cámaras legislativas del Perú han prestado su concurso al

gobierno, mediante el cual se han resuelto problemas políticos y financieros de bastante importancia, cuyo estudio seria demasiado largo. Contentémonos con enumerar, por hoy, las reformas más importantes, tales como la reducción del ejército á menos de la mitad de su efectivo anterior, la organización de las guardias nacionales, los nuevos impuestos para establecer el equilibrio del presupuesto, y el estanque del salitre.

Semejantes actos, inspirados por una política liberal, podían creerse que eran suficientes para reconciliar al poder con los disidentes, para hacer que estos últimos depusieran sus rencores y obedeciesen simplemente á los móviles de una oposición racional y mesurada.

No ha sucedido así.

Hay una minoría irreconciliable con las reformas. Habitados á la rutina de los abusos, quieren que ese país continúe por la pendiente fatal que lo conducía á un abismo.

Esos pocos quieren sobreponer la conspiración á la ley. El pueblo no los quiere; porque el pueblo del Perú está decidido á conservar el orden y la paz pública.

Los descontentos, sin embargo, explotan todas las situaciones, los más insignificantes actos del poder, para desprestigiar al gobierno ante el país, y para alcanzar por sorpresa sus proditorios planes.

Ultimamente había ocurrido un hecho desgraciado con los coroneles Herencia, Cevallos y Gamio, que habían fomentado en Arequipa una revolución contra el gobierno. Alejados de ese lugar, fueron conducidos con una escolta á las regiones del Amazonas, adonde debían cumplir una misión honrosa é importante. Se sublevaron en el camino, hacen fuego contra sus custodios y tratan de fugarse. Esto originó una lucha, en la que perecieron ambos.

Los agitadores, á caza de triunfos baratos, quisieron medrar á la sombra de las emociones originadas por este fatal acontecimiento. Se le quiso dar los colores de un fusilamiento para despertar la cólera de las masas en contra de los miembros del gobierno. La minoría parlamentaria interpelló con frases campanudas al ministerio, y concluyó pidiendo un voto de censura. Se trató de poner en acción el espíritu turbulento del pueblo arequipeño.

Pero todas esas maniobras solo alcanzaron un desenlace ridículo. El pueblo, en vez de responder á las seducciones de la revuelta, se constituyó en guardián del orden público. En Lima, como en Arequipa, y como en todas partes, el pueblo ha respondido con soberano desden á toda tentativa demagógica.

En presencia de esta actitud, que habla muy alto en honor de la nación peruana y de su gobierno, el voto de censura fué retirado por sus autores, que preveían una derrota cierta y humillante.

No era posible, ciertamente, inculpar al gobierno un asesinato deliberado. La acusación era por su naturaleza tan inmensamente grave, que bajo todos aspectos era inadmisibile, tratándose de la administración actual.

Pero al fin, lo más importante es que robustecida la autoridad del gobierno con ese nuevo triunfo, continúa en su tarea noble de extinguir todo género de abusos.

Sostenido por la prensa más influyente y más autorizada del Perú, podrá consolidar en ese país las instituciones liberales consignadas en su Carta política, y pocas veces ó nunca llevadas á la práctica.

El gobierno del Sr. Pardo es ya bien conocido y apreciado en Europa. Mientras no se separe de la línea de conducta que ha marcado hasta hoy su carrera, tendrá en nosotros un apoyo sincero.

#### JUICIO DEL LIBRO

poesías de D. José María Heredia, ministro de la Audiencia de Méjico.—Nueva y completa edición, incluyendo varias poesías inéditas.—Dos tomos en un volumen.—Nueva-York, Roe Lockwood, etc. Sou, librería Americana y Extranjera, Broadway, núm. 411.

(Conclusion.)

Dejemos esta digresion para seguir el análisis de *Los placeres de la melancolía*; el primer trozo comienza así:

No es dado al hombre de su débil frente las penas alejar y los dolores,

ni por campos de mistos y de flores  
dirigir el torrente de la vida.  
De las pasiones el aliento ardiente  
le enagena tal vez, y breves horas  
en ilusiones férvidas perdido  
osa creerse feliz. ¿Quién no ha sufrido  
la fiebre del amor, ni qué alma helada  
no probó la dulzura emponzoñada  
que en el beso fatal pierde Capido?

En el segundo, tercero, cuarto y quinto trozo de este poemita, hay atrevimiento en las ideas, rotundidad en los versos, ternura y mucha filosofía. El sexto y penúltimo son los más llenos de nervio, de sentimiento: el laconismo en los conceptos, y la brillantez de las descripciones son imponderables.

Estas son las composiciones que más nos han llamado la atención en el primer tomo de sus poesías. En las demás, que no juzgamos, hay, como en todo lo de Heredia, momentos admirables de sentimiento; arranques poéticos maravillosos.

El segundo tomo, dedicado á su amigo D. Domingo Delmonte, con el título de *Poesías filosóficas, morales y descriptivas*, comienza con la oda á la religión, que es bellísima.

La oda á la *Poesía* es magnífica, llena de inspiración.

La oda al *Sol* es ardiente como el antro de Cuba: en uno de los momentos de arrebatado dice el poeta, como si pulsara la lira de Pindaro:

Mas á veces tambien por nuestras cumbres  
truenan la tempestad. Entristecido  
velas tu pura faz, mientras las nubes  
sus negras olas por el aire ardiente  
revuelven con furor, y comprimido  
ruge el rayo impaciente,  
estalla, luce, hiere, y un diluvio  
de viento y agua y fuego se desata  
sobre la tierra trémula, y el caos  
amenaza tornar... Mas no, que lanzas  
¡oh, soll tu dardo irresistible, y rompe  
la confusión de nubes, y á la tierra  
llega á dar esperanza. Ella con ansia  
le recibe, sonrte, y rebramando  
huye ante tí la tempestad. Más puro  
centella tu ancho disco en Occidente.  
Respire el mundo en paz: bosque y pradera  
se ornan con nuevas galas,  
mientras al cielo con la tierra uniendo  
el iris tiende sus brillantes alas.

La oda contra los *Impios*, á los *Griegos*, *El Cometa*, y el *Teocali de Chuluca*, son todas obras importantes por la elevación de los pensamientos y la rotundidad de los versos. En esta última hay una energía descriptiva imponderable.

No podemos menos que transcribir íntegra la gran composición á *La Tempestad*. ¿Por qué la hemos de calificar, cuando cada verso admira, cada arranque de génio suspende el alma y ha de llenar de entusiasmo al lector?

Huracán, huracán, venir te siento,  
y en tu soplo abrasado  
respiro entusiasmado  
del Señor de los aires el aliento.  
En las alas del viento suspendido  
vedle rodar por el espacio inmenso,  
silencioso, tremendo, irresistible,  
en su curso veloz. La tierra en calma  
sinistra, misteriosa,  
contempla con pavor su faz terrible.  
¡Al toro no mirais! El suelo escarban  
de insoportable ardor sus piés heridos:  
la frente poderosa levantando,  
y en la hinchada nariz fuego aspirando  
llama la tempestad con sus bramidos.  
¡Qué nubes! ¡Qué furor! El sol temblando  
veía en triste vapor su faz gloriosa,  
y su disco nublado solo vierte  
luz fúnebre y sombría,  
que no es noche ni día...

¡Pavoroso color, velo de muerte  
Los pajarillos tiemblan y se esconden  
al acercarse el huracán bramando,  
y en los lejanos montes retumbando  
te oyen los bosques, y á su voz responden.

Llega ya... ¿No le veis? ¡Gua! desenvuelve  
su manto aterrador y magestuoso!...  
¡Gigante de los aires, te saludó!...  
En fiera confusión el viento agita  
las orlas de su parda vestidura...  
¡Ved!... En el horizonte  
los brazos rapidísimos enarcan,  
y con ellos abarca  
cuanto alcanzó á mirar, de monte á montel  
¡Oscuridad universal!... Su soplo  
levanta en torbellinos  
el polvo de los campos agitado!...  
En las nubes retumba despedido  
el carro del Señor, y de sus ruedas  
brotó el rayo veloz, se precipita,  
hiere y aterra al suelo,  
y su lívida luz inunda el cielo.  
¡Qué rumor! ¡Es la lluvia!... Desatada  
cae a torrentes, oscurece el mundo,  
y todo es confusión, horror profundo.  
Cielo, nubes, colinas, caro bosque,  
¿dó estais?... Os busco en vano:  
desparecisteis... La tormenta umbría  
en los aires revuelve un Oceano  
que todo lo sepulta...  
Al fin, mundo fatal, nos separamos;

el huracán y yo solos estamos.  
¡Sublime tempestad! ¡Cómo en tu seno,  
de tu solemne inspiración benchido,  
al mundo vil y miserable olvido,  
y alzo la frente, de delicia llenol  
¿Dó está el alma cobarde  
que teme tu rugir?... Yo en tí me elevo  
al trono del Señor: oigo en las nubes  
el eco de su voz; siento á la tierra  
escucharle y temblar. Ferviente lloro  
desciende por mis pájitas megillas,  
y su alta magestad trémula adoro.

La *Contemplación* es una buena oda, pero mejor es aun la que dedica á *La Noche*.

Su oda á *Washington* es justa, y la elevación de su pensamiento se pinta en esta estrofa: el último verso de ella es un poema:

..... Cuando en noble retiro  
de oro y de crimen y ambición ageno,  
tu espléndida carrera coronabas,  
en este bello asilo respirabas,  
pobre, modesto y entre libres libre.  
¡Oh Potomac! Del orgulloso Tibre  
no envidies, no, la delocuente gloria,  
que no recuerda un héroe como el tuyo  
del orbe todo la sangrienta historia.

El *Niágara* es una composición tan grande, que ella sola es capaz de inmortalizar á un hombre: la escribió en 1824: es comparable únicamente con el objeto gigante y extraordinario á que se dedica: la trascribimos íntegra porque hay cosas que no necesitan juicios. ¿Queréis saber lo que es el sol? Miradlo derramando torrentes de luz en medio de la creación. ¿Queréis saber que es el Niágara? Leed la oda de Heredia:

Templad mi lira, dádmela, que siento  
en mi alma estremecida y agitada  
arder la inspiración. ¡Oh! ¡Cuánto tiempo  
en tinieblas pasó, sin que mi frente  
brillase con su luz!... Niágara undoso,  
tu sublime terror solo podría  
tornarme el dóu divino que ensañada  
me robó del dolor la mano ímpia.

Torrente prodigioso, calma, calla  
tu trueno aterrador; disipa un tanto  
las tinieblas que en torno te circundan;  
déjame contemplar tu faz serena  
y de entusiasmo ardiente mi alma llena.  
Yo digno soy de contemplarte; siempre  
lo comun y mezquino desdeñando,  
ansié por lo terrífico y sublime.

Al despeñarse el huracán furioso,  
al retumbar sobre mi frente el rayo,  
palpitando gocé: ví al Oceano  
azulado por austro proceloso,  
combatió mi bajel, y ante mis plantas  
vértice hirviente abrir, y amé el peligro:  
mas del mar la fereza  
en mi alma no produjo

la profunda impresión que tu grandeza.  
Sereuo corres, magestuoso, y luego  
en ásperos peñascos quebrantado,  
te avalanzas violento, arrebatado,  
con el destino irresistible y ciego.  
¿Qué voz humana describir podría  
de la sirte rugiente  
la aterradora faz? El alma mía  
en vago pensamiento se confunde  
al mirar esa férvida corriente,  
que en vano quiere la turbada vista  
en su vuelo seguir al borde oscuro  
del precipicio altísimo: mil olas,  
cual pensamientos rápidos pasando,  
chocan y se enfurecen.

y otras mil y otras mil ya las alcanzan,  
y entre espuma y fragor desaparecen.  
¡Ved! ¡Llegan, saltan! El abismo horrendo  
devora los torrentes despeñados:  
crúzanse en él mil iris, y asordados  
vuelven los bosques el fragor tremendo.  
En las rígidas peñas  
rómperse el agua: vaporosa nube  
con elástica fuerza  
llena el abismo en torbellino, sube  
gira en torno, y al éter  
luminoso pirámide levanta,  
y por sobre los montes que le cercan  
al solitario cazador espanta.

Mas ¿qué en tí busca mi anhelante vista  
con inútil afán? ¿Por qué no miro  
al rededor de tu caverna inmensa  
las palmas ¡ay! las palmas deliciosas,  
que en las llanuras de mi ardiente patria  
nacen del sol á la sonrisa, y crecen,  
y al soplo de las brisas del Oceano  
bajo un cielo purísimo se mecean?

Este recuerdo á mi pesar me viene...  
Nada ¡oh Niágara! falta á tu destino,  
ni otra corona que el agreste pino  
á tu terrible magestad conviene.  
La palma y mirto y delicada rosa,  
muelle placer inspiran y dófo blando  
en frívolo jardín: á tí la suerte  
guardó más digno objeto, más sublime.  
El alma libre, generosa, fuerte,  
viene, te vé, se asombra,  
el mezquino deleite menosprecia,  
y aun se siente elevar cuando te nombra.

¡Omnipotente Dios! En otros climas  
ví monstruos execrables,  
blasfemando tu nombre sacrosanto,  
sembrar error y fanatismo ímpio,  
los campos inuadur en sangre y llanto,  
de hermanos atizar la infanda guerra  
y desolar frenéticos la tierra.

Vílos, y el pecho se inflamó á su vista

en grave indignación. Por otra parte  
ví mentidos filósofos, que osaban  
escrutar tus misterios, ultrajarle,  
y de impiedad al lamentable abismo  
á los míseros hombres arcastraban.  
Por eso te buscé mi débil mente  
en la sublime soledad, ahora  
entera se abre á tí; tu mano siente  
en esta inmensidad que me circunda,  
y tu profunda voz hiere mi seno  
de este raudal en el eterno trueno.

¡Asombroso torrentel  
¡Cómo tu vista el ánimo enagena,  
y de terror y admiración me llenal  
¿Dó tu origen está? ¿Quién fertiliza  
por tantos siglos tu inexhausta fuente?  
¿Qué poderosa mano  
hace que al recibirle  
no rebese en la tierra el Oceano?

Abrió el Señor su mano omnipotente;  
cubrió tu faz de nubes agitadas,  
dió su voz á tus aguas despeñadas  
y orló con su arco tu terrible frente.  
Ciego, profundo, infatigable corres,  
como el torrente oscuro de los siglos  
en insondable eternidad!... Al hombre  
huyen así las ilusiones graias,  
los florecientes días,  
y despierta al dolor!... ¡Ay! agostada  
yace mi juventud, mi faz marchita,  
y la profunda pena que me agita  
ruga mi frente de dolor nublada.

Nunca tanto sentí como este día  
mi soledad y mísero abandono  
y lambentable desamor!... ¿Podría  
en edad borrascosa  
sin amor ser feliz?... ¡Oh! si una hermosa  
mi cariño fijase,  
y de este abismo al borde turbulento  
mi vago pensamiento  
y ardiente admiración acompañase!

¡Cómo gozara, viéndola cubrirse  
de leve palidez, y ser más bella  
en su dulce terror, y sonreirse  
al sostenerla mis amables brazos...  
¡Delirios de virtud!... ¡Ay! Desterrado,  
sin patria, sin amores,  
solo miro ante mí llanto y dolores.

¡Niágara poderoso!  
¡Adios! ¡Adios! Dentro de pocos años  
ya devorado habrá la tumba fría  
á tu débil cantor. ¡Duren mis versos  
cual tu gloria inmortal! Pueda piadoso  
viéndote algun viajero,  
dar un suspiro á la memoria mía!  
y al abismarse Febo en Occidente  
feliz y o vuela qé el Señor me llama,  
y al escuchar los ecos de mi fama  
alce en las nubes la radiosa frente.

Esta es la corona del poeta: ¿podrá  
nunca olvidar el mundo al génio poderoso  
que tendió sus alas hasta las estrellas  
ceñido de relámpagos el vuelo, para cantar  
de esta manera el Niágara?...

La oda á la apertura del Instituto Mexicano y una pequeña composición que titula *Projecto*, son sublimes; daremos de ella algunos trozos:

Si el despotismo  
al orbe abruma con su férreo ceño  
será mi asilo el mar. Sobre su abismo  
de noble orgullo y de venganza lleno,  
mis velas desplegando al aire vano,  
daré un corsario más al Oceano,  
un peregrino más á su hondo seno.

Y ¿por qué no? Cuando la esclava tierra  
marchita y devorada  
por el aliento impuro de la guerra,  
doblando al yugo la cerviz domada  
niegue al valor asilo,  
yo en los campos del piélagro profundo  
haré la guerra al despotismo fiero,  
libre y altivo en el sumiso mundo.  
De la opresión sangrienta y coronada  
ni temo el odio, ni el favor ímpetro,  
mi rojo pabellon será mi ceiro,  
y ni dominio mi cubierta armada.

¿Qué habrá más severo que estos cuatro versos de la oda titulada *Desengaños?*  
Quise más que oprimir ser oprimido;  
y osando sacudir la vil cadena,  
de noble orgullo y esperanza henchido,  
lancéme audaz á la terrible arena.

La *Estrella de Cuba* es una composición de Tirteo. No quiero analizar el carácter político de Heredia; si tal tuviera que hacer, mi juicio sería terrible; yo hablo del poeta que con el entusiasmo del espíritu escribe sus versos para la humanidad: olvido lo que fué, lo juzgo muerto.

Sus ideas políticas le costaron muchas lágrimas, el destierro, la miseria en que murió... bastante lo castigó la suerte.

Desde la espatriación escribió su oda *A Emilia*, llena de dolor y desesperación.

El himno titulado *Vuelta al Sur*, y el del *Desterrado*, son dos composiciones, como todas las suyas, llenas de armonía, sentimiento y de estro popular; por las dos primeras estrofas podrá formar juicio el lector de la fluidez y metro en que están escritas; no debo presentar las demás:

Reina el sol, y las olas serenas  
corta en torno la proa triunfante,  
y hondo rastro de espuma brillante  
va dejando la nave en el mar.

¡Tierra! claman: ansiosos miramos  
al confin del sereno horizonte,  
y á lo léjos descubrece un monte...  
le conozco... ¡Ojos tristes, llorad!

Es el pan... En su falda respiran  
el amigo más fino y constante,  
mis amigas preciosas, mi amante...  
¡Qué tesoros de amor tengo allí!  
Y más léjos, mis dulces hermanas,  
y mi madre, mi madre adorada,  
de silencio y dolores cercada  
se consumé gimiendo por mí.

De la oda *A Bolívar* trascribimos algunos trozos para que sea juzgada:

Una vez y otra vez roto y vencido,  
de su patria espelido,  
peregrino en la tierra y Oceano,  
¿quién le vio desmayar? El infortunio  
y la traición ímpia  
se fatigaron por vencerle, en vano.  
Su génio inagotable  
igualaba el revés á la victoria,  
y le miró la historia  
empapado en sudor, llenar de fama,  
del golfo triste al Ecuador sereno,  
del Orinoco inmenso á Tequendama.

... de tu siglo al recorrer la historia  
las razas venideras,  
con estupor profundo  
tu génio admirarán, tu ardor triunfante,  
viéndote sostener, sublime Atlante,  
la independencia y libertad de un mundo.

Y ciñes á un faccioso  
tu espada en galardón?... A error tan triste  
permite á mi dolor que corra un velo.  
Si patria no ha de haber, ¿por qué venciste?  
¡Ay! los reyes dirán con burla ímpia  
que tantos sacrificios fueron vanos,  
y que solo estirpaste á los tiranos  
para ejercer por tí la tiranía.

Más alta que la suya fué tu suerte,  
muy más largo tu afán, mayor tu gloria.  
¡A tu inmortar carrera  
con lágrimas y sangre  
un fin igual recordará la historia?  
Después que al orbe atónito dejaste  
con tu sublime vuelo,  
brillante Lucifer, ¿caerás del cielo?

Acaba el libro con cinco poesías que se dicen inéditas; dos publicadas ya en la Habana en el *Aguinaldo*, y de las tres restantes una que se titula *Ultimos versos de Heredia*, cuyo mérito consiste en ser dictada á su esposa, segun algunos, en los últimos momentos de su vida.

Este gran poeta tradujo con fluidez é inspiración varias tragedias, la caída de las hojas de Millevoeye, el canto de los sepulcros de Hugo Fóscolo, poesías de Beranger, de Delavigne, de Byron y de Ossian, y á veces concluyó sus traducciones aplicándolas á los objetos que más vivamente herian su imaginación, como Delille hizo con el ensayo del hombre de Pope, cambiando los nombre y los sucesos, para adecuarlos á la gloria de su país.

Yo no he querido juzgar las composiciones de Heredia bajo el punto de vista del arte; á génios como el suyo no se les mide con esa estrechez. La inspiración de los grandes espíritus, ni puede sujetarse muchas veces á la forma de la rítmica, ni á las acepciones del lenguaje como le sucedió al Dante, creador de muchas palabras que se han hecho ya clásicas en su lengua.

Lo que se requiere en el poeta es, que sus composiciones sean tales, desde su comienzo hasta el fin, que en ellas haya estro, número, cadencia, descripción, alma y filosofía.

Es mejor cuando á estas dotes se reune el respeto á la forma clásica, y el limado de la escuela, que no es más que la imitación de lo escrito ya por otros ingénios considerados maestros en los tiempos en que vivimos.

Yo amo más el desórden del espíritu grande, invasor de todas las reglas, más los destellos sublimes del génio: más las pinceladas de Rembrandt, de Vandyck, de Rubens, que las obras acabadas de estos limadores clásicos que á fuerza de bruñir, concluyen por quitarle la energía y originalidad á las ideas y á los asuntos.

Para la música concertada, para la comedia y la tragedia, para otros varios géneros de obras del ingénio se requiere el arte; para ser poeta lírico, no se necesita más que inspiración y armonía en la cadencia.

¿Quién puso nunca medida y arreglo á los cantos melodiosos del ruiseñor? ¿Quién dió concierto y arte á la tempestad? ¿Quién al movimiento gigante y

mugir espantoso de las olas? ¿Quién a la salida del sol entre escuadrones de nubes blancas, color de fuego y sonrosadas como la púrpura, desvandadas y formando montañas, ó diseminadas é impedidas por el soplo variable de los vientos? ¿Y dejan de ser poéticamente grandes todos esos asuntos por no estar sujetos al concierto del arte?

La poesía es el alma, la poesía es la armonía melodiosa, la poesía es el delirio del espíritu, es la ins, iración profunda del genio, que no se aprende con el arte; que viene de Dios, que nace con el hombre y que desde el principio del mundo, ha llegado hasta nosotros inmortalizando el cristianismo y la historia de la humanidad.

Por eso es que para juzgar á Heredia no he necesitado acordarme de las reglas de que pudo separarse: es verdad que no hubiera podido hacerlo, porque el maestro capaz de esta obra difícil ha cerrado los ojos á la luz para abrirlos en el Oriente infinito de la eternidad de Dios, donde son impercederas las almas de los justos, despues de legar el laurel de oro con que lo coronó la España de su siglo á la Academia de la Historia.

He querido hoy en LA AMÉRICA renovar la memoria de Heredia haciendo el juicio de sus obras; pero ¿qué he de haberlo juzgado? Lo que he hecho ha sido derramar flores sobre su tumba; sobre su tumba que son sus poesías.

El libro en que están impresas es el verdadero sepulcro de todas sus ternuras, de todos sus pensamientos, de todos sus dolores, de sus inmortales arranques de grandeza y sublimidad. ¡Tal vez si tuviera que buscar la losa que cubre los restos donde esa alma divina vivió encerrada, no la encontraría ya, porque siendo desgraciado y pobre, fácil será que el egoísmo de los hombres haya necesitado para otro cadáver el lugar estrecho donde se encerraron sus humildes despojos.

Pero si es fácil que perezca y se consuma con los tiempos la humana naturaleza, si es fácil que la avaricia, la impiedad, el desamor y el abandono, profanen los sepulcros y arrojen de ellos los restos de los hombres, las obras de Heredia vivirán eternamente y acompañarán en el viaje de la vida á las obras de Homero, de Bion, de Pindaro y de Tirteo y del grande y mi querido amigo el sublime y honrado Quintana.

JOSÉ GÜEL Y RENTÉ.

LA NEGACION DEL PROGRESO.

ÚLTIMA IDEA DE LAMARTINE.

Magnífico espectáculo es el de un hombre que habiendo tenido pendientes de su voluntad los destinos de Europa y gobernado á un pueblo en revolucion con el ascendiente de su palabra, roba pocos años despues sus horas al sueño en un trabajo asiduo, para rescatar de sus acreedores el modesto patrimonio de su familia. Este espectáculo lo esta ofreciendo al mundo M. de Lamartine, más grande hoy sobre el pedestal de su pobreza, que lo fué nunca en el pináculo de la fortuna política.

Noble y legitimo orgullo debe sentir su corazon al trazar en el papel sus *Conversaciones* de literatura, cada una de las cuales le aproxima el momento de morir tranquilo, con la misma pluma que escribió el célebre manifiesto de 1848, en que daba á las naciones y á los reyes aterrados toda la paz que podía enviarles una dictadura revolucionaria. Los piés que hollaron las régias alfombras del Louvre descansan ahora en los morillos de hierro de la chimenea paterna: su voz tan elocuente y más poderosa que la de los tribunales de Grecia y Roma, se pierde en el silencio sepulcral de una aldea de provincia; y su ardiente imaginación, que no satisfecha de embellecer con brillantes tintas lo pasado y lo presente, se lanzaba con entusiasmo profético al descubrimiento de los misterios de lo porvenir, plega sus estensas alas y se reconcentra dentro de su alma el fuego para extraer de allí el sentimiento de lo bello y lo sublime. Así y todo, su genio fulgura con vivos destellos, porque es privilegio de su esencia iluminar la condición más humilde de la vida, como una luz resplandeciente que alumbraba de igual manera encerrada en tosco metal ó en artístico candelabro de oro.

El retiro de los alrededores de Macon

es para Lamartine, el Napoleón de la poesía, una especie de roca de Santa Elena, desde donde puede contemplar, como el naufrago en la playa que le ha recogido, el curso tormentoso de su existencia. En aquella atmósfera pura de mezuquinas pasiones, debe aspirar mejor que en el vertiginoso movimiento de París las ideas elevadas, que son una doble necesidad de su entendimiento y de su carácter, y respirarlas luego en páginas inmortales revestidas con los encantos inimitables de su estilo y engalanados con la exhuberante riqueza de su inagotable poesía. ¡Envidiable é indisputada soberanía del talento! Contigo la miseria es espléndida porque te acompaña la opulencia del renombre, y hasta la soledad te abre ancho campo al comercio de la inteligencia en el vasto horizonte de los siglos. Afánense en buen hora las medianías por acumular riquezas con que deslumbrar al vulgo ó para conquistar una posición efímera en esta sociedad corrompida. Al genio, como al sol, le bastan sus rayos. Aire y espacio para desenvolverse es cuanto necesita: un compás, un anteojo, un poco de tinta son sus únicos medios; pero con ellos es capaz de remover el mundo.

La organización de Lamartine pertenece á la categoría de los fenómenos intelectuales, tanta flexibilidad y adherencia tiene para todo lo que es idea y sentimiento. Poesía, oratoria, política, filosofía, historia: todo lo ha abarcado, todo lo ha embebido, por decirlo así, como una esponja sedienta, por los innumerables poros de una intuición prodigiosa y de una comprensión cultivada. Lamartine canta como Petrarca, describe como Tácito, habla como Demóstenes. Dulce y tierno unas veces, como un niño que juega en el regazo de su madre; fuerte y vigoroso otras, como los héroes de Osian, hiere las fibras más delicadas del corazon ó busca en el rudo patriotismo de las masas una correspondencia magnética. Ora se levanta indignado contra el despotismo de la fuerza, y apartando de sus ojos el humo de gloria de Marengo y Austerlitz, mide la verdadera estatura del primero de los Bonaparte; ora arrastrado por el episodio más dramático de la revolucion francesa, explica con la elevación del hombre de Estado la sangrienta epopeya de 1793. Vedle ahí visitando las abandonadas comarcas de Oriente, cuna y tumba de razas y de pueblos titánicos, predecir el encuentro de dos civilizaciones rivales veinticinco años antes de empezar la guerra de Rusia; vedle más tarde en la Asamblea constituyente adivinando al amo y señor de la Francia bajo un modesto frac, medio oculto en un rincón de la Cámara de los diputados. Ayer paga á la desgracia y á la tradición de familia un tributo de respeto rechazando las ofertas de la dinastía de Orleans; hoy le llama la suerte ó la fatalidad á lanzarla del trono provisional á que habian venido á guarecerse frente de su tribuna de representante una princesa hermosa y dos niños inocentes.

No conocemos en los anales de las naciones una época que destaque tan colosal figura como la de Lamartine en los acontecimientos de 1848, ni nunca la elocuencia ha conseguido triunfo más completo sobre la muchedumbre. Cicerón halagaba los intereses del patriado romano y podía luchar sin grande esfuerzo contra Catilina. Demóstenes hablaba de libertad é independencia al pueblo de Atenas, que aunque corrompido, se habia amamantado con aquellas mágicas palabras, y no era difícil determinarle á morir en Cheronéa. Pero la tarea de Lamartine fué un trabajo de Hércules. Era preciso contener en justos límites una revolucion avasalladora, en una ciudad sin freno y en medio de doscientos mil proletarios armados. ¿Qué tenia Lamartine para alcanzar un resultado que asusta al heroísmo? Por su clase, por su educación, por su anterior aislamiento, no estaba identificado con las masas que apenas le conocian; como legitimista, inspiraba recelos á la democracia; como poeta, hacia sonreír de desden á los rutinarios de la política que se figuran en su hueca vanidad de oficio que la ciencia del gobierno se aprende sobre el pupitre de un despacho del ministerio. Por toda persuasión, por toda coersion, por toda resistencia, Lamartine no contaba más que con una cosa; con su palabra; pero su palabra era la obe-

diancia, porque la imponía; era una popularidad, porque la conquistaba en un discurso; era un ejército numeroso, porque sabia convertir los elementos de anarquía en elementos de proteccion y de orden.

De este modo gobernó dos meses á la Francia, y en nombre de la Francia á la Europa. Su pretorio fué la plaza pública, su silla curul un banquillo, su dosel, cien mil fusiles apuntados á su pecho y levantados luego para saludarle en señal de admiración y respeto. Sobre aquel Océano agitado de cabezas volcánicas y de brazos dispuestos al combate, se levantaba arrogante la cabeza del dictador, y su robusta voz aplacaba las diarias tormentas que rugían á sus piés no de otro modo que el Neptuno de Virgilio volvía á la mansedumbre con una sola palabra los mares espumosos y embravecidos.

Y Lamartine no era grande por la pequeñez de los que le rodeaban; era grande entre los grandes. La aureola de virtud espartana que ceñía á Dupont del Eure; la fama universal de Arago; la osadía tribunicia de Ledru-Rollin, y el prestigio de la novedad que acompañaba á Luis Blanc, formaban una rivalidad imponente que desapareció, sin embargo, desde el primer día ante el influjo irresistible de una elocuencia que la Francia no habia hecho más que adivinar bajo las bóvedas del palacio legislativo. Había aparecido un astro nuevo y todos los demás se eclipsaron ó vivieron de los raudales de luz que despallia.

Ahora quizás parecerá exagerado este retrato porque falta todavía al original la soberana sancion del tiempo; pero que pase por él la distancia de los siglos, que aumente como el sol poniente las proyecciones de las sombras, y veremos cuántos personajes de la antigüedad y de la edad presente resisten su paralelo.

Tal ha sido M. de Lamartine, retirado hoy en una casa de campo y escribiendo un curso de literatura para pagar á sus acreedores; el primer poeta, el primer escritor, el primer orador de la Francia moderna. La patria ha sido con él ingrata: tambien lo fué Atenas con Temístocles, que habia salvado á la Grecia en Salamina. Por duras pruebas, por crueles desengaños que deben haber ulcerado su alma, ha pasado el héroe del 24 de Febrero, el cantor de las *Meditaciones*, el historiador de los *Girondinos*. Tal vez el pueblo que le convirtió en idolo le reserva la indiferencia ó la calumnia. Pero la vida del genio no es un meteoro que pasa ó una de esas estrellas que cortan el firmamento en caprichosas figuras para morir detrás de una nubecilla. De Lamartine queda, y quedará siempre, su sentimiento poético, su admirable expresión, la grandeza de sus ideas, su estilo sin igual, sus apreciaciones como escritor, su elocuencia y su moralidad como hombre político. A Lamartine no le matarán la envidia ni el espíritu de partido ni el olvido de los contemporáneos: sus obras son el epitafio de su inmortalidad.

¿Por qué, pues, en el último período de su existencia intelectual y próximo á cerrar su refulgente carrera, ablica en cierto modo el cetro conquistado renegando de las ideas antiguas y arrojándose como fatigado ó resentido en brazos de la negacion y de la duda? ¿Es cansancio del entendimiento ó herida del corazon y del amor propio? Cualquiera que sea la causa, Lamartine tiene que responder á la posteridad de esta inesperada evolucion de su espíritu, que es la condenacion fatalista de la humanidad entera. Lamartine, el inspirado vate de las aspiraciones generosas, el apóstol de lo futuro, el carácter fuerte que ha atravesado sin deslumbrarse por entre la marcial gloria del imperio, proclamando la supremacía de lo bueno y de lo justo sobre lo grande; el político atrevido que empujó el movimiento de París á una solución prematura por el deseo de mejora y adelanto, ese poeta, ese historiador, ese estadista, niega hoy una ley inmutable de la naturaleza, la perfectibilidad, el progreso humano.

Escrito está, porque á no ser así el mundo no lo creeria; escrito en páginas elocuentes como todas las suyas, pero en que ha sido preciso cubrir la falsedad del pensamiento con la pompa del ingé-nio, como se amortaja un cadáver con régias vestiduras. Lamartine niega el progreso continuo, ilimitado: lo más que le concede es un espacio reducido, una duracion improrrrogable, pero conde-

nándole al retroceso y al descenso. ¿Y por qué? Porque los ojos de su clara inteligencia, cegados por la amargura que se evapora de su alma, no lo ven en ninguna parte. No es extraño, el prisma del dolor presenta los objetos bajo una apariencia engañosa. Aplicado á la historia ofrece á la vista ruinas; aplicado al hombre, lágrimas; aplicado á las sociedades, un movimiento estéril. ¿Dónde está ese progreso indefinido, pregunta airado Lamartine apostrofando á las generaciones muertas, abriendo el libro del universo y leyendo una á una todas sus manifestaciones? ¿Dónde está, vuelve á preguntar á su razon, ese desvarío de los gúebros del siglo XIX? Nuestras ideas, se responde á sí propio, no son más sublimes ni más profundas que las de nuestros antepasados; nuestras pasiones no han sufrido ningun cambio; nuestras ciencias no han dado un paso siquiera; nuestras artes no pueden competir con el arte griego, nuestras instituciones giran en la órbita que les trazó Aristóteles; nuestra ambicion y nuestras conquistas son tan efímeras y costosas como las de Alejandro; nuestra sociedad flora sus miserias y el individuo su abandono. Ese fuego sagrado y perenne, continúa, no existe más que en el cerebro calenturiento de unos cuantos soñadores; es acaso un deseo, una tendencia, pero un deseo que se resuelve en quimera, una tendencia que conduce al vacío.

Paradoja tan desconsoladora, formulada por autoridad tan respetable, no podia pasar desapercibida ni dejar de ser refutada. M. Eugenio Pelletan, uno de las ilustraciones de la prensa francesa, vasta erudicion que abraza la larga serie de los conocimientos filosóficos, talento brillante á par que profundo, estilo vigoroso y fácil, vaciado en el molde de Lamartine, se encargó de esta impugnacion, protesta de la verdad contra el sofisma, y desempeñó su cometido con una fuerza de análisis incontrastable y con una elevación de conceptos digna de ambos contendientes.

M. Pelletan acudió á todos los terrenos á que la provocacion de Lamartine se extendía, aceptó todas sus hipótesis, desenvolvió todas sus proposiciones, apuró todas las consecuencias de sus principios, y sacó de este trabajo en que la lógica y la erudicion compiten, como síntesis del raciocinio y de la observacion, el acrecentamiento constante de vida en la humanidad, ó lo que es igual, el progreso. Geología, fisiología, psicología, política, filosofía, economía social, historia, estadística: todo lo pone á contribucion M. Pelletan para pulverizar la doctrina del desaliento predicada por el gran poeta. En ese inmenso arsenal, que han ido acumulando las edades, y que una sola cabeza reconcentra por medio del estudio y la memoria, toma armas su dialéctica, y bajo sus repetidos golpes caen hechos pedazos el mecanicismo y el artificio en que el error se encastilla. M. Pelletan encuentra la ley del progreso escrita y realizada por el mismo Dios en la creacion del mundo, en la escala gradual de su obra; la forma de la materia inerte primero, luego la vejetacion, en seguida el movimiento, por último, el espíritu, la idea, el hombre. Por este nada ha procurado aparentemente la Providencia, tan próliga con los demás seres organizados, arrojándole débil, desnudo é indefenso en medio de una naturaleza para él áspera é ingrata. Pero el hombre lleva en sí una chispa de la Divinidad, y esto le basta para dominar los elementos, para desarrollarse en el sentido de sus múltiples necesidades y para erigirse en dueño y árbitro del universo. El hombre tiene además la palabra, esto es, la facultad de asociar al suyo el pensamiento de sus semejantes en la mision comun, y la aptitud para el trabajo, que es el verdadero generador del progreso.

Partiendo de esta base fundamental, M. Pelletan examina las diversas fases que el mundo ha recorrido y encada una halla una acumulacion desdelantos tramitada, un legado de civilizacion que una época mejora despues de recibirla de la época anterior, y que nosotros dejaremos tambien aumentada á las generaciones venideras. En una palabra, M. Pelletan demuestra punto por punto en todos los que Lamartine contradice el progreso, que el progreso es real, evidente, tangible, y que se traduce en el perfeccionamiento individual y colecti-

vo, en los agigantados pasos de la industria, en la benignidad de la legislación y de las costumbres, y en la generosidad de las aspiraciones. El camino hasta aquí seguido y el que nos queda por andar, cuyo término no tocamos nunca, lejos de probar que hemos vuelto atrás frecuentemente, dice bien claro que marchamos por una línea recta, erizada sí de dificultades, interrumpida casi siempre por obstáculos, pero que salvados estos, encontramos de nuevo bajo nuestra planta, como encuentra su cauce el río despuñado desde la roca que quiere detenerle en su magestuoso curso.

Lamartine dejó caer una ojeada indiferente sobre los artículos de M. Pelletan, alabó el talento del autor, *miró y pasó* como el personaje de Dante. La mala impresión, arraigada en su alma más bien que en su entendimiento, no perdió nada de su intensidad ni de su fuerza.

«Progreso y decadencia. Hé aquí los dos polos del movimiento del mundo. Los optimistas, dice, no leen más que la primera palabra y los pesimistas la segunda. Es necesario leerlas ambas para acertar con la verdad de la historia y del género humano.»

«Progreso y decadencia! repetimos nosotros. Estas frases pueden servir de epigrafe á un pueblo, á un periódico. Gibbon titula así la historia de Roma. ¿Pero puede aplicarse á la humanidad semejante fórmula? ¿Se halla esta destinada á tocar perpetuamente las dos extremidades como la lanzadera de un telar ó como el acompasado movimiento del címbalo? Permítanos la altura de Lamartine que desde nuestra humildad nos atrevamos á contradecir su negación considerando además de falsa como la expresión de un fatalismo irreligioso. Si el hombre colectivo tuviese fija su marcha y marcada su rotación como el planeta que le sostiene, ¿valdría la pena de haberle extraído del polvo y formarle á la imagen de Dios? ¿No sería suficiente asignarle leyes como las que regulan los astros ó concederle cuando más el instinto del bruto, en vez de infiltrarle la luz del pensamiento que le guía en ese impulso permanente hacia una perfección cuyos límites desconoce, pero que le atrae á su foco como el imán al acero? El trabajo y el dolor, triste patrimonio y glorificación de nuestra especie, ¿no son más que una pena? ¿No son también un aguijón y un estímulo?»

Lamartine tiende su vista por la haz de la tierra desde los tiempos primitivos y no tropieza más que á intervalos con un mezquino progreso sin cesar decreciente. Si algo le llama la atención es la grandeza oriental, el arte griego, la pujanza romana, comparados con nuestra vanidosa pequeñez y nuestra ruidosa insignificancia. ¡Funesta obcecación! Pues qué, ¿es hoy el mundo del vapor y del telégrafo lo que era el mundo antiguo? ¿Viven los pueblos separados como entonces por inmensas barreras de odios y de razas, que únicamente se franqueaban á la tea y á la cuchilla? ¿Rendía el suelo, regado con el sudor del esclavo y esterilizado por el contacto de su cadeña, la variedad y abundancia de ópimos frutos que ahora le arranca el trabajo libre y honrado? ¿Modificaba esos productos la historia para adoptarlos al uso y á la comodidad de la vida del mayor número? ¿No es un adelanto la brújula, el telescopio, la aplicación de la electricidad, los ferro-carriles, la vacuna, la anatomía y la higiene pública? ¿Qué valen las pirámides de Egipto y las pagodas de la India, que llevan en cada una de sus piedras el anatema de una sociedad fundada sobre la servidumbre, al lado de las obras de la edad en que vivimos? La montaña que representaba á Semiramis sentada en su trono, ¿es acaso más grande, más portentosa á los ojos del pensador, que el tenue alambre destinado á transmitir en un segundo la palabra al través del Atlántico? ¿Fue de mayor influencia civilizadora el imperio deleznable de Alejandro que el palacio de cristal encerrando en unos cuantos centenares de pies cuadrados todos los descubrimientos, toda la laboriosidad, todo el espíritu del género humano?

Y si del terreno de los hechos materiales pasamos á la región de las ideas, del mundo físico al mundo moral, ¿quien se atreverá tampoco á negar ese progreso constante que arranca de la caída del hombre y se pierde en los arcanos del Ser Supremo? Aunque en el día no se su-

piese más que en la época de Aristóteles la generalización del saber sería una mejora indisputable. El mundo actual no tiene símbolos, misterios ni fórmulas: la ilustración irradia y difunde sus beneficios por las condiciones más humildes. ¿Pero es cierto que la humanidad no ha ganado una sola idea en su penosa peregrinación por los siglos? Preguntemos á la historia del hombre, objeto primordial de la ciencia; y ella responderá por nosotros. ¿Qué es el hombre en las sociedades orientales? Un número invariable colocado en una casilla determinada, un valor puramente de relación: es sacerdote, guerrero ó artesano, pero siempre vejete sacrificado á la casta. En Grecia y Roma el hombre es ateniense, espartano, ilota, latino, extranjero ó bárbaro. Para cada cual hay un principio, un derecho, una justicia distinta. Bajo el feudalismo, el hombre es noble, pechero ó siervo. La desigualdad se refleja en las relaciones sociales de una manera irritante. Hoy el hombre es hombre en todas partes, y en calidad de tal llama hermanos ante el tribunal de Dios y ante el tribunal de la razón á todos sus semejantes.

¿Es esto decir que hemos llegado á la última etapa? No seguramente, pero algunas hemos andado desde la inmovilidad de las primeras civilizaciones hasta la fecunda actividad de la europea, desde la vida nómada hasta la vida sedentaria, desde el geroglífico hasta la imprenta, desde el ara druidica hasta la catedral gótica, desde la fuerza hasta el derecho, desde las divisiones de razas hasta la fusión fraternal de nuestra especie en una sola idea, expresada por una sola palabra que se llama caridad en el lenguaje del cristianismo y humanidad en el lenguaje de la filosofía.

Platon, Aristóteles, los sábios y los políticos griegos no conocieron la palabra ni la idea. ¿Cómo había de comprenderlas la inteligencia, por superior que fuese, de unos hombres que degradaban á otros hombres para que les sirvieran de enseñanza, que se ensayaban en el asesinato, que excluían de sus utópicas repúblicas á clases enteras y que creían de buena fe que la esclavitud era una prescripción de la naturaleza? El cristianismo vino á disipar estas espesas nubes; luego fué un progreso el cristianismo. Ahora bien: ¿ha deducido el mundo todas las consecuencias de esta doctrina vivificadora? No por cierto. Por eso cada paso que se da en este sentido, cada línea que nos acercamos á esa fuente de verdad, cada evolución que de cualquier modo nos perfecciona, es un verdadero progreso.

No puede negarse que la política oscila actualmente entre cuatro ó cinco formas de gobierno como en el siglo de Alejandro. ¿Pero no ha variado en todas ellas la esencia de las instituciones? ¿Es hoy como entonces justicia sinónimo de legalidad y legalidad sinónimo de tiranía? ¿Se conoció jamás en aquellas florecientes repúblicas la igualdad del derecho, que es el basamento de nuestras sociedades civiles? ¿Hay quien haga intervenir la voz de la Divinidad para fines terrenales y transitorios? Guerras sangrientas, falta de fe en la palabra empeñada, el flujo y reflujo de los trastornos y de la opresión; rapiñas, inseguridad, desconcierto: hé aquí los caracteres culminantes de las teocracias, de las aristocracias, de las democracias, y de las monarquías antiguas. Esparta forma el Estado á espensas de la familia: Atenas tiene una ley de envidia denominada el ostracismo. Aristides, el ciudadano más justo, sufre esta pena cruel, más feliz, sin embargo, que Sócrates á quien se obliga á beber la cicuta por que sus contemporáneos eran demasiado corrompidos para apreciar la pureza de su doctrina. La libertad misma fué una mentira en Grecia como en Roma, comprada por Alcibiades unas veces, y amenazada otras por el puñal de Clodio. ¿Se parecen aquellas sangrientas discusiones del foro y del Campo de Marte á la sensata libertad moderna?

No queremos hablar de la idea moral. Manando esta entre nosotros como un purísimo efluvio de la justicia eterna, debía de ser allí también el reflejo fiel de las instituciones religiosas. Aquellos dioses sanguinarios, cuyos carros aplastaban en su marcha á millares de fanáticos; aquellos dioses vengativos y dominados por las pasiones más vulgares;

aquellos dioses lascivos que hasta exigían el sacrificio del pudor despues de escandalizar á la tierra desde el Olimpo, tenían que proclamar por el órgano interesado de las pitonisas, de las sibilas y de los augures, la depravación y la infamia. Bien colocadas estaban en sus templos la estatuas de las prostitutas y de los tiranos.

El espíritu de la civilización de Grecia se reasume en la ley lacedemonia que mandaba despeñar á los niños contrahechos. El sacrificio de lo justo, de lo bueno, de lo verdadero á una vana forma. El espíritu de la civilización romana á su vez se reasume en el derecho de Tiberio mandando violar á la hija de Sejano porque estaba prohibida la ejecución de las doncellas; el sacrificio de lo justo, de lo bueno, de lo verdadero á una legalidad sin justicia. Esto, digámoslo con orgullo, dista aun más en la idea que en el trascurso del tiempo de la civilización de nuestra era.

Para que el progreso fuera una vana ilusión sería indispensable que los pueblos y las civilizaciones desapareciesen hasta en sus recuerdos, precipitados en el abismo del olvido. Lejos de ser así, cada cual deja su pensamiento al que le sigue; este lo modifica, lo aumenta, le da su forma peculiar y lo trasmite. El cristianismo destruye por sus cimientos la sociedad pagana, pero los restos de ella injertados en el tronco setentrional, engendraron la edad media. El feudalismo legó al mundo la dignidad personal en su estado salvaje y la gestión lenta y laboriosa del municipio, crepúsculo de las instituciones representativas. El siglo XVI inició la reforma religiosa y vió aparecer un nuevo mundo y consolidarse las nacionalidades; el XVII, fué el apogeo de las artes y de la literatura, el XVIII á pesar de su escepticismo, creó el derecho penal y la economía política; el XIX lleva en su seno el germen de la libertad y del orden, dos grandes y nobles aspiraciones que con frecuencia han sido antitéticas, pero que están destinadas á unirse de una manera indisoluble.

Por efecto de esa trasmisión continuada, de ese depósito cuidadosamente conservado y afanosamente enriquecido, la generación actual sabe lo que sabían Pitágoras y Sócrates y Platon é Hipócrates y Séneca y Plinio, con más lo que ha recogido de las posteriores á estas celebridades y lo que le prepara la ciencia en sus importantes descubrimientos y aplicaciones. La naturaleza nada desperdicia, ni el polvo de los sepulcros. Unimos á nuestra razón y á nuestra experiencia la razón y la experiencia de los que nos han precedido, y vamos colocando guarismo sobre guarismo para formar una suma que ha de servir de sumando á nuestros hijos en la cuenta corriente del perfeccionamiento humano.

Esta proposición nos parece tan diáfana, tan demostrada por el raciocinio y por la historia, que nos cuesta trabajo comprender cómo se escapa á la penetración de Lamartine por una ofuscación de que debían estar exentas las altas capacidades.

¿Pero la desconoce en realidad? ¿Puede por ventura, abarcando la humanidad entera, señalar un límite fijo al progreso, cuya palabra coloca él mismo en el frontispicio del mundo, como el dedo del Criador se lo señaló al Océano, y decirle; filósofo ó profeta, ahí comenzará tu decadencia? Oigamos algunas bellas frases de las *Conversaciones* de literatura, impresas á la vuelta de la hoja en que se califica de sueño la perfectibilidad humana.

«Seguramente, esclama Lamartine, el mundo que tuvo un principio, llegará á fenecer por este hecho; pero nadie conoce su vejez en el pasado ni su longevidad en el porvenir, excepto aquel á quien consta de antemano el cómputo de las revoluciones del sol y el número de pulsaciones de la arteria humana.»

«No es esto proclamar el progreso indefinido confesando que nadie puede predecir su principio ni su término? ¿Ha osado por acaso ningun partidario de la doctrina que defendemos saltar el abismo que media entre lo infinito y lo finito, entre el Criador y la criatura? Llamamos indefinido á lo que no admite definición; ilimitado á lo que es incommensurable para el entendimiento humano, pero no ignoramos que por más que ascienda constantemente el hombre por la escala de la perfectibilidad, no alcanzará á la perfección absoluta. ¿A qué poner, sin

embargo, al lado de la palabra progreso la palabra decadencia, interpretando impiamente la voluntad divina y estableciendo una correlación absurda? El progreso se vé y se concibe además por la inteligencia pura: lo que no se vé ni se concibe es la decadencia, cuando esta idea se aplica como una ley de compensación inmutable. ¿Quién es capaz de afirmarlo despues de asegurar que encierra un misterio no revelado por Dios?»

Lamartine, impugnando la escuela pesimista y olvidando que la doctrina de esta se halla en el fondo de su propia negación, bate las alas de su genio, se cierne en el espacio como el águila, y esclama de este modo:

«Opinion acreditada es que la Europa siente los dolores del parto, pero nadie sabe cuál será el fruto; unos dicen prodigio, otros monstruo. Por nuestra parte distamos mucho de esta última hipótesis, pues en nuestro concepto la Europa está encarnada por el espíritu divino. La Europa pugna y sufre para producir la hija primogénita del espíritu humano, la razón; la razón con mayor incremento en las cosas divinas, la razón más explicada en las cosas humanas, la razón algo más asociada en la ley y en la política.»

Este y otros párrafos, contradicción flagrante de la negativa del progreso, son frescos y encantadores oasis en el camino de desaliento que Lamartine ha emprendido con una pertinacia desconsoladora. ¡Lástima grande que las frases que hemos copiado vuelvan á oscurecerse con la duda y el escepticismo que roen el corazón mas abierto antes á la fé y á la esperanza! Desde la Trapa, donde se ha enterrado en vida, arroja Lamartine sus rayos sobre nuestro pobre planeta, y ofrece en holocausto sus cenizas, no sabemos á qué Dios mal humorado y vengativo. La ciencia, polvo; la gloria, humo; el hombre dolor; la vida de aquí abajo, nada. Hasta la literatura, último refugio de su abatimiento, le arranca á veces una sonrisa de desprecio.

Y en esto es lógico Lamartine, porque declara á Job el único poeta, el único pensador, el único filósofo, despues de llamar á Homero simple narrador divino; á Virgilio académico consumado; á Horacio voluptuoso indolente; á Dante teólogo popular; y al Tasso, bardo de imaginación hechicera. Tiene razón Lamartine; si la humanidad es un gemido, un suplicio, una ruda faena sin objeto, una tendencia sin resultado, la mejor personificación de la humanidad es Job, y puede muy bien representar al mundo el muladar en que se revuelca.

AUGUSTO ULLOA.

#### AZÚGAR.

SU ORIGEN, PROGRESOS Y PRODUCCION EN ESPAÑA Y OTROS PAISES.

Tiempo hace que deseábamos ocuparnos con extensión del asunto que encabeza este artículo, especialmente en lo que se refiere á España. Hoy logramos nuestro intento, gracias á una luminosa Memoria que sobre este particular escribió D. Mariano Lafuente y Poyanos, y que yacia olvidada de nacionales y de extranjeros en la biblioteca de la Real Academia de la Historia. Pero nuestro trabajo sería incompleto, si hubiéramos de circunscribirnos á la Península y no siguiéramos paso á paso la historia del objeto que vá á ocuparnos para llegar por último á dar un cuadro general de su producción en todos los demás países. Fácilmente se comprende que para la última parte deberemos muy poco á la mencionada Memoria, puesto que solo alcanzó á principios del siglo actual.

Conocemos, pues, que la materia es estensa.

El azúcar del comercio es una sustancia cristalizada y dulce, preparada las más veces con el jugo de la caña de aquel nombre. La materia sacarina es una de las secreciones más comunes de los vegetales; pero entre todos ellos ha sido preferido siempre la caña de azúcar y subsidiariamente la remolacha, algunas clases de sicómoros y otras materias en las cuales solo se ha ensayado su obtención.

Para que pueda formarse una idea exacta respecto al artículo que nos ocupa, vamos á hacer una breve enumeración de las principales sustancias azucaradas conocidas.

La materia sacarina existe en los tres

reinos de la naturaleza. Hállase, en efecto, en los músculos de los cuadrúpedos, en los aceites ó grasa, en las secreciones animales, como también en varias sales é hidrosulfatos, en la esmeralda y el glucinio.

Hay muchos árboles cuya savia contiene azúcar, aunque no en estado de cristalización, y de los cuales puede obtenerse la cantidad suficiente para el uso del hombre; pero la proporción en que se encuentra no arroja un beneficio capaz de compensar los gastos de elaboración. El sicómoro y el álamo blanco, originarios de Bretaña; el arce que abunda en determinados parajes de la América del Norte, y otros individuos de la familia de las palmas, poseen una savia dulce que, cocida, da un azúcar sólida y viscosa. Las frutas de otros infinitos seres del reino vegetal, su estado de madurez, contienen materias azucaradas; entre ellas la que merece especial mención es la uva, que ha sido objeto de repetidos trabajos encaminados á obtener el azúcar cristalizada.

Desgraciadamente para algunos países, no han tenido éxito. En España se han hecho varios ensayos con el intento de aprovechar los miles de quintales de uva que cada año se perdían; pero á la vez que solo se obtuvo un azúcar de mala calidad, el excesivo costo de la manufactura no la permitía competir con la peor clase del azúcar de caña. En Francia se quiso también remediar con ella la pérdida del azúcar de las colonias, pero no se obtuvo un resultado más liasonjero.

Las raíces de muchas plantas, especialmente las constituidas por tubérculos carnosos, contienen materia sacarina en bastante abundancia. Una de las más importantes es la última especie de regaliz (Glicirhiza glabra) sobre la cual se han hecho varios ensayos. Margraf, químico prusiano, llamó particularmente la atención sobre este asunto, ocupándose también de otras muchas raíces carnosas, usadas como alimentos, principalmente de la remolacha roja y blanca. Sus trabajos fueron repetidos después por M. Achard á invitación del gobierno francés y estos y otros experimentos del mismo género produjeron la introducción en Francia de la elaboración del azúcar de la remolacha roja.

Estos apuntes preliminares manifiestan las diversas materias de que puede obtenerse el azúcar. Ninguna sin embargo, puede compararse con la caña de este nombre, tanto por lo que respecta á la economía de la elaboración como á la riqueza de materia sacarina que contiene. Es muy difícil que la misma azúcar de remolacha pueda competir con ella á pesar de la protección que la dispensan los gobiernos.

Pasemos ahora á investigar el origen de la caña de azúcar, sobre el cual se han escrito tantas memorias curiosísimas. Háse conjeturado que una palabra hebrea, usada en varios parajes del Antiguo Testamento, y que muchos han traducido por caña ó caña dulce, se refería á la caña de azúcar. Esta opinión no se halla generalmente adoptada. El doctór Moseley, en su tratado sobre el azúcar, la combatió estensamente, sustentando al mismo tiempo la idea de que existiera alguna conexión entre la palabra *shuker*, que significa bebida ardiente, y la caña de azúcar, y en nuestro concepto tanto este pasaje como los de tantos y tantos otros escritores de la antigüedad, no se refieren á la caña de azúcar de un modo particular.

En efecto, los escritores, tanto griegos como latinos que de esto se han ocupado, hablan sin duda, de otra cosa muy distinta de la caña de azúcar. Herodoto, que puede considerarse como el primero que haya hecho mención de ella, habla de una miel hecha por las manos de los hombres; Nearcho, almirante de Alejandro, cuenta que las cañas de la India daban miel sin abejas; Theophrasto describe tres especies de miel: la de las flores, la del aire (probablemente el maná) y la de las cañas, y habla de una caña que nacía en algunos sitios húmedos de Egipto, y hasta cuyas raíces eran dulces; pero es muy dudoso que existiesen realmente en Egipto. No haremos mención de los demás escritores griegos que hablaron de ella, pues probablemente todos, ó casi todos, copiaron á Theophrasto. Los escritores romanos no discrepan. Varron cuenta que en la India

se criaban cañas de cuyas raíces se extrae un licor dulce; y Dioscórides, que parece ser el primero que usó de la palabra *Sacharon*, dice de oídas que las cañas de la India espedían una miel que se cuajaba á manera de sal frágil, y que desleída en agua era saludable bebida para el estómago. Plinio concuerda con este en que el sacharon era una miel que se criaba en la Arabia, ó mas bien en la India, cuyo uso era solo para la medicina. Pomponio Mela y Strabon, creen que esta miel se destilaba de las hojas de la caña de Indias, y Solino «de las raíces de unas muy grandes cañas que nacían en los sitios pantanosos de aquellos países.» Lucano, describiendo los pueblos de la India Oriental en el libro III de su *Farsalia*, menciona á los que *bibunt tenera dulces ab arundine succos*. Por último, Séneca dice que se contaba había en la India una miel sobre las hojas de algunas plantas, y no se sabía si provenían del rocío del cielo ó si era un humor de la misma planta.

Bien se conoce que todos los escritores que acabamos de citar no hablan expresamente de la caña de azúcar sino de las bebidas que aun hoy día hacen los indios de raíces de varias plantas, como las hicieron los persas del Alumbú ó Tabaxir y los Arabes de su Alhuser ó Alhaser. Si los romanos, tan muelles y delicados que solo en aromas de Oriente gastaban muchos millones por mera ostentación, hubiesen llegado á conocer este artículo, indudablemente lo hubieran adquirido aunque fuese á peso de oro. Ciertamente si Caton, Varron y Columella hubieran conocido la caña, no hubieran dejado de tratar de ella en sus obras sobre agricultura, como lo hicieron con otras producciones menos importantes; pero Varron habla solo refiriéndose á la India, y Caton y Columella no la nombran siquiera, á pesar de que este último viajó por el Asia y estuvo en Siria y Cilicia. Estos hechos, ciertos y positivos, demuestran que la caña de azúcar no se conocía en tiempo de los romanos de la parte acá del Ganges, á pesar de todo lo que en contrario se diga, trayendo la vaguedad y contradicciones de aquellos escritores, uno de los cuales llegó á describir una roca de azúcar tan dulce como la miel y que afirmaba haber sido sacado del centro de la tierra.

El siglo VIII fué, sin duda, el en que la caña de azúcar saltó la barrera del Ganges. Los árabes, que á la sazón se habían apoderado de una parte de la India, la Persia, el Asia menor, el Africa y la España, y habían paseado sus banderas por el Mediterráneo y sus islas, á fines de dicho siglo, no parecían ya aquel pueblo que había quemado las bibliotecas de Ptolomeo y de Pergamo. Cultivaban las artes y las letras, y ejercían el comercio que estendieron hasta China y las Molucas. Ellos fueron quienes la aportaron de la India introduciéndola en Arabia y en Egipto á últimos de aquel siglo, como también en Sicilia y otras islas del Mediterráneo, durante el noveno y el décimo en las costas meridionales de España. Los árabes, no solo no trajeron la caña de azúcar de vuelta de sus expediciones á la India, sino que también trajeron el método de extraer el jugo de una manera bastante acomodada al arte, y conforme á las reglas que se seguían en Oriente, traduciendo á su idioma una obra escrita en indio con el título de *Ketab-al-Sokkar*, mencionada por Leon Pinelo en su *Biblioteca oriental*, cuya ciencia cultivaron después el sábio árabe sevillano Abu-Zacaria-Jahia, y entre otros Abu-el-Jahir, sevillano también, y Abu-Hajaj, granadino, que escribieron en el siglo XI.

Nada está más lejos de la opinión que atribuye á los cruzados la introducción en Europa de la materia que nos ocupa. Al emprenderse aquellas memorables invasiones contra el Oriente, se exportaba ya el azúcar de Alejandría y varias ciudades de Levante por los venecianos, los comerciantes de Amalfi y otros que se hallaban en relaciones con aquella capital. El doctor Mosseley, apoyándose en la autoridad del historiador del comercio de Venecia, supone que en 991 era el azúcar un artículo de importación en dicho punto. No sabemos precisamente la época en que principió á elaborarse el azúcar en Sicilia, pero es lo cierto que ya en 1166 se hallaba establecida esta industria, pues según el dicho del jesuita

Lafitan, Guillermo II de Sicilia cedió en aquel año al monasterio de San Benito un molino para la obtención de ella, y hasta algunos historiadores venecianos refieren que por aquellos tiempos exportaba la Sicilia este artículo á más bajo precio que el Egipto.

Así es que cuando los cruzados llegaron al Asia menor, se encontraron la caña de azúcar en aquellas regiones, y bastante desarrollado su comercio y cultivo. Alberto Aguenis, historiador y guerrero, cuenta que cuando en 1108 llegaron á Trípoli, «hallaron en los campos inmediatos unas raíces llamadas *zucra*, tan dulces como la miel, que se cultivaban todos los años con grande esmero para sacar el jugo cuando llegaba la época de su madurez, machacando las raíces y colocando en vasos el líquido obtenido hasta que se concentraba en forma de copos de nieve ó de sal blanca por la acción del fuego.»

Es muy difícil trazar la marcha que ha seguido la introducción de la caña de azúcar en las islas del Mediterráneo. Bástenos decir, á más de lo que arriba dejamos apuntado, que en 1306 se obtenía ya en Chipre, Arinórca, Rodas, Malta, Sicilia y otras posesiones de los cristianos.

Pero vengamos á nuestra España, que tiempo es ya de aprovecharnos del erudito trabajo que mencionamos al comienzo de este artículo. Aparte la gratuita suposición de García de la Peña, historiador de Málaga, que sin fundamento ninguno en que apoyarse, cree se debe á los godos la introducción de la caña de azúcar en nuestra Península, parece lo más probable que los árabes la plantaron primero en Valencia y Murcia y después en Granada.

Los pocos escritos de los árabes, que á pesar de la preocupación y descuido han legado á nuestros días, acreditan que llevaron el cultivo de la caña al perfeccionamiento de que es susceptible, hasta el punto de que nada han hallado que rectificar los modernos agricultores.

Aquellos pasajeros, habitantes de nuestra España, en la cual tantos recuerdos dejaron de sus costumbres y su industria, que poseyeron un código de agricultura, en la cual recopilaron todo lo mejor que se había escrito, que enseñaron el arte de aprovechar las aguas de una manera que todavía se admira en las vegas de Granada, Valencia y Murcia, y que aclimataron en nuestro suelo el arroz, algodón, la seda, y otras producciones, dedicaron tan especial cuidado al cultivo de la caña, que ni los últimos adelantos de la agricultura han tenido que añadir nada al método por ellos enseñado. Cierto que no tuvieron tan buen éxito en la extracción y fabricación de la caña de azúcar, hasta llegar á purificar el jugo y cristalizarlo de la manera que hoy vemos, pero las ciencias no habían venido á poder prestar los grandes recursos que ha levantado la industria á tan alto grado: así es que los ingenios que dejaron en nuestra costa de Andalucía y Valencia, organizados ya en el siglo XII, no han sufrido variación alguna, hasta que vino á turbar su reposo la revolución introducida por la Mecánica y la Química en todas las artes industriales. No obstante, la llevaron á un grado de perfección bastante adelantado. Los castellanos, que poblaron la parte de Valencia abandonada por los moriscos, nada adelantaron en el ramo á pesar de esto, y el maestro Medina que escribió sus *Grandezas de España* á mitad del siglo XVI, y otros escritores que le precedieron, celebran el azúcar de Gandia, Castellon, Vallidigna y otros pueblos de la costa de Valencia. Escolano, que escribió su historia de Valencia en 1610, dice que el azúcar de aquel reino se dejaba muy atrás al blanco y fino que por la vía de Venecia llegaba de Alejandría y otros puntos de Africa, y Mendez de Silva, que floreció en 1644, añade que Gandia daba el más fino azúcar del orbe.

No es posible señalar ni aun aproximadamente la producción del azúcar durante aquellos tiempos. Solo se sabe que hacían un regular comercio por los puertos de la costa del Mediterráneo, Málaga y Almería, elaborando á más con él dulces y condimentos que todavía usan los habitantes de las costas de Granada allá por Pascua y vísperas de San Juan, como uno de los requisitos indispensables para sus fiestas, y que acreditan su extravagante gusto.

Llegaron los últimos años del XV, con ellos la conquista del reino de Granada, y como una consecuencia lógica la despoblación de aquel país, cuyos lugares desiertos se distribuyeron entre los capitales que habían ayudado á los Reyes Católicos en su empresa. De aquí se originó la decadencia de las artes y la pérdida de los conocimientos que atesoraban los ingenios árabes. No obstante, los castellanos que se establecieron en el reino de Granada, se dedicaron al cultivo de la caña de azúcar con tan buen éxito, que dos años después de la conquista salieron veinte agricultores, peritos en la materia, destinados á propagar aquel ramo en el Nuevo Mundo á la sazón descubierto. Los moriscos que quedaron en la costa fueron sin duda los que les instruyeron y continuaron principalmente el cultivo de la caña, sin que esta industria llamara la atención de los Reyes Católicos de la manera que lo fueron otras, hasta que por consecuencia de la expulsión llevada á cabo en 1571 quedaron 400 pueblos enteramente abandonados, y la industria relegada á cuatro ó cinco puntos de la costa que por su posición especial se salvaron de la comun ruina. Tratose de remediar el mal arrendando los pueblos, pero al año quedaron yermos los campos, destruidos los montes y destrozadas las acequias de regadío que con tanto esmero habían construido los moriscos.

Mientras Granada sufría las consecuencias de estos desaciertos y de los cometidos en la repoblación tan disparatadamente llevada á cabo en 1578, disfrutaban de mejor suerte los reinos de Valencia y Murcia, cuyos habitantes habían sido tratados con ménos aspereza. Continuaron la fabricación en el siglo XVI, en cuyo tiempo, dice el maestro Medina, se hallaba por muy averiguada cuenta de diezmos que la tierra de Gandia y Oliva daba anualmente de provecho 300.000 libras de azúcar, y hasta mediados del siglo XVII se hizo un gran tráfico en este artículo; pero resuelta por Felipe III la general expulsión de los moriscos, vinieron á quedar sus fábricas en parecido estado al triste que alcanzaban las del reino granadino.

Afortunadamente llevóse á cabo la repoblación bajo mejores bases, y en poco tiempo llegó casi á desconocerse la falta de brazos. Reanimáronse las fábricas y á su ejemplo cobraron nueva vida las de Granada, á pesar de la inmensa cantidad de azúcar que principió á venir de América. Pero al fin la concurrencia hizo bajar el precio, y sólo cuando las guerras que por aquellos tiempos eran tan frecuentes como ruinosas venían á interceptar nuestro comercio con el Nuevo Mundo podían los labradores reponerse de sus pérdidas. Cuentan testigos fidedignos que sólo un año de guerra bastaba para resarcir las pérdidas habidas en tres ó cuatro años.

La marcha política de los reyes de la casa de Austria y las necesidades de los validos que manejaban al afeminado Felipe IV, contribuyeron, sobre todo, á empobrecer el país. El azúcar que desde el tiempo de los Reyes Católicos no tenía más cargas que el diezmo y la alcabala, es decir, un 20 por 100, la última de las cuales no se pagaba en algunos pueblos de la costa por la primera venta en virtud de privilegio de los mismos reyes, se recargó notablemente en tiempo de Felipe IV. Fatigado ya el país con tantas exacciones, se resistía á otorgar dos millones y medio de ducados que se pidieron á las Cortes en 1632; pero al fin cedió, y no habiendo sobre qué imponerlos se cargaron entre otros artículos al azúcar que lo fué con un 12 por 100 de su valor. Posteriormente se impusieron 4 unos por 100, el 1.º en 1639, el 2.º en 1642, el 3.º en 1656 y el 4.º en 1663 que se agregaron á la alcabala, resultando de este modo gravada en un 36 por 100; es decir, algo más del tercio de su valor. A más de esto se dió una instrucción para el cobro en que se sujetaba á los labradores á vejaciones sin cuento, á más del derecho de millones que ascendió en su origen al 7 por 100.

Carlos II rebajó estos derechos á 4 1/2 reales; pero la guerra de sucesión empeñada á su muerte, hizo necesarios nuevos sacrificios, subiendo en 1722 á 10 reales en arroba y siete años después hasta 14, llegando á su maximum en 1745 en que ascendían á 21 rs.

Con el reinado de Fernando VI se pre-

sentó una nueva era para esta industria. Ya en el anterior reinado había escrito el Sr. Ustariz una excelente obra sobre la materia, lamentándose de la falta de protección y abandono en que se hallaba; así es que apenas imperó la paz en el reino, miró al gobierno benévolamente, y en 1747, y después en 1756 se rebajaron sucesivamente los derechos, primero á 14 y después á 7 rs. en arroba. No se satisfizo con esto el buen deseo del marqués de la Ensenada, pues tratando de mejorar la fabricación encargó á la junta de comercio y moneda el cuidado de las fábricas, y que diese por su parte las providencias oportunas para su arreglo y reparación. Hizo el mal hado que les entrara á los encargados una especie de furor reglamentario, y creyendo redimir con esto á la industria azucarera de sus angustias, dieron en 1748 una ordenanza técnica para los ingenios, que con sus infinitos absurdos hubiera acabado de destruirlo si los cosecheros la hubiesen observado. No lo hicieron así guiados por el sentido común, y la industria se salvó de aquel nuevo é inesperado peligro.

En tiempo de Carlos III se concedió una decidida protección al azúcar. En 1780 se le declaró libre de puerto á puerto y en el interior del reino, como lo estaba el de América, y se concedió á los cosecheros la exención de toda clase de derechos en los dos primeros años que hiciesen plantaciones, rebajándose la mitad de derechos de pié de fábrica.

A pesar de esto estas decayeron notablemente, sin duda por el mal método que se seguía en la fabricación, y que imposibilitaban competir con las de América. En pocos años desaparecieron doce ingenios, cuyo número se había aumentado hasta 30 desde 1647 en que solo había quedado la mitad de los 14 que existían en 1545. Desde entonces ha venido decayendo de día en día la industria, y hoy solo existen dos ingenios y una fábrica montada con aparatos modernos que se ha establecido recientemente en Almuñécar.

Sería causar á nuestros lectores y hacer interminable este artículo, que ya lleva visos de ello, entrar en el examen de las conjeturas y confusas noticias que poseemos respecto á la introducción del cultivo y elaboración del azúcar en las islas del Océano atlántico y en el hemisferio occidental, ó repetir las igualmente oscuras y con frecuencia contradictorias teorías de los escritores que han tratado la cuestión de si la caña de azúcar es ó no indígena del Nuevo-Mundo. Es indudable que en 1420 la llevaron los portugueses á la isla de la Madera, y que en el mismo siglo la introdujeron nuestros compatriotas en Canarias, como también la llevaron al Nuevo-Mundo al hacer Colon su segundo viaje. Dado caso de que fuese cierta su existencia en aquel continente en la época del descubrimiento, no lo es menos que Colon la llevase, y con él, según hemos dicho, 20 cultivadores inteligentes que fueron á difundir la manera de explotar un artículo que después ha llegado á constituir uno de los principales ramos de riqueza.

El gobierno español concedió desde luego una decidida protección á aquella industria. Desde principios del siglo xvi se tomó la providencia de prestar 500 pesos al que levantara un ingenio en Santo Domingo, y como era natural fueron tantos los que se hicieron en poco tiempo, que el emperador Carlos V viendo que la saca era mucha, dice Herrera, y los derechos crecían, los aplicó á la fabricación de los palacios de Madrid y Toledo, aplicación que debió verificarse más adelante, cuando venía ya azúcar del continente y de las demás islas.

Desde entonces ha venido aumentando prodigiosamente el número de fábricas.

En 1518 existían en Santo Domingo 28 ingenios establecidos por los españoles. Pedro Martir, que hace mención de ellos, describe con cierta fruición la extraordinaria recolección de la caña en esta isla, que durante un largo período proveyó casi totalmente de azúcar á la Europa.

Anderson, en su historia del comercio de Antwerp, compilada por Guicciardini, cuenta que en 1560 dicha ciudad recibía azúcar de la que España poseía en las Canarias, así como de Portugal que á su vez la sacaba de Santo Tomás, de

las Isla de la Madera y otras del litoral de Africa.

Dicho artículo se fabricaba en la citada Isla de Santo Tomás mucho antes que en América; en 1610 existían 61 fábricas de azúcar portuguesas que fueron después destruidas por los holandeses. Cinco años más tarde se cargaban 40 buques anualmente con azúcar de esta Isla para cuya producción existían en ella 60 ingenios, en cada uno de los que empleaban 200 ó 300 esclavos.

Cualquiera que haya sido la época exacta en que apareciesen las primeras manufacturas inglesas de azúcar en las Barbadas, Anderson establece que en 1627, y aun muchos años después, los portugueses abastecían á casi toda Europa con sus azúcares del Brasil. En 1650 los colonos ingleses de las Barbadas dieron un considerable desarrollo á la producción del azúcar, después que obtuvieron del Brasil en un período de cinco años un exacto conocimiento respecto al cultivo y procedimientos para su extracción. En 1670 declinaba el comercio portugués. «Casi hemos vencido, dice Child, sus azúcares Mascabado y Paneal, habiéndolos arrojado enteramente de Inglaterra: en todos los reinos de Europa hemos hecho bajar el precio de su azúcar blanca desde 7 y 8 libras esterlinas el quintal hasta 50 schelings ó 3 libras. Igualmente hemos disminuido su cantidad; pues mientras antes las flotas del Brasil conducían 100 y 120.000 cajas de azúcar, estas se han reducido á 30.000 próximamente desde el gran incremento de las Barbadas.» En 1676 el comercio de azúcar en las Barbadas llegó á su máximo, empleándose en él 400 buques de 150 toneladas.

Estas son las noticias que en compendio podemos dar respecto al origen y propagación del azúcar. Vamos ahora á presentar algunas acerca de su producción para que se vea la importancia que tiene en el comercio del mundo.

Antes del descubrimiento de América el uso del azúcar era de un lujo costoso. Margarita Paston escribiendo en 1459 á su marido, caballero y propietario de Norfolk, le pedía que para complacerla le comprase una libra de azúcar. Su industria había ido decayendo con el poderío de los árabes; las plantaciones que se hicieron, según dejamos apuntado, en Sicilia, Palermo y otros puntos del Mediterráneo, desaparecieron casi por completo y el cultivo de la caña quedó circunscrito en su mayor parte á España.

Ya hemos dado noticias suficientes para que quedan nuestros lectores hacerse cargo de las vicisitudes que ha pasado en España; ahora vamos á dar algunos sobre su producción.

El país azucarero del reino de Granada se extiende por toda la costa desde Velez-Málaga á Adra, comprendiendo el término de 18 pueblos, con 50.000 marjales de plantación. De estos no lo están todos. En 1514 se hallaban plantados solo 15.000 que en 1647 quedaron reducidos á 8.000, los cuales dieron 44.000 pilones de azúcar. En 1714 se regulaba la renta de este ramo en 41.000 pesos, 25 que pertenecían á la renta de millones, 12 á la alcabala y cientos y 4 á la corona por la parte que del diezmo se le adjudicaba. Por entonces se regula que las fábricas á la sazón existentes podían dar 500.000 arrobas de azúcar.

A pesar de que en el siglo actual se han hecho algunos esfuerzos introduciendo la caña americana y estableciendo una fábrica montada con buenos aparatos, esta industria no ha adelantado nada. En 1845 se plantaron 9.700 marjales en toda la costa, cada uno de los cuales dá 20 arrobas: es decir, que se obtuvo un producto total de 194.000 arrobas.

El producto bruto del azúcar se evalúa de 42 á 48 millones de quintales, correspondientes á América de 23 á 25, á Asia de 10 á 12, á Africa de 4 á 5, á Austria de 1 á 1 1/2, y á Europa de 4 á 4 1/2.

Para que se pueda formar una idea por lo ménos aproximada de la producción, vamos á reasumirla en el siguiente estado:

Países.	Años.	Quintales.
Estados-Unidos...	1840	119.995
	1850	247.300
	1853	545.000
Cuba.....	1844	2.600.000
	1850	6.850.000

Puerto-Rico.....	1840	550.000
	1852	1.017.000
Brasil.....	1840	1.100.000
	1854	2.333.000
Antillas francesas..	1840	1.430.000
	1850	536.000 (?)
Id. dinamarquesas..	"	250.000
Id. inglesas.....	1854	4.000.000
Méjico, Haiti, América Central.....	1854	2.000.000
India inglesa.....	"	5.200.000
Id. holandesa.....	1852	58.000
	1850	1.025.000
Otras posesiones holandesas en Asia	de 3 á 4	4.000.000
Isla Mauricio.....	1826	144.000
	1851	620.000

Asia envía á Europa las tres cuartas partes de su producto: la India inglesa, la quinta parte: las posesiones holandesas más de la tercera: Cuba la mitad. Casi todos los demás países nos envían también sus productos.

Tenemos que concluir, pero no dejaremos la pluma sin llamar la atención sobre esta industria en España, que si se la impulsara, tanto en Valencia como en Andalucía, no es aventurado asegurar que daría inmensos resultados, capaces de abastecer casi por completo á la Península.

WALDO GIMENEZ ROMERA.

CALAMIDADES PÚBLICAS.

LA CRIADA NOVICIA.

¿Que es una criada? Una criada es una cosa que no se define, que no puede definirse, como se definen, por ejemplo, el colera-morbo, la langosta, los terremotos, los aprendices de violin y otras plagas que afligen á la sociedad: porque la criada es la calamidad de las calamidades, es una calamidad infinita, como la nariz de que habla Quevedo, una calamidad no transitoria como las mencionadas, sino que pesa eternamente sobre el individuo con casa abierta; que le sisa, le burla, le miente, le cocea, le aspa, le zarandea y le descuartiza de mil maneras diversas y á veces ingeniosas, y que hasta tiene la osadía de pedir á la víctima dinero encima.

Hé ahí, lector amigo, y perdona la llaneza del tratamiento, en gracia de las noticias que recibes, si por ventura ó desdicha las necesitas,—hé ahí, repito, una idea, aunque muy imperfecta, de la calamidad de que se trata; porque dígame otra vez que la criada no es objeto que definirse pueda.

Los estragos son sinnúmero, como las estrellas; y lo peor del caso es, que todos nuestros esfuerzos para conjurarlos son vanos, y que continuaremos sufriendolos hasta que un nuevo Franklin invente un para-criadas, como el célebre americano inventó el para-rayos. La civilización cuenta el vapor, la telegrafía, la imprenta, los ferro-carriles, la fotografía y otras bagatelas semejantes, entre lo que se ha dado en llamar prodigios: pero todo eso es producto de observaciones, de cálculos y de esperiencias más ó menos fundadas, más ó menos lógicas... nada, en suma. El gran problema, esto es, el para-criadas, no se resuelve, permanece siempre envuelto en las tinieblas de lo desconocido; es la desesperación de la lógica, de la esperiencia, de la observación y del cálculo: es la cuadratura, la piedra filosofal de la felicidad doméstica.

Limitaremos por hoy á hablar de la criada novicia, de la que empieza á servir, del recluta, digámoslo así, del regimiento.

El preocupado jefe de familia que necesita una persona que le sirva, tiembla de piés á cabeza desde que la criada pisa el umbral de su puerta; porque se le figura que ve una estrella con rabo, y sabido es que las estrellas con rabo son siempre para los astrónomos de escalera abajo seguros precursores de desgracias sin cuento. ¡La criada! ¡Que horrible perspectiva de refunfuños, de reprimendas, de desconfianzas, de cataclismos domésticos de todas clases!

—¿Qué sabe V. hacer? la pregunta el ama mirándola de arriba abajo con una penetrante mirada, y procurando escudriñar hasta los más recónditos plegues de aquel misterio ambulante.

—Diré á V. no digamos que respondo de la criada—pero como he servido poco... vamos al decir... Sé poner un gui-

sado, un cocido, estrellar un par de huevos, mondar patatas...

—Y de planchado que tal?  
—No siendo muy fino!  
—¿Cose V?  
—Zurzo medias... así... así remiendo á puntada larga una sábana...

¿Qué más habilidades sabe V?  
La fámula que acaba de venir de la tierra y se halla en el estado salvaje, abre una boca y unos ojos descomunales, al oír la palabra habilidades, que más adelante pronunciará albedades, y suele contestar:

—Cómo regularmente: con tres libras de pan al día, casi tengo bastante.

El ama exhala un profundo suspiro. El amo se estremece contemplando la sangre fría con que aquel monstruo, aquella especie de ogro acentúa el voráz casi, y se horripila al considerar las proporciones alarmantes que en su casa va á adquirir la cuestión de subsistencias.

—Bien; ¿y qué salario...?  
—No habiendo niños, cuarenta reales al mes.

El pobre amo recibe cuarenta tijeretazos en su tísico bolsillo. ¡Cuarenta reales! ¡Y come la friolera de tres libras de pan al día! ¡Cuando él esperaba verse servido de rodillas por veinticinco, por veintiocho, por treinta reales á lo sumo! ¡Cuando hasta se había formado la ilusión de que encontraría tal vez una moza que supiese afeitár, para suprimir el renglon de la barba!

Afortunadamente recuerda que se está elaborando pan de patatas, y aun funda esperanzas económicas en la eventualidad de un atracon, de un cólico cerrado.

La señora prosigue impertérrita en su interrogatorio, porque ya le es preciso resolverse al sacrificio. ¡Lleva una semana barriendo, fregando pegada como un molusco al fogen, del cual, sin embargo, tiene que desprenderse cien veces, obligada por los demas quehaceres de la casa.

Después de una granizada de preguntas y respuestas, viene á sacar en limpio:

Que la pretendiente apenas sabe hacer unas sopas de ajo;

Que de planchado sabe lo bastante para quemar la ropa blanca y convertirla en un guiñapo, con la fuerza de sus puños, ó por la torpeza de sus manos;

Que piensa tres libras de pan al día, con el aditamento de un casi aterrador, espeluznante;

Que la costará cuarenta reales al mes, gracias á la falta de prole;

Que la abona el tuerto que vende sardinas, botones é incienso al lado de la casa, persona de arraigo y digna de las mayores consideraciones, como que tiene puesto de aguardiente y rosquillas fuera del portillo de Embajadores, y ha sido capataz de presidios;

Que no tiene otro traje que el que lleva encima, el cual consiste en un jubon de paño de color, de vino, á manera de casaca de mona de piamontés, saya de estameña parda bastante traída, y zapatos, con honores de zuecos, bastante llevados, por cuyo motivo insinúa á su futura señora que para poder acompañarla cuando sea necesario, habrá que adelantarla algunos maravedises.

Agréguese á lo dicho la figura de la moza, mascarón que parece arrancado del Cuadro de los borrachos que existe en el Museo, la cual es rechoncha, bigotuda, cegijunta, achaparrada, moletuda, desgarradota, con unos ojos como castañas; agréguese unas manos formidables, provistas de uñas gaviñanescas, unos brazos ásperos y cerdosos, cuyo cúrtis es de color de salchicha ó almazarron; una cabeza vaciada en el molde mismo que muchas cabezas de criadas madrileñas, procedentes en su mayor parte de las fábricas de las montañas de Asturias y de Galicia; una cabellera que podrá ser cabellera, pero que es cama de gatos, por lo espeluznada y borrascosa; y, finalmente, un acento entre canino y humano, y veáse si no es una ganga la tal doncella.

El ama la acepta, como acepta el reo de muerte el auxilio del verdugo que le sostiene en el camino del suplicio cuando vacila; como el que acepta en sus apuros el préstamo del usurero, cuya filantropía es una especie de cachetero que remata al infeliz á quien la necesidad ha capeado, picado, banderilleado, y estoqueado en largos días de desgracia y de privaciones. Sin embargo, nunca deja de hacer

para su pañuelo estas ú otras reflexiones análogas:

Quizá sea un diamante en bruto;  
¡Si no tuviese novio!  
Tal vez sea fiel;  
Parece algo parada; no obstante; la desasnaremos, la quitaremos el pelo de la dehesa;  
Su traza es de humilde y buenota;  
¡Y no es fea del todo! Haciendo que se lave y se peine... poniéndose otro vestido...

El amo piensa en el bigote de la fámula, cuyo barbero teme ser con el tiempo, si aquel toma vuelo.  
En los dos primeros meses el ama añade al catálogo de sus observaciones, los apuntes siguientes:

Me he llevado chasco;  
No tarda en los recados;  
Es más lista de lo que yo creía;  
Solo ha roto un plato;  
Come dos libras de pan;  
No es respondona;  
Limpia las botas al amo;  
Madrugaba;  
La gusta asearse;  
Se va desasturianizando.

Pero llega el mes terrible, el mes de las transformaciones, el mes de prueba, el cuarto mes, en fin! Y todas las esperanzas, de verdes que eran, se vuelven negras, y todas las ilusiones se disipan, y tristes desengaños demuestran una vez más que la criada novicia es la calamidad mayor de nuestros días.

Anunciaremos una de las causas, la principal acaso de la profunda metamorfosis que se verifica en la criada novicia en el término que dejamos indicado.

La criada novicia, es decir, recién llegada de la tierra, suele venir, como hemos visto, poco menos que en pelote. En los tres primeros meses ha podido comprarse unos zapatos, un cofre de lance, un pañuelo de abrigo á cuadros de colores agresivos, un vestido de indiana barato, un par de sortijas de plomo, unos pendientes de similar, un collar de perlas... de cristal de color de leche, una peña de cuerno y una camisa de lienzo comun. El salario regularmente no da para tanto; pero el ama ha notado que la criada sisa en la compra, se peina con sus peines, se suaviza el pelo con su pomada, se lo arregla con sus horquillas, se prende con sus alfileres, se cose con sus agujas y con su hilo, se lava con su jabon, se remienda con los retazos de tela que inocentemente escamotea en el canastillo de la costura, y se pone las medias y las camisas que el ama deja en el saco de la ropa súcia hasta que se la lleve la lavandera.

Vemos, pues, que la criada está en el camino del poder, que prospera, que se aristocratiza y que, como es natural, alimenta grandes aspiraciones. La crisálida mariposa. Desvanécela el humo de sus primeros triunfos, como á ciertos escritores, que se esponjan á manera de pavos reales, al ruido de los aplausos con que el público acoge una pobre comedia bien representada por Romea ó por Arjona, ó al lisonjero pláceme de la gaceta ligera ó de los artículos apologeticos de los amigos íntimos.

La criada que ya tiene baul, que es propietaria, quiere que la den cincuenta reales! Lo quiere, pero no lo dice; y solo el ojo práctico de una buena ama de casa conoce el mal de que aquella adolece, por síntomas que á otras menos sagaces se ocultan completamente.

La doméstica se ha hecho mentirosa; El viento, antes manso y honrado, se suele llevar camisas ó pañuelos tendidos en el balcon; de viento cortés y de orden, se ha convertido en viento rudo y comunista;

Dice que va á misa los domingos y fiestas de guardar, y va á hablar con el novio;

Tiene dos hermanos y cuatro primos en Madrid, recientemente descubiertos; Es la vida eterna para las faenas de la casa;

Así que oscurece empieza á dar cabezadas, se duerme como una marmota; Es tan chismosa y cuentera, que siempre anda con que si la vecina dijo esto, y el vecino lo de más allá;

Es gruñona, dicharachera, amiga de curiosar y meterse donde no la llaman; No limpia las botas al amo;

Vuelve de la compra monedas falsas ó morriñosas;

Se pasa largos ratos contemplándose al espejo y asomada al balcon;

Se hace la sorda cuando se la llama; Todos los días rompe alguna cosa; hoy es un vaso, mañana una cazuela, una vez una vidriera, otra un barreño;

Inventa mil patrañas para salir de bureo; ya finge que se la han olvidado los postres; ya que se ha dejado el pañuelo de la mano encima del mostrador de la tienda inmediata; ó bien que la ha escrito su padre, y que tiene que ir á casa del memorialista para que conteste;

Responde con malos modos; No espuma la olla, y deja que salgan la carne cruda, tieso el tocino, los garbanzos como balas y ahumado el chocolate;

Permite que la sillería esté llena de polvo, el fogon sin fregar, el piso por barrer, la escalera hecha un lodazal... y no se le cae el alma á los pies;

Ha tomado alas; Levanta el gallo;

Se sube á las barbas; Por último, se ha vuelto golosa como una gata; el ama, aunque nada la dice, la ha sorprendido rebañando con los dedos la chocolatera, sacando carne del guisado, ó lamiendo el perol de las natillas;

¡Quiere cincuenta reales! Ahí tienen Vds. descifrado el enigma.

Si las indirectas que preceden, y que son otras tantas avanzadas de sus maquiavélicos propósitos, no surten el efecto que apetece, la criada repite á menudo que una paisana suya que sirve á dos viejos y que, por consiguiente, apenas trabaja, gana sesenta reales; que la niña de enfrente, cuyas obligaciones se reducen á cuidar de los chicos, recibe un salario de cuarenta; que el inquilino de la derecha, viudo y sin hijos, paga cincuenta á su criada, con facultades de ama de llaves, y que continuamente la está regalando pañuelos de crespon y vestidos de lana.

Si aun así no da fuego el arma, la doméstica principia á hacer diligencias para mudar de casa, y por más que se la haya pagado exacta y puntualmente el salario; por más que se la haya tratado con indulgencia y miramiento; por más que, en una palabra, se la haya enseñado el gobierno de la casa con todo el esmero é interés posibles, estad seguros de que con un solo real de aumento mensual en otra parte, ideará medio de romper completamente las hostilidades y os dejará con un palmo de narices, despues de haberos desesperado, mal servido y saqueado.

¡Quería cincuenta reales! Pero no atribuirá á ese motivo su salida, sino que dirá por ejemplo:

—Me salí porque no me pagaban;

Porque me tenían hambrienta;

Porque me maltrataban de palabra y de hecho;

Porque habia tanto trabajo, que ni aun tiempo me quedaba para descansar;

Una sola cosa diremos en abono de las criadas en general, y es: que, desgraciadamente, en ocasiones, tienen muchísima razon, porque hay amos tan salvajes como ellas.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

#### NECROLOGÍA.

DON MANUEL JOSÉ QUINTANA.

De entre nosotros acaba de desaparecer otro varón ilustré perteneciente á la generacion vigorosa, de quien aprendimos á amar la patria y á defender la libertad, sin economizar sacrificios. Don Manuel José Quintana, nacido en Madrid el 11 de Abril de 1772 y bautizado en la parroquia de San Ginés; coronado por manos de S. M. la reina doña Isabel II en la solemnidad nacional celebrada el 25 de Marzo de 1855; aplaudido en todos los ámbitos del orbe, donde se rinde culto á las Musas, ha espirado á las siete de la mañana del día 11 del mes de Marzo.

Ya el día de su santo se hubo de privar de la satisfaccion que experimentaba en recibir á sus numerosos amigos, necesitando guardar cama, y desde entonces se puede decir que no volvió á levantar cabeza; lo avanzado de sus años y lo cruel del último invierno le postraron del todo y pusieron término á su vida honrosa.

Con decir que pasó en Córdoba su niñez endeble, y cursó jurisprudencia en Salamanca, y desempeñó su primer destino en la Junta de Comercio y Moneda, y fué secretario de la Junta Central, crea-

da para dar unidad á los esfuerzos de los españoles contra el dominador de Europa, y trabajó en Cádiz sin reposo por la independencia y la libertad de nuestra patria, y despues del triunfo no alcanzó otro premio que el del martirio en la ciudadela de Pamplona, y al asomar la nueva aurora de libertad en 1820 promovió ardorosamente la enseñanza en la Direccion general de estudios, y tres años más tarde se hubo de refugiar á un rincón de Extremadura, suelo nativo de su padre, para evitar persecuciones, y desde la inauguracion del reinado de doña Isabel II le han venerado todos los partidos, haciéndole unos ayo de la reina, otros vice-presidente del Consejo de instruccion pública y miembro del Senado, y condecorándole con la gran cruz de Carlos III, se da á conocer al hombre notable, al liberal consecuente, mas no al escritor ilustré, al poeta magno, al patriarca de la literatura española, palma que no le puede disputar nadie.

Sus poesias debieran estar grabadas en letras de oro; volvedlas á ver una á una; allí encontraréis que se estasia ante el canto y la danza, ó rinde culto á la hermosura, ó se alborza en un convite de amigos, ó se despide de la juventud con melancólico tono; pero no se ocultará que el patriotismo es el que habitualmente inflama su númen escelso, y anima su voz poderosa, y le hace pulsar con entusiasmo la áurea lira y no desfallecer en la heróica empresa de restaurar á la nacion, grande en otros tiempos, y abatida hasta el oprobio á fines del siglo pasado y á principios del presente. Abrid la coleccion de las obras completas de Quintana, impresas el año de 1852 por el laborioso y entendido Rivadeneira, y en la primera página hallareis la magnífica oda á Juan de Padilla, donde por boca de este héroe sin ventura, escita á sus compatriotas á sacudir el letargo en que yacen sumidos, ora dándoles en ojos con su afrenta, ora impulsando su bizarría á seguir el sendero de la virtud, el valor y la patria. Continúa y le vereis tronar contra la guerra en su oda á la Paz entre España y Francia en 1795; y encomiar á Balmes por su humanitaria expedicion á América para introducir allí la vacuna; y ensalzar el mayor vehículo de la civilizacion del mundo en su imponderable oda á la Invenccion de la imprenta; y rendir tributo de admiracion á Guzman el Bueno; y gemir por los que sucumbieron en Trafalgar y conquistaron tanta gloria, aunque les fué adversa la fortuna; y augurar felicidades de resultados de la elevacion de Jovellanos al ministerio de Gracia y Justicia; y trazar en su precioso poema del Panteon del Escorial el origen y la intensidad de nuestras desdichas; y recordar en su tragedia del Pelayo que son incontrastables el valor y la constancia de un pueblo para reconquistar su independencia; y sobre todo arde en amor pátrio ante el Armamento de las provincias españolas contra los franceses y producir estrofas como esta:

«Génios que acompañais á la victoria, volad y aperebid en vuestras manos lauros de Salamina y de Plata, que crecen cuando lloran los tiranos. De ellos ceñido el vencedor se vea al acercarse al Capitolio ibero. Ya llega, ¿no le veis? astro parece en su carro triunfal, mucho más claro que tras tormenta el sol. Barrad las calles de ese terror que las yermaba un día; que el júbilo las pueble y la alegría; los altos coronad, henchid los valles, y en vuestra boca el apacible acento, y en vuestras manos tremolando el lino, «salve» exclamad, libertador divino; «salve», y que en ecos mil lo diga el viento, y suba resonando al firmamento. Suba, y España mande á sus leones volar rugiendo al alto Pirineo, y allí alzar el espléndido trofeo que diga: Libertad á las naciones.»

No hay de seguro en las Mesenianas de Tirteo arranques más impetuosos ni ardimiento más entusiasta que en la valiente oda A España despues de la revolucion de Marzo. Si lo consintiera el espacio de que dispongo, la transcribiría letra por letra; más no puedo prescindir de copiar sus últimas estrofas:

«¡Guerra, nombre tremendo, ahora sublime, único asilo y sacrosanto escudo del impetu sañudo del fiero Atila que á Occidente oprime! ¡Guerra, guerra, españoles! En el Bétis ved del tercer Fernando alzarse airada la angusta sombra; su divina frente mostrar Gonzalo en la imperial Granada; blandir el Cid su centelleante espada,

y allí sobre los altos Pirineos del hijo de Jimena, animarse los miembros gigantes. En torbo ceño y desdichosa pena ved cómo cruza por los aires vauos, y el valor exhalando que se encierra dentro del hueco de sus tumbas frias, en fiera y ronca voz pronunciar «¡guerra!

¡Pues qué! ¿con faz serena vérais los campos devastar opimos, eterno objeto de ambicion agena, herencia inmensa que afañando os dimos? Despertad, raza de héroes: el momento llegó ya de arrojaros á la victoria; que vuestro nombre eclipse nuestro nombre, que vuestra gloria humille nuestra gloria.

No ha sido en el gran día el altar de la patria alzado en vano por vuestra mano fuerte.

Juradlo, ella os lo manda: «Antes la muerte que consentir jamás ningun tirano.»

Si, yo lo juro, venerables sombras; yo lo juro tambien, y en este instante ya me siento mayor. Dadme una lanza ceñidme el casco fiero y refulgente; volemos al combate, á la venganza y el que niegue su pecho á la esperanza, hunda en el polvo la cobarde frente.

Tal vez el gran torrente de la devastacion en su carrera me llevará; ¿que importa? Por ventura no se muere una vez? ¿No iré, espirando á encontrar nuestros fucltos mayores? ¡Salud! oh padres de la patria mia, yo les dire ¡salud! La heróica España de entre el estrago universal y horrores levanta la cabeza ensangrentada, y vencedora de su mal destino, vuelve á dar á la tierra amedrentada su cetro de oro y su blason divino.»

Si leyendo estas inspiradísimas estrofas no se levantara mi espíritu á las esferas de lo sublime, y no se enardeciera mi sangre hasta el punto de querer saltar de las venas, creeria haber perdido el amor á la libertad y el sentimiento del patriotismo que me animan desde la infancia, y no decaen en mi edad madura, y sin los cuales no concibo ni la honra, ni aun la existencia. Todo es grande en las poesias de Quintana, el pensamiento, la entonacion, las imágenes, el estilo; por todo merece el privilegiado puesto que ocupa en la cumbre de nuestro Parnaso: más alto númen superaría á la naturaleza humana; ni las edades de Pindaro son de mayor magnificencia que las suyas.

Tambien es para Quintana título de gloria su escelente coleccion de poesias castellanas, y la introduccion que las puso es un tesoro de erudicion y de buen gusto. Como historiador no merece menos lauro que como poeta, pues mostrase en sus *Vidas de Españoles célebres* digno émulo de Plutarco. Nunca han sido mejor presentadas las grandes figuras del Cid, Guzman el Bueno, Roger de Lauria, el príncipe de Viana, el Gran Capitan, Vasco Nuñez de Balboa, Francisco Pizarro, D. Alvaro de Luna y fray Bartolome de las Casas. ¡Y harto es de sentir que esta preciosa galería no contenga mayor número de retratos! Aunque publicadas aparte, las vidas de Cervantes y de Melendez Valdés son tambien de españoles famosos y producen la misma agradable lectura y utilidad moral que las otras: tanto como en sus composiciones poéticas, se vé en estos cuadros históricos la propension ingénita de Quintana á lo verdadero, lo bueno y lo bello.

Una joya añadió á las que produjo su mente, y ya enriquecian nuestra literatura, en la coleccion completa de sus obras; y es la de las diez cartas escritas á lord Holland sobre los sucesos políticos que durante la segunda época constitucional tuvieron lugar en España. Inmediatamente despues de la ruina de aquel sistema fueron escritas, y bajo la doble impresion de la amargura que affigia á los españoles por los males sin cuento amontonados sobre su patria, y del enojo de verse insultados y calumniados por todos los ecos vendidos al despotismo europeo, echándose en cara á los vendidos su misma confusion y vergüenza como resultado de su terquedad y sus extravíos. Siempre inflamado Quintana por el fuego del amor patrio, creyó deber de todo español rechazar este sistema de difamacion y de injusticia, y apresuróse á cumplirlo por su parte, dirigiéndose á un extranjero ilustre, con quien de mucho antes le unian estrechos vínculos amistosos; y que, como aficionado á nuestras cosas, defensor perpétuo de los intereses de nuestra libertad, y respetado en toda Europa por su carácter y sus principios, podría autorizar mejor el desengaño, y prestando un fuerte apoyo á

la verdad, contribuir poderosamente al propósito de la obra. Nada más interesante que la relación de tan grande naufragio hecha por uno de aquellos á quienes el rudo temporal acaba de arrojar á desnuda playa. Su principal mérito estriba en que ni la pasión política, ni la desgracia intensa pueden nada sobre el recto juicio y la seguridad magestosa del historiador eminente. Poco leídas deben haber sido estas cartas, y á fe que son muy dignas de estudio. Con algunas líneas las encabeza, y voy á copiar las últimas tan solo, trazadas á los ochenta años, como prueba irrevocable del vigor de la fibra, de la entereza del carácter y de la firmeza de las opiniones del gran Quintana.

«Siendo, por tanto, estas cartas más bien una obra histórica que doctrinal (dice con gravedad suma) por demás sería buscar en ellas un sistema de gobierno representativo sobre qué argumentar y discutir. Sin duda el que las ha escrito tiene el suyo propio, que prefiere á los demás, pero sin pretender que en él esté precisamente cifrada la felicidad y el porvenir de la nación española. ¡Lejos de él tan impertinente presunción! Confesará, sin embargo, y la obra presente le da á entender donde quiera, que su inclinación propende á las ideas francamente liberales, á aquellas que como triviales son desdenadas por los unos y tachadas por los otros de anárquicas y peligrosas. De ello no me acuso, ni me abuelvo. La libertad es para mí un objeto de acción y de instinto, y no de argumentos y de doctrina; y cuando la veo poner en el alambique de la metafísica, me temo al instante que va á convertirse en humo.

«Podrán en buen hora otras teorías políticas ser más útiles en tiempos ordinarios, estar más bien digeridas, más sabiamente concertadas; yo aquí no se lo disputo. Pero disponer mejor el ánimo para adquirir la libertad cuando se aspira á ella, para defenderla cuando se posee, y para recobrarla cuando se ha perdido, eso es muy dudoso que lo hayan hecho, ni puedan hacerlo jamás.

«Y no se engañen los españoles: la cuestión primera, la principal, la de si han de ser libres ó no, está por resolver todavía. Verdad es que han adquirido algunos derechos políticos, pero estos derechos son muy nuevos y no han echado raíces. Por consiguiente han de ser atacados sin cesar, y si no se atiende á su defensa con decisión y constancia, serán al fin miserablemente atropellados. El estado de libertad es un estado continuo de vigilancia y frecuentemente de combate. Así sus adversarios, considerando aisladamente la agitación de las pasiones y el conflicto de los partidos que acompañan á la libertad, dicen que no es otra cosa que una arena de gladiadores encarnizados. Este espectáculo á la verdad no es agradable; pero hay otro mucho más repugnante todavía, y es el de Polifemo en su cueva devorando uno tras otro á los compañeros de Ulises.»

Vanamente se buscaría en los escritos ni en las acciones de Quintana algo que no sea noble y digno: sus obras son el espejo de su alma: dechado de altas virtudes, jamás cerró sus oídos á la súplica del menesteroso, ni omitió diligencia por hacer bien á sus semejantes; amigo más cariñoso sin afectación alguna es muy difícil encontrarlo: no aspirando nunca al magisterio, hasta en el trato familiar se aprendía mucho de su boca: todo el que tenía que consultarle sus producciones, llevaba la seguridad de salir ganancioso de la consulta. Sobre este punto hablo por esperiencia propia, como que me glorío de que se dignara corregir las pruebas de mi *Historia del levantamiento de las Comunidades de Castilla*, y entre mis escasos timbres literarios cuento como uno de los mayores su juicio sobre mi *Historia del reinado de Carlos III en España*.

«Siempre el sentimiento del honor guió sus acciones: jamás su hombría de bien dió tropiezos; y así ha sobrellevado sus dolencias con verdadera conformidad cristiana y ha muerto como varón justo. Traficante de ideas religiosas no lo fué nunca; las profesaba muy de veras, si bien hubiera creído rebajar torpemente el sacratísimo dogma del Crucificado, escamoteándolo á favor de una bandera: antes se taladrara la lengua con los dientes y la escupiera de la boca que llamar partido católico á ninguno de los pasados, ni presentes, ni venideros, sabiendo que

la Iglesia católica es la congregación de todos los fieles y que las opiniones políticas no se cuentan entre el número de los pecados. No es, pues, maravilla que los que se engalanan con el título de monárquico-religiosos, y se ensorbecen imaginando que á ellos toca exclusivamente conceder ó negar tan venerandas é inapreciables calificaciones, todo por nutrir sus delirios del absurdo retroceso á un abominable pasado, hayan hecho coro á las alabanzas justas y estensas, discernidas al gran Quintana por hombres de todos los matices, con su silencio ó su censura. A la verdad los elogios de ellos danñarían á la fama inmortal del insigne vate, que debió á Dios el pujante estro que se necesita para producir una oda como la inspirada por *La invención de la imprenta*. Lo que debía suceder ha sucedido por fortuna, y yo me congratulo como uno de los admiradores de Quintana, y de los que hacen gala de serle deudores de lecciones muy provechosas.

Aun cuando á la hora de su muerte se hubiera hallado Quintana constituido en dignidad muy alta, si no se captara en vida la admiración y el respeto de sus conciudadanos, su entierro fuera quizá notable por el aparato de oficio, bien que á su féretro no siguieran más que medio centenar de personas y unos cuantos carruajes.

Modestamente vivía lejos de toda influencia: al ser colocado su cadáver sobre el carro fúnebre el 13 de Marzo llovía á chaparrones; numerosísimo era el concurso, y todos convinieron en que acompañarle á pie hasta el Campo Santo, era el menor tributo que se podía rendir á su ilustre memoria. Y así fue en efecto. Muy desapacible estuvo la tarde, y tanto era el tropel de gente, casi toda de viso, que no sin gran trabajo se pudo abrir calle para conducirlo á la sepultura; y ninguno de los que asistieron á tan triste ceremonia tachará de hiperbólico lo que afirmo. Naturalmente la juventud, que reconoce á Quintana por su mejor maestro, se apresuró á tributarle allí los últimos honores. Martos y Castelar, llamados á conquistar muchos laureles en la oratoria, le dedicaron muy sentidos discursos: también se oyó el inspirado acento de la Avellaneda; y no faltaron otras poesías que no carecen de buenos rasgos.

Materialmente Quintana ha muerto: moralmente vive y vivirá mientras no se extinga el patriotismo que llenaba toda su alma; ó mientras el sentimiento de la libertad, que le enardecía, sea inherente á la dignidad del hombre; mientras no se pierda la lengua de Cervantes, que poseía tan perfectamente; mientras se rinda culto á las Musas, por las cuales fue tan acariciado; mientras la honradez nunca desmentida, la virtud siempre practicada, y la fe en Dios constantemente ardorosa, inspiren veneración profunda y se propongan por ejemplo á los que pasan por el mundo. Espontáneo, legítimo y muy significativo homenaje hemos tributado todos á las cenizas del gran Quintana; pero aún nos impone otra obligación su digna memoria: la de levantarle una estatua por medio de una suscripción nacional que se debe abrir al instante: su colocación natural sería, ó en la plazuela de las Descalzas Reales, por hallarse en la demarcación de la parroquia donde fue bautizado, ó en la calle de Pontejos, delante de la casa mortuoria.

ANTONIO FERRER DEL RIO.

COVADONGA.

Á MI QUERIDO AMIGO EL SR. D. SERVANDO RUIZ GOMEZ.

Recuerdo venerando de la gloria de la cristiana y valerosa España, el alma rinde culto á tu memoria teatro ilustre de grandiosa hazaña.

Covadonga inmortal al mundo ofrece de la sublime fe la rica ciencia, y al través de los siglos resplandece la cuna de la patria independencia.

Contemplo, reverente peregrino, esta tierra sagrada, donde un día de la cruz santa el esplendor divino fundó el poder de vasta monarquía,

Ved las altas montañas magestuosas que iluminan del Sol los rayos de oro, testigos de proezas tan gloriosas que asombro fueron y terror del moro.

El Auseva que nace cual torrente de la roca que al cielo se alza ufana, hoy tan límpido, claro y transparente, ondas brotó de sangre musulmana.

Invade el agareno nuestra tierra, hiere, tala y destruye como el rayo, pero un héroe español vuela á la guerra, y triunfa en Covadonga el gran Pelayo.

Allí está la columna de la fama que el heroísmo del astur pregonó, el campo en que su hueste rey le aclama, premio de su valor digna corona.

Humilló de la Cruz al adversario, de entusiasmo y de fe sublime ejemplo, y en la cóncava peña está el santuario de independencia sacrosanto templo.

Levanta el gran Pelayo una capilla á María, la luz de las victorias, y en la alta cumbre de las rocas brilla la peña santa, peña de las glorias.

Que mine el tiempo imperios y naciones, la fe de nuestros padres heredada ostenta immaculados sus pendones, con su sangre preciosa consagrada.

Ved cómo puebla la montaña umbría y resalta del sol á los celajes el aldeano que llega en romería con sus variados y vistosos trages.

Bien venido el sencillo viagero, que de tierras distantes llega ufano, con rostro alegre y corazón sincero, para rendir la ofrenda del cristiano.

Bien venido el que abre su alma para al claro albor de la mañana hermosa, y de la brisa leve que murmura atiende la armonía cadenciosa.

Y el concierto que forma la cascada, con su lluvia de perlas y diamantes, que derrama en la vega matizada por las flores y espléndidos cambiantes.

Bien venido el que exhala de los lábios el aroma de cándida inocencia, y sin causar á la verdad agravios goza el dulzor de límpida conciencia.

Su mente el rayo de la fe ilumina, y á la luz que esclarece el negro velo, ve la ciudad de Dios en la colina pedestal de la bóveda del cielo.

Ciudad de amor y bienaventuranza, á los desheredados de la tierra ofrece la magnífica esperanza, que la fortuna desigual les cierra.

La ley de Dios es fuente de ventura, raudales brota de consuelo santo, y á la raza de Adán el bien augura, y á todos tiende su amoroso manto.

El paganismo á la conciencia hollaba, tú las férreas cadenas destruyendo, emancipaste á la mujer esclava, la dignidad del hombre enalteciendo.

¡Santa ley del progreso, ley divina! La tierra á tus brillantes resplandores, verá crecer la rosa purpúrea, frutos brindando, y para todos flores.

Del porvenir aurora deleitosa de la fraternidad árbol fecundo estenderá su sombra generosa á su ancha sombra cobijando al mundo.

De emoción misteriosa el alma inunda al herir los lejanos horizontes del sagrado metal la voz profunda resonando en los valles y los montes.

Y de la inmensa multitud piadosa la fe consuela los amargos duelos, al oír la palabra religiosa bajo la azul diadema de los cielos.

¡Covadonga de montes coronada su nombre encierra sacrosanto arcano, restauradora de la patria amada, invencible baluarte del cristiano!

Ante tu magestad doblo mi frente, ¡porque grandeza tanta quién no admira! Hoy te consagra el alma de un creyente el tierno canto de su humilde lira.

EUSEBIO ASQUERINO.

Covadonga 8 de Setiembre de 1863.

Se empieza á agitar en Europa una cuestión de la mayor importancia para España, sobre la que llamamos muy particularmente la atención de todos nuestros colegas; que la misión de la prensa no es solo hacer política, sino ocuparse de los verdaderos intereses del país.

Nos referimos á la crisis hullera, que va tomando en Francia proporciones alarmantes, en tales términos, que muchos fabricantes no saben si el año que viene podrán alimentar sus fábricas. Las últimas operaciones de carbon Charleroy se han hecho á 51 francos la tonelada, y todo hace esperar, en vista de la escasez, que los precios van á tomar un notable incremento. El carbon, ya muy raro en Inglaterra á causa de las huelgas, va á faltar en absoluto al comercio europeo. En el último tratado comercial franco-inglés que se ha presentado á la Cámara, los ingleses han resuelto, y esto lo harán lo mismo con todos los países, gravar con un fuertísimo derecho la exportación del carbon; es decir, que guardan para ellos este precioso mineral.

El carbon de piedra es la sangre de la industria, y abundando como abunda en España, es un escándalo que nuestras miserias políticas y nuestras miserias financieras nos impidan hacer lo necesario para explotar las minas y hacer las vías de comunicación indispensables, no solo para que sea español el carbon que se gaste en España, y para que no nos veamos expuestos á carecer de él el año próximo, sino para que lo podamos exportar en cantidad dentro de algun tiempo.

Esto aconseja con razon la hoja autógrafa titulada *La Política Europea*, quizá porque no comprende que aquí los partidos son capaces de hundir y arruinar al país á trueque de conseguir sus fines.

Con los carbones que hay en España bien explotados y con el mineral de hierro que tanto abunda en nuestras zonas, especialmente en la de Vizcaya, podríamos alimentar riquísimas industrias y dejar de ser tributarios del extranjero. Pero importa más la guerra civil, importa más que un partido se sobreponga á todos los demás y tiranice todos los intereses.

El duque soberano de Sajonia-Meiningen se ha casado con la Srta. Franz, actriz alemana, la cual, despues del enlace, ha recibido el título de baronesa de Heldburgo.

Esta noche se abre el Teatro Circo de Rivas y á juzgar por la lista de la compañía, y por los brillantes trabajos que prepara, todo parece asegurarle el extraordinario éxito que ha alcanzado en años anteriores.

**Píldoras Holloway.**—Buena digestion.—Estas píldoras son reconocidas universalmente como el correctivo más rápido y seguro en los casos de indigestion. Entre los males que ellas romedian infaliblemente se cuentan la pérdida de apetito, la acidez, la flatulencia y las náuseas. Dicho medicamento destruye el germen de todas las dolencias abdominales, escita en el estómago la debida secrecion del jugo gástrico, y regulariza la accion del hígado, creando esa bilis abundante y pura que es tan necesaria para la digestion. Las píldoras Holloway remueven las obstrucciones de toda especie. El carácter inofensivo de sus ingredientes hace que esta medicina sea especialmente á propósito para las personas delicadas y la niñez. Al paso que dichas píldoras expulsan las impurezas de todo género, fortifican y dan un tono muscular al sistema.

**Agua circasiana.**—Toda la prensa extranjera y todos los médicos más eminentes recomiendan el uso del agua circasiana como la única infalible para devolver á los cabellos blancos su primitivo color y fuerza juvenil: copiamos la opinión de un célebre doctor á este respecto.

«Uno de los mayores inconvenientes que hay en el empleo de las tinturas, es la grande irritacion que causan en los tubos capilares y que dan lugar á la caída del cabello; estos inconvenientes fueron los primeros que llamaron la atención de los inventores del agua circasiana, y tuvieron la grande fortuna de hallar un preparado que, no solo es completamente inofensivo, sino que reúne la mayor eficacia y simplicidad en su uso.»—Firmado, Dr. Duval.

Madrid: 1875.—Imprenta de LA AMÉRICA, á cargo de José Cayetano Conde.  
San Marcos, 55, bajo,

# SECCION DE ANUNCIOS.

## INFALIBLE ANTIREUMATICO.

El aceite de bellotas con savia de coco cura admirablemente el reumatismo, articular ó muscular, incipiente ó crónico, más pronto, cómodamente y barato que las aguas de Alhama de Aragón, y que toda la clase de termas e nocidas, que los baños rusos, que los específicos que anuncia la prensa, preconizan las farmacoepas y memo andums médicos de todos los países de la tierra, descubierto en los 5876 años que registra la historia del mundo.

Está recomendado por médicos alópatas, homeópatas, farmacéuticos, y por más de 8 periódicos de todos matices y países de ambos hemisferios.

Se usa friccionando la piel, y poniendo encima una franela si el reuma es agudo: se ome además nueve días en ayunas una cucharadita al interior, si fuese inveterado; también es excelente para la gota, y toda clase de obdurasiones de las piernas y brazos, como callos, etc.

Para preservarse en países fríos, húmedos, basta untarse el cuerpo. (A los ancianos facilita la transpiración) y da mucha vida y agilidad.

A su vez es portentoso para curar llagas, quemaduras, escrófulas, raquitismo, y á su vez es depurativo de la sangre; mejor que la zarzaparrilla de Bristol, y toda clase de enolatos y jarabes.

En Inglaterra está dñde felices resultados para combatir todas las dolencias dichas, así como para despejar el cerebro, atormentado por sus constantes y peligrosas nieblas.

Se vende en la única fábrica, calle de la Salud, núm. 9, ctos. pral. y bajo, y Jardines, 5, Madrid, y en 2.500 farmacias, droguerías y perfumerías, á 6, 12, y 18 rs. frasco. Por mayor 25 por 100 de descuento en el alma. En Jaxise al prospecto con certificados médicos, mi firma y busto en la etiqueta, nombre y domicilio grabados en el vidrio, porque hay cuines falsificadores.

El inventor, L. DE BREA Y MORENO.

**NO MAS AGUAS NI TINTURAS PARA LA CARA.**

Los insalutables e inofensivos Polvos blancos de fresa, rosa y ambrosia, blanquean y embellecen el rostro de las señoras, como ningún artículo de tocador conocido. Precio: 4 y 8 rs. frasco; 25 por 100 de descuento por mayor; Jardines, 5, y en 200 perfumerías. —Brea y Moreno, inventor acreditado.

NOTA. Son admirables par artistas líricos, coreográficos y dramáticos.

## AGUA DE COLONIA, SUPREMA, JOHANN MARIA FARIMA, Rei dem Julisch Plaz in Coln.

REPRESENTACION EN MADRID, JARDINES, 5.

Perfume persistente y agradable.  
Gotas en lumbr exabuma el aposento.  
Fricciones en pávis da vida genit.  
En agua estrecha é impide la sífilis.  
Gotas en thé para flatos y estómago.  
Cucharadita en agua para vómitos.  
En fricciones quita el raquitismo.  
En baño tonifica y fortalece.  
En agua lustra y suaviza el cutis.  
Pura, quita dolor de muelas en el acto.  
Un coarrito en agua aclara la vista.  
5 rs. frasco, 20 botella y 12 cuartillo.  
Han llegado 5.000 litros.—Calle de Jardines, núm. 5, Madrid.

## NO MAS REINA DE LAS TINTAS. Nuevos inventos para escribir el comercio.

TINTA de lila, 5 rs. frasco, 9 cuartillo.  
TINTA azul, 5 rs. frasco, 9 cuartillo.  
TINTA roja, 5 rs. frasco, 9 cuartillo.  
TINTA verde, 6 rs. frasco, 11 cuartillo.  
TINTA negra, 4 rs. frasco, 7 cuartillo.  
TINTA cornerina, 10 rs. frasco, 2 cuartillo.  
TINTA diamantina, 10 rs. frasco, 2 cuartillo.  
Soa aromát cas, no se altera, secan en el acto, y dan duracion á las plumas.  
Frasquitos de todos colores, para prueba, viaj y bolsillo, á real.  
Jardines, 5, y Salud, 9, bajo.—25 por 100 de descuento.—L. Brea, inventor.

## PRIMER DSCUBRIMIENTO DEL MUNDO, DE LOS CONOCIDOS DESDE SU ORIGEN.

LEED UN SABIO DOCUMENTO EXPEDIDO A FAVOR DEL INVENTOR DEL ACEITE DE BELLOTAS CON SAVIA DE COCO.

**D. Silverio Rodríguez Lopez**, licenciado en medicina por la Universidad de Salamanca, y en cirugía por la de Madrid, fundador é individuo de varias sociedades científicas, médico del ejército y de la Armada, etc., etc.

Certifico: Que he observado los efectos del Aceite de bellotas con savia de coco equatorial, invencion del Sr. L. de Brea y Moreno, y hallado que es efectivamente un agente higiénico y medicinal para la cabeza, utilísimo para prevenir, aliviar y aun curar varias enfermedades de la pie del cráneo é irritacion del sistema capilar, la calvicie, tña, herpes, usagre, dolores nerviosos de cabeza, gota, reumatismo, llagas, males de oidos, vicio verminoso, y según experiencia de varios profesores, distinguiéndose entre otros el Dr. Lopez de la Vega, es una epecialidad est. Aceite para las heridas de cualquier genero que sean; es un verdadero balsamo, cuyos maravillosos efectos son conocidos; puede reemplazar tambien con ventaja al Aceite de mirado de bacalao, en las escrófulas, tisis, raquitismo, en las leucorreas y otras muchas afecciones; recomendando su uso en las enfermedades sífilíticas, como muy superior al «Balsamo de Copaiba», y en general en toda enfermedad q que esté relacionada con el tido capilar que refresca y fortifica. Pueden asegurarse, sin faltar en lo más mínimo á la verdad, que el Aceite de bellotas es un excelente cosmético medicinal indispensable á las familias. Y á petición del interesado doy la presente en Madrid á ocho de Setiembre de mil ochocientos setenta.—Silverio Rodríguez Lopez.

Se vende á 6, 12 y 18 rs. frasco, en 2.500 droguerías, perfumerías y farmacias de todo el globo, con mi nombre en el frasco, capsula, prospecto y etiqueta, por haber ruines é indigno, falsificadores. Dirijirse á la fábrica para los pedidos calle de la Salud, número 9, ctos. pral. y bajo, y Jardines 5, Madrid, á L. de Brea y Moreno, proveedor de todo el Atlas.

## COMPANIA GENERAL TRASATLANTICA.

**VAPORES-CORREOS FRANCESES.**

1.º El 7 de cada mes, servicio directo de Saint Nazaire á Fort de France, La Guayra, Saranilla y Colon.  
—Servicios en combinacion desde Fort de France á Saint-Pierre, Basse-Terre, Pointe á Pitre, Santa Lucía, San Vicente, Granada, Trinidad, Démerari, Suripam y Cayena.  
—Servicio desde Panamá hasta Valparaiso con escala en Guayaquil, Payta, San José, Callao, Islay, Arica, Iquique, Cobija, Caldera y Coquimbo.

2.º El 20 de cada mes, servicio directo de Saint-Nazaire á SANTANDER, San Tomas, LA HABANA y Veracruz.  
—Servicios en combinacion desde San Tomas hasta Guadalupe, Martinica, PUERTO-RICO, Cap Haitien, SANTIAGO DE CUBA, Jamaica y Colon.

3.º Servicio en combinacion desde Panamá para Ecuador, Perú, Chile, América Central, California, etc.

4.º Salidas del Havre ó de Brest para Nueva-York:  
Del Havre: 24 de Octubre, 7 y 24 de Noviembre; 5 y 19 de Diciembre.  
De Brest: 26 de Octubre; 9 y 23 de Noviembre; 7 y 21 de Diciembre.  
Dirigirse para mayores informes, billetes, fletes, etc.,  
En Madrid, Paseo de Recoletos, núm. 9, y Puerta del Sol, núm. 9.  
En Santander, Señores hijos de Dórga.  
En París, en el Grand hotel, (boulevard des Capucines 12.)  
En Saint-Nazaire, á M. Bourbeau, agente.  
Y en las principales poblaciones de la Península á los agentes de la compañía de seguros El Fénix Español.

CUARTANAS, TERCIANAS, INTERMITENTES, CURADAS POR LAS FEBRIFUGO-INFALIBLES PILDORAS DE FERNANDEZ, único que ofrece la devolución de las seis pesetas que cuestan las cajas si no curan, por rebeldes que sean, sin que un solo caso falle.

Pedir prospectos detallados á los autores Fabian Fernandez, Calzada de Oropesa, y Pablo Fernandez, Madrid, Ruda, 14, boticas, los que rebajan por mayor y remiten Valencia Cabello; Zaragoza, Rios; Logroño, Zarzoza; Pamplona, Esparza; Canarias, Las Palmas, Lizana; Puerto-Rico, Mayagüez, Nogueras; Málaga, Calvet.

PALMERSTON RESTAURANT  
OLD BROAD STREET  
LONDRES.

El mayor elogio que puede hacerse del Anti-establecimiento español que hay en Londres, es que no le frecuenta una persona que no vuelva al mismo. Diariamente se encuentran en él familias de las principales casas de España.

**PAPPEL WILNSI**  
Veinte años de éxito atestiguan la eficacia de este potente derivativo recomendado por los primeros médicos para la curacion rápida de los constipados, irritaciones del pecto, mareas de garganta, reumatismos, dolores. Una ó dos aplicaciones son suficientes y no causan sino un poco de picazon. Depósito general en Madrid, I. Ferrer y C., Montera, 51, principal; Chicote, Ancha de San Bernardo, 41; Guiralt, Carmen, 41.

**DEPURATIF**  
Jarabe vegetal del Dr. Chable, de París, para curar sarpuillos, derramamientos, enfermedades venéreas, baños interiores, pildoras, pomada anti-herpética.—Depósito en Madrid Ferrer y Compañía, Montera, 51 principal.

**SANG**



## VAPORES-CORREOS DE A. LOPEZ Y COMPANIA.

VARIACION DE SERVICIO DESDE ABRIL DE 1873.

**LINEA TRASATLANTICA PARA PUERTO-RICO Y HABANA.**

Salidas de Cádiz . . . . . el 30 de cada mes.  
Salidas de Santander . . . . . el 15 de id.  
Salidas de Coruña . . . . . el 16 de id. (escala.)

**LINEA DEL LITORAL EN COMBINACION CON LAS SALIDAS TRASATLANTICAS**

Salidas de Barcelona el 29 para Valencia, Alicante, Cádiz, Coruña y Santander; y de Santander el 16 para Coruña, Cádiz y Barcelona.

AGENTES.—Cádiz, A. Lopez y C.; Barcelona, D. Ripol y C.; Santander, Perez y Garcia; Coruña, E. Da Guarda; Valencia, Dar y C.; Alicante, Faes hermanos y C.; Madrid, Julian Moreno, Alcalá 28.

## PILDORAS Y UNGUENTO HOLLOWAY.

**PILDORAS HOLLOWAY.**

Estas pildoras son universalmente consideradas como el remedio más eficaz que se conoce en el mundo. Todas las enfermedades provienen de un mismo origen, á saber: a impureza de la sangre, la cual es el manantial de la vida. Dicha impureza es prontamente neutralizada con el uso de las pildoras Holloway, que, limpiando el estómago y los intestinos, producen, por medio de sus propiedades balsámicas, una purificación completa de la sangre, dan tono y energía á los nervios y músculos, y fortalecen la organizacion entera.

Las pildoras Holloway sobrepasan entre todas las medicinas por su eficacia para regularizar la digestion. Ejerciendo una accion en extremo salutífera en el hígado y los riñones, ellas ordenan las secreciones, fortalecen el sistema nervioso, y dan vigor al cuerpo humano en general. Aun las personas menos robustas pueden valerse, sin temor, de las virtudes fortalecientes de estas pildoras, con tal que, al emplearlas, se atengan cuidadosamente á las instrucciones contenidas en los opúsculos impresos en que va eu vuelta cada caja del medicamento.

**UNGUENTO HOLLOWAY.**

La ciencia de la medicina no ha producido, hasta aquí, remedio alguno que pueda compararse con el maravilloso Ungüento Holloway, el cual posee propiedades asimilativas tan extraordinarias que, desde el momento en que penetra la sangre, forma parte de ella; circulando con el fluido vital expulsa toda partícula morbosa, refrigera y limpia todas las partes enfermas, y sana las llagas y úlceras de todo género. Este famoso Ungüento es un curativo infalible para la escrófula, los cánceres, los tumores, los males de piernas, la rigidez de las articulaciones, el reumatismo, la gota, la neuralgia, el tic-doloroso, y la parálisis.

Cada caja de Pildoras y bote de Ungüento van acompañadas de amplias instrucciones en español relativas al modo de usar los medicamentos.

Los remedios se venden, en cajas y botes, por todos los principales boticarios del mundo entero, y por su propietario, el profesor Holloway, en su establecimiento central 244, Strand, Londres.

## THE PACIFIC STEAM NAVIGATION COMPANY.

COMPANIA DE NAVEGACION POR VAPOR AL PACIFICO.

**LINEA REGULAR SEMANAL VAPORES-CORREOS INGLESSES**

PARA RIO-JANEIRO, MONTEVIDEO, BUENOS-AIRES, VALPARAISO, ARICA, ISLAY, CALLAO DE LIMA Y TODOS LOS PUERTOS DEL PACIFICO tocando cada 15 dias en Pernambuco y Bahia.

Salidas... (De Liverpool todos los miércoles. De Santander. } una vez al mes.  
(De Burdeos todos los sábados. De Coruña. }  
(De Lisboa todos los martes. De Vigo. } dos veces al mes.

De Madrid, sábados. Los pasajeros 1.º y 2.º pueden anticipar salida.

PRECIO de los billetes.	A Pernambuco, Bahia ó Rio-Janeiro.			A Montevideo y Buenos-Aires.			A Valparaiso, Arica, Islay ó Callao.		
	1.º Rvn	2.º Rvn	3.º Rvn	1.º Rvn	2.º Rvn	3.º Rvn	1.º Rvn	2.º Rvn	3.º Rvn
Desde Madrid (via Lisboa).....	2075	2060	1033	3441	2060	1140	6505	4168	2684
Santander, Coruña ó Vigo.....	2940	1960	1175	3430	1960	1175	7345	4900	2940
Lisboa.....	2700	1960	1175	3430	1960	1175	6700	4200	2800

Los magníficos buques de esta Compañía reúnen todas las comodidades y adelantos conocidos. Trato inmejorable. Los señores pasajeros que teniendo tomado billete quieran diferir su marcha, pueden hacerlo avisando á la agencia.

AGENTES CONSIGNATARIOS.—Santander, C. Saint-Martin.—Coruña, José Pastor y Compañía.—Vigo, M. Bárcena y hermano.—Lisboa, E. Pinto Basto y compañía.

Para informes, tomar pasaje y fletes, dirigirse al agente general de la Compañía

**L. RAMIREZ, CALLE DE ALCALA, 12, MADRID.**

**PLUS DE COPAHU**  
JARABE DE HIERRO del Dr. Chable de París para curar Gonorrhoeas, Debilidades del canal y Pildas de las Heras.—Inyeccion Chable.—Depósito en Madrid, Ferrer y C., Montera, 51 pral.

# AGUA CIRCASIANA.

Usada por todas las familias reales y toda la nobleza de Europa. Aprobada por los médicos mas eminentes y por toda la imprenta extranjera.

EL AGUA CIRCASIANA restituye a los cabellos blancos su primitivo color, desde el rubio claro hasta el negro azabache, sin causar el menor daño a la piel. «No es una tintura, y en su composición no entra materia alguna nociva a la salud; hace desaparecer en tres días la caspa por inveterada que esté; evita la caída del cabello, y vuelve la fuerza y el vigor a los tubos capilares.

Mas de 100.000 certificados prueban la excelencia del Agua Circasiana, cuyo uso reemplaza hoy en todos los países los otros preparados y tinturas tan dañosas para el cabello.

Precio del frasco 4 pesetas, frascos conteniendo el doble 7 1/2 pesetas. Todos los frascos van en magníficas cajas de carton acompañadas de un prospecto con la marca y firma de los únicos depositarios.

HERRINGS, etc. C.  
LISBOA.

Véndese en la botica de los Sres. Borrell hermanos, Puerta del Sol, núm. 5.

## GUIA MÉDICA DEL MATRIMONIO

é instrucciones para asegurar su objeto moral. Acompañada de direcciones personales de importancia vital, dedicadas a los casados y solteros de ambos sexos. Por el médico consultor.

DR. J. L. CURTIS,

Traducida al castellano por D. G. A. Cueva. Un tomo en 8.º de 200 páginas, och o reales.

POR EL MISMO AUTOR.

## DE LA VIRILIDAD

DE LAS CAUSAS DE SU DECADENCIA PREMATURA

é instrucciones para obtener su completo restablecimiento; ensayo médico, dedicado a los que padecen de resultados de sus excesos, de hábitos solitarios ó del contagio; seguido de observaciones sobre la espermatorrea, la impotencia, la esterilidad, etc.; el tratamiento de la sífilis, de la gonorrea y de la blenorragia; cura del contagio sin mercurio y su prevención usando la receta del autor. (Su infalible loción.)

Un tomo en 8.º, con 16 láminas, estampadas con tinta de color, al precio de catorce reales, franco de porte.

Véndese estas obras en Londres, domicilio del autor, 45, Albemarle st. Piccadilly.

Barcelona, en casa de su editor Salvador Manero, Ronda 128, á donde pueden dirigirse los pedidos acompañados de su importe.

España y América, los corresponsales de la casa.

Los enfermos pueden dirigirse por correspondencia al doctor Curtis, para consultarle, remitiéndole el honorario de 100 reales vellon en sellos de correos.

Consultas en cualquier idioma

Madrid: Librería de San Martín y demás de la capital.

## CATECISMO

DE LA RELIGION NATURAL,

POR

D. JUAN ALONSO Y EGUILAZ,

REDACTOR DE «EL UNIVERSAL.»

Este folleto encierra en una forma clara, metódica y compendiosa, el resumen sustancial de los principios de la religión natural, es decir de la religión que á todos los hombres ilustrados y de sano criterio dicta su simple buen sentido. Contiene en su primera parte un prólogo, una introducción, el credo, mandamientos, etc., etc.; y en la segunda, preguntas y respuestas sobre el texto.

Su precio en real en Madrid y real y medio en provincias.

Se halla en las principales librerías.

## MEMOROIDES.

Curación radical por las pildoras y pomada de Escorido, del doctor Leibel (Andrés). Las Pildoras y la Pomada de Escorido, aprobadas por las facultades de Medicina de París, de Bélgica, de Inglaterra y de Italia, autorizadas en Rusia por el Consejo del Imperio, están dotadas de propiedades muy notables: curan los dolores como por encanto y atajan las hemorroides y las enfermedades de las vías urinarias (sin ningún peligro de supuración).—El frasco de pildoras de Escorido, 5 f.—El frasco de pomada de Escorido, 4 f.—De Pomada de Escorido, 5 f.—115 Rue Lafayette (Paris).—Borrell hermanos, Borrell hermanos: Sanchez Ocaña, M. R. Hernandez, Moreno Miquel, Just, Peligros, J. L. Perrier y C.º.

## TENEDURIA DE LIBROS.

POR D. EMILIO GALLURI.

Nueva edición refundida con notables aumentos en la teoría y en la práctica.

Otra recomendada por la Sociedad Económica de Amigos del país de Alicante, y de grande aceptación por el comercio en España y América.

Un tomo de 500 páginas próximamente, en 4.º prolongado, que se vende en 50 reales en las principales librerías, y haciendo el pedido al autor en Alicante, Barcelona, Níbid, Espaderna, 14.—Cádiz: Verdugo y compañía.—Madrid: Bailly-Ballière.—Habana, Ciego, Habana, 100.

## VERDADERO COW-POX NATURAL.

### VACUNA SACADA DE LAS VACAS JOVENES

y procedente del Instituto parisiense de vacunacion, fundado en 1864 por el doctor LANOIX, caballero da la Legion de Honor, etc.

Por medio de la vacunacion practicada con el Cow-pox tomado directamente de las vacas jóvenes, no solo se evitan los funestos efectos de la viruela, si no que tambien se está seguro de no inocular otra enfermedad alguna contagiosa, como acontece frecuentemente con la vacunacion humana, llamada vulgarmente de brazo á brazo y en parte la sífilis, según resulta de los experimentos hechos con este objeto por la Academia de medicina de Paris, y otras.

Este nuevo método, dado á conocer por el célebre Dr. Lanoux, ha sido universalmente adoptado en Francia, Inglaterra, Alemania, en América, etc.

La vacuna que remite el Dr. Lanoux viene en tubitos de vidrio, donde se conserva mucho mejor que en cristales planos es pura y tan eficaz como si se tomara directamente de las vacas. Las remesas se reciben todas las semanas.

Precio de cada tubo, 1 rs.  
Depósito exclusivo para to la España y posesiones americanas, farmacia del Dr. Simon, calle del Caballero de Gracia, núm. 3. Madrid.

FARMACIA DE LOS PANORAMAS  
131, RUE MONTMARTRE, 151,  
PARIS.

ROB CLERET  
DEPURATIVO AL YODURO DE POTASIO.  
EL MAS POTENTE DEPURATIVO DE LA SANGRE Y DE LOS HUMORES

DRAGEAS PURGATIVAS Y LAXANTES DE BAUDERON.  
Contra las afecciones del Estomago, y de los intestinos, del Hígado y del Bazo, dan inmejorables resultados en todas las enfermedades que producen exceso de bilis y flegma, y en las enfermedades del Cutis, como herpes y diricasos.

PAULINIA CLERET  
Contra la Jaqueca, Neuralgias, Afecciones nerviosas del Estomago.

PILDORAS CLERET

Al Yoduro de hierro y de quina, el mas activo de los ferruginosos, y de todos los productos el que mejor accion tiene contra las calenturas intermitentes rebeldes, combate la causa de la intermitencia y restablece las cualidades primitivas de la sangre. (BOICHARDOT), Profesor de Higiene en la facultad de Medicina de Paris.

DEPOSITO GENERAL EN ESPAÑA: Sres. Y. FERRER y Cia, Montera, 51, Madrid; — Barcelona, Boticas de la Estrella y de MONSERAT, URIACH y ALOMAR, plaza del Borne, 6; — Valencia, Boticas de GREUS, ANDRES y FABIA, CAPAFONS y DOMINGO, Coruña, BESCANA BYJOS y J. VILLAR, Oviedo, E. MARTINEZ y C.º, SANTAMARINA, Gijón, A. R.º Sr. PEDRO, E. CUESTA.

PARIS 10, Montorgueil **CH. ALBERT** ENFERMED Secretas

Tratamiento infalible por VINO de ZARZAPARRILLA (Precio 24 r.) BOLOS de ARMENIA

Depósito general en Madrid: L. Ferrer y C.º Montera 51, pral.; F. Izquierdo, Ruda, 14; Puente, Desengaño, 10.

## CORRESPONSALES DE LA AMERICA.

<b>ISLA DE CUBA.</b> Habana.—D. Francisco Diaz y Ríos. Matanzas.—Sres. Sanchez y C.º Trinidad.—D. Pedro Carrera. Cienfuegos.—D. Francisco Anido. Moron.—Sres. Rodriguez y Barros. Cárdenas.—D. Angel R. Alvarez. Bemba.—D. Emeterio Fernandez. Villa Clara.—D. Joaquín Anido Ledon. Manzanillo.—D. Eduardo Colina. Quivicán.—D. Rafael Vidal Oliva. San Antonio de Río Blanco.—D. José Cadenas. Calabazar.—D. Juan Ferrando. Caibarien.—D. Hipólito Escobar. Guatmo.—D. Juan Crespo y Arango. Holguín.—D. José Manuel Guerra Almaguer. Bolandron.—D. Santiago Muñoz. Ceiba Mocha.—D. Domingo Rosal. Cimarrones.—D. Francisco Tina. Jaruco.—D. Luis Guerra Chalius. Sagua la Grande.—D. Indalecio Ramos. Quemado de Güines.—D. Agustín Mellado. Pinar del Río.—D. José María Gil. Remedios.—D. Alejandro Delgado. Sancti Spiritus.—D. Juan Perez Dubrull.	<b>SANTO DOMINGO.</b> (Capital).—D. Joaquín Machado. Puerto Plata.—D. Miguel Malagon. <b>SAN THOMAS.</b> (Capital).—D. Luis Guasp. Curacao.—D. Juan Blasini. <b>MÉJICO.</b> (Capital).—D. Juan Buxó y C.º Veracruz.—D. Manuel Ochoa. Tampico.—D. Antonio Gutierrez Victoria. Mérida.—D. Rodolfo G. Canton. Mazatlan.—D. Francisco Echequren. Puebla.—D. Emilio Lézama. Campeche.—D. Joaquín Ramos Quintana <b>VENEZUELA.</b> Caracas.—D. Martín J. Larralde. Puerto Cabello.—D. Juan A. Segrestia. La Guaira.—Sres. Salas y Montemayor. Maracaybo.—Sr. D'Empaire, hijo. Ciudad Bolívar.—D. Serapio Figuera. Carupano.—D. Juan Orsini. Barcelona.—D. Martín Hernandez. Maturín.—M. Philippe Beaupertuy. Valencia.—Sres. Jayme Pagés y C.º Coro.—D. J. Thielén.	<b>San Miguel.</b> —D. Joaquín P. Guzman. Manuel Soto. <b>Tegucigalpa.</b> —D. Manuel Sequeros. <b>Chinandega (Nicaragua).</b> —D. Isidro Gomez. <b>San Juan del Norte.</b> —D. Emilio de Thomas. <b>Sonsonate.</b> —D. Joaquín Mathé. <b>Rivas.</b> —D. José N. Bendaña. <b>Granada.</b> —D. Zacarías Guerrero. <b>San José de Costa Rica.</b> —D. Guillermo Molina. <b>D. Casto Gomez.</b> <b>Béltze.</b> —D. José María Martínez. <b>NUEVA GRANADA.</b> <b>Bogotá.</b> —D. Lázaro María Perez. <b>Santa Marta.</b> —D. Martín Vergara. <b>Cartagena.</b> —Sres. Macías é hijo. <b>Panamá.</b> —D. José María Aleman. <b>Colon.</b> —D. Matías Villaverde. <b>Cerro de S. Antonio.</b> —Sr. Castro Viola. <b>Medellín.</b> —D. Juan J. Molina. <b>Mompós.</b> —Sres. Ribou y hermanos. <b>Pasto.</b> —D. Abel Torres. <b>Sabanalarga.</b> —D. José Martín Tatis. <b>Sinclair.</b> —D. Gregorio Blanco. <b>Barranquilla.</b> —Sres. E. P. Pellet y C.º <b>PERÚ.</b> <b>Lima.</b> —Sres. Redactores de La Nación. <b>Arequipa.</b> —D. Manuel de G. Castresana. <b>Iquique.</b> —D. Benigno G. Posada. <b>Punó.</b> —D. Francisco Laudaela. <b>Tacna.</b> —D. Francisco Calvet. <b>Trujillo.</b> —Sres. Valle y Castillo. <b>Callao.</b> —Sres. Colville, Danwson y C.º <b>Arico.</b> —D. Carlos Eulert.	<b>Piura.</b> —M. E. de Lapeyrouse y C.º <b>BOLIVIA.</b> <b>La Paz.</b> —D. José Herrero. <b>Cobija.</b> —Sres. Aguirre—Zavala y C.º <b>Cochabamba.</b> —D.ª Benedicta Reyes de Santos. <b>Potosí.</b> —D. Adolfo Durrels. <b>Oruro.</b> —D. José Cárcamo. <b>ECUADOR.</b> <b>Guayaquil.</b> —D. Antonio de La Mota. D. L. Abadie. <b>CHILE.</b> <b>Santiago.</b> —D. Augusto Reymond. <b>Valparaiso.</b> —D. Nicasio Ezquerra. <b>Copiapó.</b> —Sres. Roselló hermanos. <b>La Serena.</b> —Sres. Alfonso, hermanos. <b>Huasco.</b> —D. Juan E. Carneiro. <b>Concepcion.</b> —D. José M. Serrate. <b>Santa Ana.</b> —D. José María Vides. <b>PLATA.</b> <b>Buenos Aires.</b> —D. Narciso Cepedano. <b>Catamarca.</b> —D. Mardoqueo Molina. <b>Córdoba.</b> —D. Pedro Rivas. <b>Corrientes.</b> —D. Emilio Vigil. <b>Paraná.</b> —D. Cayetano Ripoll. <b>Rosario.</b> —D. Andrés Gonzalez. <b>Salta.</b> —D. Sergio Garcia. <b>Santa Fé.</b> —D. Hemigio Perez. <b>Tucuman.</b> —D. Camilo Caballero. <b>Gualeguaychú.</b> —D. José María Nuñez. <b>Paysandú.</b> —D. Miguel Horta. <b>Mercedes.</b> —D. Serafín de Rivas.	<b>BRASIL.</b> <b>Río Janeiro.</b> —D. M. D. Villaiba. <b>Río grande do Sur.</b> —N. J. Torres Crehuet. <b>PARAGUAY.</b> <b>Asuncion.</b> —D. Isidoro Recalde. <b>URUGUAY.</b> <b>Montevideo.</b> —Sres. A. Barreiro y C.º—Don Hipólito Real y Prado. <b>Salto Oriental.</b> —Sres. Morillo y Gozalbo. <b>Colonia del Sacramento.</b> —D. José Murtagh Artigas.—D. Santiago Osoro. <b>GUYANA INGLESA.</b> <b>Demerara.</b> —MM. Rose Duff y C.º <b>TRINIDAD.</b> <b>Trinidad.</b> —M. M. Gerold etc. Ulrich. <b>ESTADOS-UNIDOS.</b> <b>Nueva York.</b> —M. Echevarria y compañía. <b>S. Francisco de California.</b> —M. H. Payot. <b>Nueva Orleans.</b> —M. Victor Hebert. <b>EXTRANJERO.</b> <b>Paris.</b> —Mad. C. Denné Schmit, rue Favart, núm. 2. <b>Lisboa.</b> —Librería de Campos, rua nova de Almada, 68. <b>Londres.</b> —Sres. Chidley y Cortazar, 71, Store Street.
--	---	--	---	--

### CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

Política, administracion, comercio, artes, ciencias, industria, literatura, etc.—Este periódico, que se publica en Madrid los días 13 y 28 de cada mes, hace dos numerosas ediciones, una para España, Filipinas y el extranjero, y otra para nuestras Antillas, Santo Domingo, San

Thomas, Jamaica y demás posesiones extranjeras, América Central, Méjico, Norte-América y América del Sur. Consta cada número de 16 á 20 páginas. Se suscribe en la Administracion de este periódico, calle de San Marcos, número 33, y en las librerías de Durán,

Carrera de San Gerónimo; Lopez, Cármen; Moya y Plaza, Carretas.—Provincias: en las principales librerías, ó por medio de letras, libranzas ó sellos de correos, en carta certificada.—Extranjero: Lisboa, librería de Campos, rua nova de Almada, 68; Paris, librería Española de M. C.

d'Denne Schmit, rue Favart, número 2. Londres, Sres. Chidley y Cortazar, 17, Store Street. La correspondencia se dirigirá á la Administracion de LA AMÉRICA, donde se reciben anuncios, reclamos y comunicados.